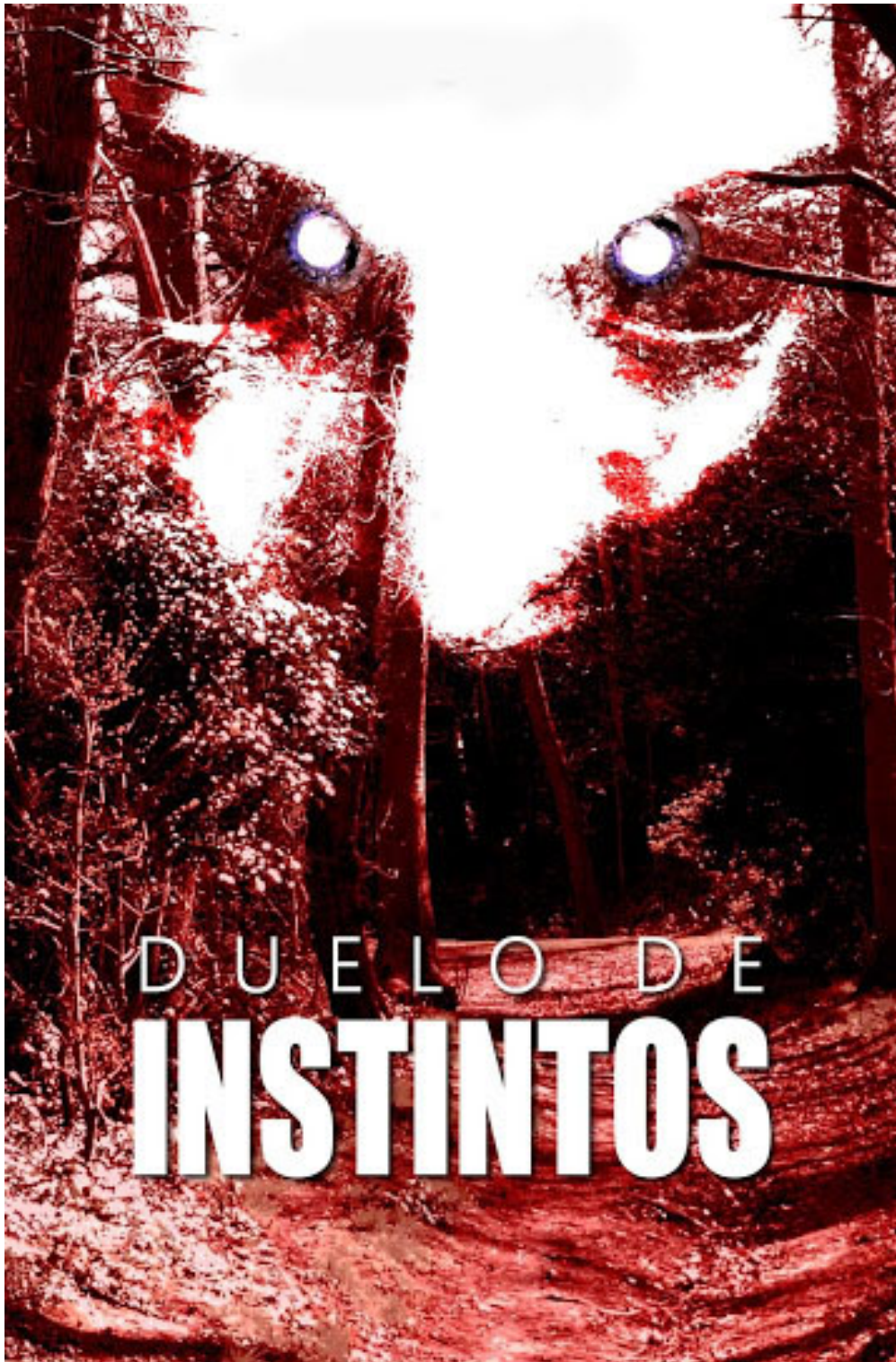


Duelo de instintos

Sergio Corbi



Capítulo 1

Momento actual: Año 2040

Mucha gente lo conocía como el refugio de las montañas, pero muy pocas personas sabían dónde estaba, ni siquiera si realmente existía; lo cual lo convertía en el lugar idóneo para sobrevivir. Se hallaba en un pequeño valle, oculto tras unas abruptas y peligrosas montañas de las que manaban cientos de riachuelos que proveían de agua helada al refugio y llenaban de vida aquel recóndito paraje.

La construcción, situada en la ladera de una de las montañas que circundaba la cuenca, era de muros fuertes y ventanas enrejadas. Desde el porche, Noah divisaba toda la zona. Incluso en la oscura noche su vista era capaz de percibir en la lejanía.

No obstante, en ese momento su atención no se centraba en los alrededores, sino en Morsa, su corpulento compañero de guardia, que ahora apuntaba con una escopeta directo hacia su cabeza.

—Levántate.

Noah intentaba asimilar la repentina situación.

—¿Qué haces?

—He dicho que te levantes.

—¡Aparta esa puta arma de...!

—¡¡Levanta, ahora!!

El joven obedeció de forma refleja. Ahora ambos se miraban fijamente, en silencio. El nudo que atenazaba el estomago de Noah casi le impedía respirar. A su mente llegó la imagen del revólver que guardaba en la cadera, tal vez si...

—Buen chico, ya puedes sentarte— el hombretón bajó la escopeta, y el temor de Noah se transformó de inmediato en vergüenza y rabia.

—¿Pero qué...?

—He dicho que te sientes. ¿O acaso piensas en dispararme con esa

pistolita?

Se tomó un momento antes de contestar.

—No.

—Y una mierda— Morsa soltó una risa forzada —Lo harías ahora mismo si tuvieras lo que hay que tener.

Noah clavó los ojos en él de manera desafiante. No tardó mucho en desviar la vista hacia el horizonte y sentarse. El tiempo de espera hasta el amanecer, en compañía de esa bestia descerebrada, se le iba a hacer muy largo.

—¿Si sabes que no iba a disparar, entonces por qué te has levantado, idiota? —

iiPorque eres un jodido demente impredecible!!, estuvo a punto de responderle.

—Te he hecho una pregunta, respóndela.

—Déjame en paz.

Y así lo hizo, hasta que el aburrimiento volvió a Morsa tras unos eternos minutos.

—Tráeme algo de beber, ahora.

Noah agradeció que en aquel momento le invadiera la extraña “sensación” para no tener que responder. Giró la cabeza con rapidez hacia la zona interna del valle, esperando divisar algo entre la oscuridad.

—¿Qué has visto?

—Nada.

—¿Entonces qué cojones estás mirando?

—Algo se acerca—

Morsa se incorporó de golpe y oteó los alrededores sin descubrir nada.

—¿Es grande? ¿Son muchos?

—No lo sé, es solo... Esa sensación.

—¿Otra vez con esa estúpida mierda de majara?!

—Sí, otra vez con esa mierda.

—Acertaste una vez por pura suerte, ¿y ahora te crees adivino? — expresó con desprecio.

—Nunca he dicho eso, solo digo que a veces siento... cosas, cuando alguien o algo se acerca.

—Pues eso, adivino.

—No es lo mismo joder— Noah se levantó de la silla y comenzó caminar.

—¿A dónde vas? — no hubo respuesta — ¡¿Qué a dónde demonios vas?! ¡Vuelve a tu puesto!

Morsa levantó el culo para seguir a su estúpido compañero. Sin embargo este se había alejado con rapidez y ya apenas alcanzaba a verlo. Se preguntaba cómo podía moverse con semejante soltura entre la penumbra; *sin duda es uno de esos*, pensó.

—¡Avísame si de verdad encuentras algo, Majara!— vociferó molesto — Si es que no son tus gritos de pánico los que lo hacen.

Conforme se adentraba en la oscuridad, Noah iba recuperando la tranquilidad. Allí tenía el control, podía ver antes de que le viesan, escuchar antes que le escuchasen. Por un momento deseó que Morsa lo hubiese seguido hasta su territorio y así devolverle la jugarreta, todas a la vez. *Jodido capullo*.

La extraña sensación continuaba en su cuerpo. Por lo general no significaba nada, venía y se largaba en unos segundos, o simplemente no tenía nada que ver con el exterior. Pero más de una vez había acertado, como una premonición de lo que estaba por venir.

Continuó escudriñando el lóbrego terreno, seguro de que esta vez se encontraba en lo cierto. Y no tardó mucho en encontrarlo.

Algo se movía por allá abajo, en principio solo una sombra que apenas llegaba a distinguir. Todavía estaba lejos, aun por si acaso Noah se ocultó entre los matorrales para seguir observando.

Tras unos segundos lo tenía claro. Se trataba de un hombre, uno solo, el cual se movía rápido pero con torpeza. Aguardó mientras se acercaba, analizando la silueta del visitante, acariciando con nerviosismo la culata de

su revólver.

De pronto aquel hombre se tambaleó, desapareciendo a continuación entre los matorrales del camino.

—¡iMorsaa!! — expresó la maleza con un grito desesperado —iMorsa, joder!—

Eso lo dejaba claro, era del refugio. Abandonó su escondite y se aproximó precavido hasta su posición. Mientras tanto la sombra del visitante volvía a aparecer.

Conforme descendía Noah confirmó su identidad. No recordaba su nombre, pues hacía solo una semana que había llegado al lugar y no conocía bien a la mayoría, pero su peculiar cabello abombado dejaba claro quién era. Se aproximó hasta él, posicionándose en el camino con las manos en alto.

—¿Quién eres?! — el hombre pegó un respingo nada más verlo y lo enfiló con su pistola.

—Noah, vigilo la puerta junto a Morsa— intentaba mantener la calma.

El visitante se acercaba entornando los ojos, intentando distinguir sus facciones entre la oscuridad. Acto seguido bajó el arma.

—¿Qué ha pasado?—

—Están muertos, imuertos joder! — manifestó el hombre descontrolado.

—Tranquilízate— en realidad era él quien intentaba tranquilizarse —¿Qué ha pasado? ¿Quién ha...?—

—La muerte— interrumpió.

—¿La... muerte? —

—iLa muerte joder! Demonios inmortales que desaparecen entre la oscuridad—

Un extraño silencio se hizo tras el comentario, solo roto por la acelerada respiración de aquel hombre, el cual movía los ojos de un lado para otro de forma enajenada.

—Entiendo. Vamos—

Obviamente no comprendía aquella locura, sin embargo prefirió no continuar con el interrogatorio, el hombre estaba herido y alargar el

momento solo empeoraría su condición. Lo agarró con firmeza y avanzaron entre la oscuridad, recorriendo el sendero que conducía hasta la puerta del refugio.

—¿Cabeza mocho?! — preguntó Morsa nada más verlos; solo él lo llamaba así —¿Qué te ha pasado? —

—Está herido. Les han atacado— respondió Noah por él.

—¿Y los demás? —

—Están... muertos—

—¿Muertos?! ¡¿Pero qué coño dices, Majara?! — expresó alterado —¿Es eso cierto, Cabeza mocho? — este lo miró con cara de pocos amigos, afirmando sutilmente poco después —¡Mierda! ¿Qué ha pasado?, ¡¿te han seguido esos cabrones?! — preguntó Morsa intuyendo que había sido un grupo de salteadores.

—N-no, eso... no. Han sido esos... demonios, lejos de aquí, esta tarde cuando... cuando...— bajó la cabeza y comenzó a temblar.

—No se encuentra bien— intercedió Noah por él.

—¡Pues claro que no estúpido! No hace falta ser un adivino para ver que se le ha ido la cabeza— dijo con desprecio — Vamos entrad, no perdáis el tiempo—

Para cuando Morsa comenzó a hablar ya se habían puesto en marcha.

—Ten cuidado, creo que... aún hay algo por ahí fuera— manifestó Noah tras detenerse a su lado.

—¿Lo has visto?!, ¡¿lo has oído?! —

—No, pero...—

—¡Entonces cállate y déjame en paz, cojones!—

Continuaron hacia la puerta del refugio.

—¡¡Eh!! Cuando termines vuelves aquí y me cuentas lo que ha pasado, ¿entendido? —mientras hablaba la puerta se abría y ambos desaparecían.

Aún hay algo por ahí fuera dice... ¡Maldito majara! Noah le había venido con ese cuento un montón de veces. Solo acertó una vez, y de pura suerte. Vale que su vista fuera algo fuera de lo normal, algo inhumano incluso, ¿pero adivinar aquello que...?!

Un ruido en la lejanía interrumpió los pensamientos de Morsa. Agarró la escopeta con firmeza y se levantó. Puede que no fuera nada, pero aquello no le gustaba. Era ese sonido, nunca antes lo había oído.

Algo se movía raudo entre la maleza, no solo eso, parecía cortarla, como si la atravesara de forma rítmica e impetuosa. Poco después un nuevo compás se unía a su compañero homónimo. Después otro, y otro más. Algunos sonaban agudos y con ligereza, otros mucho más graves y enérgicos, como si movieran una gran cantidad de maleza con cada pulso. Era como... una extraña melodía, como una inquietante y descoordinada sinfonía de fondo interpretada por el frotar de los matorrales, la cual se acercaba con muchísima velocidad.

Morsa retrocedió hasta la puerta y comenzó a rebuscar entre la oscuridad.

—¿Donde cojones está el interruptor?!—

Antes de conseguir accionar los focos se dio la vuelta. Imposible, ya estaba allí, a varios metros tan solo. Una sombra en la oscuridad.

Desapareció, y en un instante lo tenía justo delante.

Disparó.

Aquello retrocedió por el impacto y cayó provocando un extraño estruendo metálico. Morsa se acercó. En el suelo se retorció algo parecido a un insecto gigante, del tamaño de un perro grande, con abundantes y afiladas patas que brillaban en la oscuridad.

Como un rayo la criatura se levantó, abalanzándose sobre él con movimientos increíblemente veloces pero descoordinados. Morsa volvió a disparar; y de nuevo se escuchó el mismo ruido metálico.

Aquel ser continuó retorciéndose e intentando levantarse, pero otro potente disparo impactó contra su resistente cuerpo. Aun así seguía vivo; Morsa no llegaba a comprenderlo. Se aproximó hasta él, posicionó la boca del cañón sobre lo que podría ser su cabeza, y apretó el gatillo. Esta vez sí, ya no se movió.

Se agachó para examinar el cadáver más a fondo, preguntándose qué cojones era esa maldita criatura, y cómo coño había resistido semejante tunda de disparos.

Entonces aquel sonido volvió a surgir tras la maleza. Retrocedió mientras las sombras se materializaban ante su atónita mirada. Esta vez eran muchos; uno de ellos increíblemente grande. Y de nuevo... disparó.

Noah abandonó corriendo la enfermería tras escuchar el primer disparo. Atravesó raudo el pasillo hasta la salida mientras dos nuevos disparos retumbaron en toda la zona.

Llegó hasta la puerta de fuera, accionó la manivela y echó un rápido vistazo entre la oscuridad. Morsa estaba allí, con la escopeta entre las manos, apuntando hacia la maleza de la que provenía un extraño y rítmico sonido.

Una especie de insecto gigante surgió de repente frente a Morsa. Le sacaba más de dos cabezas. Acto seguido la criatura desapareció en el momento que Morsa apretaba el gatillo.

Todo pasó increíblemente rápido. No tenía sentido. En un instante su compañero había sido rodeado por varios insectos como el que acababa de ver, los cuales aparecieron de la nada. Eran de todos los tamaños, y bailaban a su alrededor con una velocidad endiablada mientras el voluminoso cuerpo de su compañero se consumía en trocitos que se esparcían por toda la zona.

Uno de aquellos demonios se giró hacia Noah. Lo observó por un momento, y como un rayó se abalanzó sobre su posición, consumiendo los holgados metros que los separaban en apenas un segundo.

Noah cerró la puerta en el último momento. La criatura se estampó con violencia contra la dura estructura de metal.

Tras su rostro enajenado, la espantosa imagen de la masacre se repetía obsesivamente en su cerebro. Aquello era... imposible.

—¡iNoah!!, ¡¿qué está pasando?! —

Una alarmada voz conocida apareció desde su espalda. Antes de darse la vuelta, un objeto largo y afilado apareció de repente a su lado

atravesando la puerta.

—iiiNos atacan!!! — gritó la voz conocida.

Noah observó su pecho con incredulidad y extremo dolor. Un tajo vertical recorría su torso de arriba a abajo emanando sangre con profusión. Por un momento creyó ver algo sanguinolento que sobresalía de su vientre. De inmediato posó sus manos sobre la zona y salió corriendo despavorido hacia la enfermería. A su alrededor los gritos, impactos y el resonar del metal resquebrajándose desencadenaban en un bullicio ensordecedor. En su estado Noah apenas llegaba a oírlo, solo un lejano rumor ondulando entre el pánico y la desesperación.

Poco después, la puerta que guardaba el refugio, se despedazó por completo.

Capítulo 2

Al fin estaba amaneciendo y, con la luz del día, Junior comenzaba a recobrar la esperanza. Su verdadero nombre era Marcus, pero todos le llamaban Junior por ser el más joven del grupo. El más joven a pesar de tener ya 16 años. La vida era difícil en aquel lugar, y esa extraña enfermedad no permitía a los niños vivir demasiado.

—Pensé que no volvería a ver amanecer nunca más— dijo Marie, una chica joven y delgada de cabello rubio.

Junior pensó que le había quitado las palabras de la boca. La noche se había hecho muy larga y los ruidos de animales salvajes parecían oírse a escasos metros. Habían caminado durante horas entre la oscuridad, recorriendo un escabroso sendero a través de las montañas, hasta que encontraron aquel pequeño y derruido edificio en lo alto de una colina. Allí se refugiaban ahora.

Habían sobrevivido, pero ahora ninguno sabía qué hacer.

Los dos se miraron, y después miraron a Costa; el cual aún seguía dormido. Los tres consiguieron escapar cuando la puerta del refugio cayó.

—¿Cómo puede dormir en esta situación? — preguntó Junior casi indignado.

—Pues no lo sé, pero a veces me gustaría ser como él.

—Tú no eres como él— le respondió de inmediato.

Marie no sabía si se lo decía para bien o para mal, pero ya le daba igual, estaba demasiado cansada. Simplemente suspiró e intentó imitar a Costa y dormirse, lo cual sabía que por supuesto no conseguiría.

—¿Has oído eso? — susurró Marie.

Se escuchaba un ruido de pisadas y un intenso olfateo. Sus aterrorizadas miradas se encontraron mientras aquello se aproximaba, cada vez más... Tanto, que parecía estar ya dentro de la casa.

Un ronquido rompió la tensión del momento. Junior se acercó raudo hasta Costa y le tapó la boca posándose encima de él.

El sonido había cesado, ni pisadas ni olfateo. Ambos se miraban con

inquietud, esperando. Un segundo después, Junior salió volando.

—¿Pero qué cojones haces, enano?!— espetó Costa tras empujarlo mientras se incorporaba.

Acto seguido un impacto retumbó en la parte de fuera. Costa se levantó de golpe, echándoles una fugaz mirada de desprecio mientras agarraba su cuchillo y salía para comprobar el ruido.

—Idiota— soltó una sonora risotada.

El pequeño animal daba vueltas sobre sí mismo atontado, tenía la cabeza llena de sangre y en la pared había una pequeña brecha; todo indicaba que el golpe había sido brutal.

Marie lo vio y sintió una pena enorme. Era un animal muy mono, parecido a un conejo pero con piernas más grandes, una cabeza enorme y muy peludo. Rápidamente se acercó para intentar ayudarlo. Este emitía lastimosos gemidos de sufrimiento, intentando equilibrarse para no caer al suelo.

Una vez a su lado, alargó la mano tímidamente y... Un enorme cuchillo militar atravesó la cabeza del animal.

—¡Ya tenemos desayuno!— vociferó Costa más que orgulloso —No me mires así, nena, le he hecho un favor.

El rostro de Marie estaba desencajado, unas gotas de sangre le habían saltado a la cara; aunque no parecía percatarse de ello, solo seguía observando atónita la escena.

—Cuando su jugosa carne esté dentro de ti ya verás como me lo agradeces, cariño— Costa despellejaba de forma salvaje al animal. —Y si quieres, después podría ser mi jugosa carne la que se introduzca en tu cuerpo.— Reía de forma exagerada.

Pero Marie seguía igual, absorta. Apenas llegaba a escuchar lo que le decía.

Junior seguía en el suelo, sentado contra la pared examinando su propia rodilla. Un pequeño reguero de sangre descendía por su espinilla.

—Enano, ve a buscar algo de leña— le ordenó Costa.

Junior le echó una corta mirada de odio y volvió a centrarse en su herida.

Costa lo agarró de la pechera y lo alzó de golpe.

—¡Que te levantes he dicho! —ahora estaban cara a cara. Junior intentaba mantener la mirada y ocultar su miedo, pero sentía que no podía más, necesitaba llorar.

—Venga enano, tráeme esa hermosa leña que tanto deseo— expresó Costa con ironía mientras lo empujaba hacia delante.

Junior salió lleno de furia de la casa. Había visto a Marie junto a una pequeña criatura cubierta de sangre; parecía triste y abstraída. No le dijo nada. Por la mente le pasaban imágenes de la cara de Costa chocando con fuerza contra su puño. Quería gritar, pero no podía, prefería no hacer ruido.

Las malas caras empezaron a desaparecer cuando el olor a carne a la brasa inundó el ambiente; Marie ya veía con otros ojos a ese pobre animalito despellejado; y la rabia de Junior desaparecía al imaginar la jugosa carne entre sus dientes.

—Os dije que me despertaseis si algo se acercaba. ¡Estúpidos niños!— Los jóvenes se miraron el uno al otro sin saber qué decir. Mientras tanto Costa desgarraba un trozo de su presa con ferocidad. —¡Joder!, soy un cocinero cojonudo. Está bueno, ¿eh?— expresó mientras lo degustaba.

—Gracias— las palabras salieron en voz baja y con esfuerzo.

—Así me gusta, cariño. Veo que la idea de mi carne dentro de ti ya empieza a atraerte.— De nuevo otra carcajada.

Junior pensó en decir algo para defenderla, pero finalmente solo se quedó en eso, un pensamiento.

Salieron de allí una vez terminado el banquete. A pesar de todo, los dos se sentían bien al tenerle como líder. Mejor aguantar a un inmenso capullo que morir despedazado por una bestia salvaje. Lo seguían ciegamente, sin siquiera saber adónde iban, simplemente seguían la estela de seguridad que les dejaba.

Descendían por la colina en la que se encontraba la casa donde habían pasado la noche. La zona era rocosa y seca. Apenas había árboles, pero sí maleza y pequeños arbustos.

Durante la bajada pudieron ver dos animales de tamaño medio: algo parecido a un ciervo, pero de piel verdosa con escamas; semejante a la de un reptil. Junior se asustó al verlos.

—Cuidado, allí abajo.— dijo mientras se agachaba.

Costa se dio la vuelta y lo miró con una sonrisa.

—Junior, ¿qué haría yo sin ti?

—¿Pero qué dices? Calla y agáchate, idiota.— continuó Junior.

Costa soltó una sonora carcajada.

—Mi pequeño payaso que nunca deja de sorprenderme. Eres como un espectáculo viviente.— Disfrutaba viendo sus reacciones, le recordaba la inmensa diferencia que había entre los dos.

—Levanta Junior, no son peligrosos— dijo Marie en tono cansado.

El chaval la miró confuso y avergonzado. Ella le devolvió un intento de sonrisa, volviendo enseguida a su estado ensimismado; tal y como había estado toda la mañana.

Continuaron bajando por la ladera. Junior vio algo en el horizonte, una extraña figura oscura que les observaba desde lo alto de una colina. La silueta parecía humana pero mucho más alta y delgada. El cuerpo de Junior se paralizó, los pensamientos cesaron y un intenso miedo antinatural se apoderó de su organismo en un instante.

—Allí, — señaló Marie —hay alguien.

Costa paró la marcha para observarlo con detenimiento.

Al cabo de unos segundos la silueta no se había movido un solo centímetro.

—¿Es... humano? — preguntó desconcertada.

—Sigamos— ordenó Costa sin hacer caso a la pregunta.

Marie echó un último vistazo a la siniestra figura y continuó caminando. Sin embargo, Junior seguía observando. A pesar de que le aterrorizaba no lograba despegar la mirada.

Ambos se dieron la vuelta y mientras miraban a Junior la silueta desapareció. No poco a poco, sino de golpe, como si de repente se hubiera evaporado. Solo él lo había visto.

—¿Piensas quedarte ahí todo el día mirando? Por mi perfecto, así no tendré que cargar con tu cobarde culo durante todo el camino.— Las palabras cortaron la paranoia de Junior; la marcha se volvía a reanudar.

La zona se hacía incluso más seca conforme avanzaban. Llevarían andando cerca de una hora, transitando un camino indeterminado entre la escasa maleza. Marie recordaba con nostalgia la hermosa frondosidad del refugio.

Durante el camino divisaron un animalillo igual al que se habían comido esa misma mañana. No sabía si sentirse mal. Después de todo llevaba toda la vida alimentándose de animales inocentes, solo que ahora había visto la matanza en primera persona. Le pareció curioso que se hubiera golpeado tan fuerte contra la pared, incluso gracioso. Sin embargo, inhibió cualquier tipo de risa, pues eso sería una crueldad, pensaba.

Aun así, cuanto más lo pensaba, más extraño le parecía *iQue animal más idiota!* Lo cual no era algo tan insólito para ella. La evolución de los animales parecía haber enloquecido, nuevas y extravagantes especies aparecían cada día, algunas destinadas directamente a la extinción.

—Seguiremos esta carretera, si la seguimos es posible que encontremos algún refugio en condiciones.— dijo Costa.

—Menuda estupidez.— replicó Junior que parecía haber recuperado el valor.

—Si tienes una idea mejor solo tienes que decirla, enano.

—Joder, está claro. Deberíamos buscar al resto del grupo, y cuanto más nos alejemos más difícil será encontrarlos.— Junior miró a Marie esperando un poco de apoyo, pero ni siquiera le estaba mirando. No parecía la misma de siempre.

Mientras tanto, Costa se aproximó hasta tenerlo a escasos centímetro y clavó su mirada en él.

—¿Quieres volver allí, enano? Puede que no vieras lo que le hacían a Meison, pero yo sí. No tienes ni idea de lo peligrosos que son esas jodidas bestias, jamás vi nada moverse tan rápido, ni siquiera yo... — Prefirió no

terminar la frase, le costaba aceptar que no era rival para aquellas criaturas. Imposible, ni siquiera Meison, el líder del grupo, único hombre al que respetaba había podido con ellos. —Así que deja de decir tonterías si no quieres que sea yo mismo el que acabe con tu vida.— Costa se había cabreado, su impotencia se había convertido en rabia. Tras la amenaza le dobló la cara de un tortazo.

De inmediato Junior posó la mano sobre su mejilla. Ahora lo miraba fijamente y lleno de ira.

—Vaya, pensé que ibas a hacer algo. Que por primera vez te defenderías como un hombre. Que decepción.— expresó con sarcasmo —Habría sido divertido.— Costa se dio la vuelta y continuó caminando.

Junior profirió un grito descontrolado, ese que tanto había reprimido. Acto seguido se abalanzó furioso sobre Costa, golpeándole en la nuca torpe pero salvajemente.

Costa se desequilibró y a punto estuvo de caer hacia delante. Se dio la vuelta rápidamente y recibió un nuevo golpe en la frente; Junior gritaba enloquecido. Contagiado por su rabia Costa lo agarró por el cuello y lo levantó en el aire. La expresión de ira de su rostro se acrecentaba junto a la fuerza de la tenaza. Marie le gritaba desesperada para que lo soltase. Por su parte Junior forcejeaba con desesperación mientras el color de su rostro se transformaba.

Un potente alarido animal resonó en las inmediaciones. Costa siquiera reaccionó, sin embargo Marie se giró hacia la fuente, avistando en seguida la silueta que se aproximaba a toda velocidad.

Capítulo 3

—¡Cuidado Costa, un puñetero!— espetó Marie.

Así llamaban a ese nuevo tipo de animal, era un nombre ridículo, pero así lo llamaron por primera vez y así se quedó. Sería algo más grande que un humano, parecido a un gorila pero más esbelto. Tenía unos brazos extremadamente largos con unos puños enormes; desproporcionados para su cuerpo.

Costa lanzó a Junior al suelo y se volvió hacia el animal. Este acercaba a toda velocidad, emitiendo con furia sus enloquecidos bramidos.

—Hoy es mi día de suerte— Costa ladeó su cuello a ambos lados a modo de calentamiento; rutina que realizaba cuando la situación se ponía interesante.

Cuando ya lo tenía solo a unos metros, Costa se abalanzó y le lanzó una brutal patada voladora al pecho. El animal cayó rodando hacia detrás. Se levantó de inmediato, pero para entonces Costa ya estaba encima de él, ladeando su cuerpo antes de soltar el puño. Acertó de pleno en su mejilla y la cara del animal se giró completamente. Por desgracia su brazo también giró con la inercia, haciendo chocar su enorme puño contra las costillas de Costa.

—¡¡Aaarghhh!! — soltó un grito de dolor, pero sobre todo de rabia.
—Ahora sí que la has cagado, puto cabrón.— la cara de Costa cambió por completo, furioso y concentrado a la vez, absolutamente preparado, matar o morir.

El animal ya se había recuperado del golpe. Ahora se dirigía hacia su enemigo de forma feroz, tan lleno de ira como él. Lanzó un puñetazo directo, este con toda su potencia, terrorífico si consigue impactar a su objetivo. Segundos antes, Costa había sacado su enorme cuchillo militar y en el momento justo lo clavó en el puño que se dirigía hacia él. El choque fue tremendo. El cuchillo se clavó hasta el mango. Costa retrocedió unos centímetros debido a la fuerza del golpe. Aun así consiguió mantener el equilibrio.

El grito del animal fue desgarrador, parecía destrozar los tímpanos. Pero a él no le afectó, estaba demasiado concentrado. Era su momento. Al instante movió el arma hacia arriba desgarrando carne y hueso, a punto de partir en dos el desmedido puño. Nada más sacar el cuchillo lo lanzó contra su cara con una habilidad y potencia difíciles de creer.

Volvió el silencio, el animal caía moribundo y Costa levantaba los brazos a modo de triunfo. A mitad del movimiento posó las manos detrás de la

cabeza y bostezó.

—Que bien sienta un café por la mañana, nada mejor para activarse.— Costa pensó en lo que había dicho. *¿Un café?*, seguramente ni Junior ni Marie sabrían lo que era; demasiado jóvenes para haberlo conocido. —No es mi culpa que solo sean un par de idiotas.—

Junior ya lo había visto hacer cosas impresionantes antes, pero esta se llevaba la palma. Ahora mismo lo observaba con una extraña mezcla entre odio, miedo y absoluta admiración. Entretanto Costa se agachaba para sacar el cuchillo de la sangrante cara del cadáver. Durante el movimiento clavó la rodilla en el suelo y se echó la mano al costado; aquel golpe lo había dañado más de lo que pudo haber imaginado.

—Puede que sea un capullo pero... A su lado me siento protegida.— expresó Marie mientras observaba la escena absorta.

—Vaya, con que ahora es tu favorito.— dijo Junior molesto y sin pensar.

—¿Mi favorito? — preguntó extrañada.

—Sí, tu favorito. Parece que ahora te has pasado a los de su grupo.

Marie reaccionó con una fugaz mirada de odio. De inmediato respiró hondo e intentó tranquilizarse.

—Junior, estamos todos en el mismo grupo, y solo estando juntos podremos sobrevivir.— consiguió controlarse a pesar de que en ese momento le apetecía más bien mandarlo a la mierda.

—Lo... lo siento mucho, Marie. Es solo que no me siento bien y ya no sé lo que digo.— Expresó en tono lloroso —Ni lo que pienso, ni lo que hago, ini nada joder!— a Junior le saltó una lágrima del ojo derecho; se tapó la cara rápidamente.

Marie se sintió conmovida por su reacción, por un momento olvidó su propio malestar y se centró en ese pobre chico que la necesitaba.

—¿No irás a llorar, verdad nenaza? — Costa llegó justo cuando Marie se disponía a abrazarle.

—Déjalo en paz capu...

—¡¡Calla!! — Costa la cortó en tono violento y autoritario. Ella calló sin rechistar, echó la vista hacia abajo y volvió a su estado de ensimismamiento.

—No estoy llorando— Junior le echó una mirada desafiante tras enjugarse las lágrimas. Sin embargo las gotas seguían brotando, y se podía apreciar un ligero temblor en su mandíbula por intentar mantener una expresión digna.

—Patético— Costa se echó a reír. Acto seguido desvió la vista hacia Marie y se aproximó.

—Mírame, cariño. Hoy es tu día de suerte— se levantó la camiseta, cogió la mano de Marie y la puso en su costado. Ella cerró los ojos y se preparó para lo que tanto había estado temiendo —No está rota, ¿verdad? — abrió los ojos y lo miró sorprendida, aliviada.

—Mmm no, pero... es posible que tengas una fisura. Deberías guardar reposo.

Marie ejercía el rol de médico en el grupo antes de que se separara. No era muy experta, pero era lo mejor que tenían. Había aprendido lo suficiente del anterior médico; el cual murió hace apenas dos meses.

—Sabes que no puedo descansar, ahora tengo que cuidar de vosotros.— Costa usó un tono más amable de lo normal.

Continuó examinándolo para asegurarse bien de su diagnóstico.

—Te gusta tocarme, ¿eh?— dijo con voz suave. Ella respondió con un no rotundo. —No hace falta que disimules, pequeña, desde aquí puedo oler la excitación de tu cuerpo.— Marie le quitó la mano del costado y le bajó la camiseta con brusquedad, haciéndole un poco de daño. Costa le puso la mano en la barbilla y suavemente levantó su cara hasta que sus miradas se encontraron. —Puedes estar tranquila, no voy a hacer nada que tú no quieras.— Fue un fugaz momento de complicidad entre ambos, en el cual ella se sintió atraída instintivamente.

—Venga, tenemos que irnos.— Costa se apartó de golpe dejándola allí plantada.

De inmediato Marie se reprochó por lo que había sentido, recordándose el tipo de persona que era él, y lo poco que le convenía.

Se pusieron en marcha. Junior se resistió un poco a seguirles e hizo el amago de quedarse, pero solo lo hizo para sentirse un poco mejor. Sabía que no iba a quedarse allí a solas.

Tras apenas unos metros, Costa paró en seco, dio la vuelta y se dirigió hacia el cadáver del puñetero. Agarró su cuchillo militar y empezó a

descuartizarlo. Tras cortar los músculos y hueso de la pierna izquierda pegó un fuerte tirón arrancándola de cuajo. La sangre brotaba con fuerza, aumentando el tamaño del charco que ya se había formado.

Junior y Marie miraban la escena horrorizados.

Costa exprimió la pierna como si fuera un enorme limón para sacar la máxima sangre posible. Una vez terminado la levantó y se la puso al hombro. Sin decir nada y sin siquiera mirarlos se volvió a poner en marcha; no sin antes golpear a Junior en la espalda con la robusta pierna.

—Hasta un muerto te patear, chaval.

No llevarían más de cinco minutos andando cuando Costa cayó en la cuenta de la estupidez que estaba cometiendo. ¿Por qué tenía que cargar él mismo con la pierna cuando podía llevarla el enano? Se dio la vuelta, miró a Junior y, justo cuando iba a decírselo, Marie comenzó a hablar.

—Hay algo que no entiendo. Según tenía entendido, los puñeteros no atacan a menos que los provoques directamente. Entonces... ¿Por qué esa reacción tan violenta? — Preguntó Marie, que parecía sentirse algo más cómoda con él tras el momento de extraña complicidad.

—Te equivocas de nuevo, mi caliente hembra. Se sienten ciegamente atraídos por la violencia, por la rabia de los demás.— Costa se volvió hacia ellos y prosiguió con la explicación. —Su propia ira se ve influida por la ira de los demás seres, la aumenta, la desata. ¿Que por qué? No tengo ni idea. Imagino que lo interpretan como una posible amenaza.— Marie estaba impresionada. No es que conociera mucho a Costa, pero algo como eso, algo tan inteligente, jamás lo habría esperado de él. —Es increíble que no os dierais cuenta por vosotros mismos. A veces pienso que no durarías ni cinco minutos sin mí.— Se quedó pensando un momento —No, espera, eso lo pienso siempre. Ay pero que monos son mis chiquitines.— Expresó en tono burlón mientras manoseaba el pelo de Junior con su mano llena de sangre.

—Realmente es un completo capullo.— dijo Marie para sí, remarcando las palabras completo y capullo.

Justo después, Costa se posicionó delante de Junior. Allí plantado delante suyo, con su porte y su expresión amenazadora, con la pierna cortada en su hombro y la ropa manchada de sangre, pudo sentir un escalofrío. Costa siempre le había parecido intimidante, pero hasta ahora lo había visto como una fiera domada tras una celda. Ahora la fiera estaba ante él, sin barrotes para detenerla, dominada por su instinto animal, imprevisible y

sumamente peligrosa.

Costa esbozó una sonrisa y lanzó la pierna sobre él.

Junior sintió cómo algo lo golpeaba en el pecho. Consiguió mantener el equilibrio por los pelos. Sin embargo, la pierna cayó al suelo golpeando la punta de su pie izquierdo. Soltó un grito exagerado de dolor.

—¿Pero qué haces hijo de...?!—

—¡¡Llévala!!— Costa lo cortó bruscamente, su mirada amenazadora y su tono dominante paralizaron a Junior por completo. A continuación se dio la vuelta y siguió caminando con tranquilidad.

—Llamando tanto la atención no llegaréis vivos hasta la noche.

—Gracias a Dios que estás viva, Linda.— Marie salió corriendo y abrazó con fuerza a la nueva figura que había aparecido.

—Dios no ha tenido nada que ver con eso— replicó Linda sonriente. Ese nombre quizá no era el más apropiado para ella debido a su fuerte constitución y sus facciones masculinas. Era la segunda al mando antes del ataque, experta en supervivencia y en la caza. Vestía ropa militar, una escopeta a la espalda y un enorme machete en la cadera izquierda.

Tras ella venían dos miembros más del grupo. San, un hombre que ya rondaba los cincuenta, de pelo canoso y enmarañado. Algunos lo llamaban la enciclopedia humana por la cantidad de información que atesoraba; en especial respecto al antiguo mundo. Marie lo abrazó también con entusiasmo.

El otro era Ren, un joven de unos veinte años algo reservado. Algunos lo llamaban “languirucho” por ser alto y muy delgado, sin embargo era rápido y habilidoso. Siempre intentaba aprender algo de alguien. Su última adquisición era Costa, a quien idolatraba como un niño hace con su héroe. Deseaba luchar como él, moverse como él, actuar como él.

—¿Que vamos a hacer ahora?! — preguntó Marie con preocupación.

—Evidentemente reencontrarnos con el grupo.— Linda la miró

extrañada—El plan es llegar hasta el refugio por la carretera.

—¿El plan?

—Si se le puede llamar plan, es solo un refugio de emergencia al que debíamos ir si pasaba algo como esto.

Marie miró a Costa y luego a Junior con desconcierto.

—¿Pero... por qué? ¡¿Por qué nadie nos dijo nada?!

—Pues...

—Supongo que no esperábamos que pasara esto— respondió San de su parte —Sí, algunos de nosotros, los más...

—Los más útiles— interrumpió Costa.

San lo miró con desaprobación y continuó hablando.

—Los que solíamos salir del refugio, sabíamos que era un buen sitio. Conocíamos los alrededores y sin duda sería la mejor opción si tuviéramos que emigrar. Fue algo de lo que hablamos en varias ocasiones, aunque nunca hicimos un plan propiamente dicho.— San se quedó pensando —Si bien es verdad que ahora parece obvio pero... No nos pareció tan importante en aquel momento— tras el comentario bajó la cabeza con gesto de culpabilidad.

—El caso es que ahora tenemos que ir hasta allí. Meison debe estar esperándonos.— manifestó Linda.

—Pensé que Meison había...— comenzó Junior antes de ser interrumpido.

—¿Había qué?

—Mue... muerto.

—¿Muerto?! — Linda soltó una risa forzada —No seas ridículo, no puedo siquiera imaginarme esa situación.

¿Pero según lo que dijo Costa...?, pensaba confundido. Marie tuvo una sensación parecida. Eso le recordó que según las palabras de San, Costa debía conocer lo del refugio de emergencia.

—Tú lo sabías, ¡¿verdad cabrón?!— Marie se volvió desafiante hacia él. Ahora era ella la que amenazaba. Se sentía fuerte, las cosas volvían a ser

como antes. Él no dijo nada, solo sonrió.

—Pues claro que lo sabía.— aclaró Linda.

Marie se acercó hasta cogerlo por la camiseta.

—¿Por qué, por qué, por qué?! — dijo gritándole a la cara. Marie pensaba en todo lo que había pasado, el miedo, la desesperación... Se había sometido a él, incluso llegó a sentirse atraída. *¿Cómo he podido ser tan idiota?!*

Costa seguía sonriendo.

—¿No les dijiste nada? — preguntó Linda intimidante mientras sacaba su escopeta y lo encañonaba entre ceja y ceja. La sonrisa de Costa desapareció a la velocidad de la luz —Nunca me has gustado.

—Linda, relájate por favor.— dijo San preocupado.

—Venga ya, solo quería jugar un poco con ellos. Además deben aprender a...

Linda lo interrumpió estampando la punta del cañón contra su cabeza. Costa cayó de espaldas, levantándose con habilidad nada más rozar el asfalto. La rabia inundó su rostro mientras echaba la mano a su cuchillo.

Capítulo 4

—Vamos campeón, demuéstreme que eres un hombre— con la escopeta preparada, Linda esperaba el movimiento que le hiciera apretar el gatillo.

Costa continuaba inmóvil; la mirada fija y la furia contenida... *Ahora no.* Soltó el cuchillo y alzó las manos en señal de rendición.

—Tranquila, Jefa.— cambió a una sonrisa y un tono bromista.

—Aún puedes intentarlo.

—Prefiero mantener el cerebro en su sitio un día más.—

—Fuera de mi vista.

—Claro, a sus órdenes, Jefa.— hizo hincapié en el tono irónico.

Linda continuó apuntándole hasta que pasó por delante de ella.

—Que no se te olvide cuál es tu lugar

Junior observaba entusiasmado como ese capullo se largaba con el rabo entre las piernas. No pudo evitar soltar una carcajada. Regreso la vista a Linda, la cual ahora tenía la mirada clavada en él. Un escalofrió le recorrió la espalda mientras ella se aproximaba hacia su posición con la escopeta a punto. *Mierda, no debí haberme reído.*

—¿Se puede saber por qué llevas una pierna mutilada al hombro?!

Había olvidado absolutamente que la llevaba.

—Pe... pero yo... Costa me obligó, es él quien tiene la culpa.

—Pues suéltala, iya!

Junior obedeció de forma instantánea.

—Vamos Linda, no seas tan dura. Creo que bastante de eso ha tenido ya estando a solas con Costa.— San posó su mano sobre el hombro de Junior.

Marie desvió la mirada hacia San. *A solas con Costa ha dicho, ¿acaso me olvida a mí?, ¿o más bien supone que no hice nada para defenderlo?* Un oscuro sentimiento de desprecio hacia sí misma crecía en su interior.

—No soy dura, es solo mi forma de hablar.— respondió Linda tras un breve momento de reflexión.

—No quiero interrumpir, pero Costa sigue alejándose.— dijo Ren con timidez —Quizá... quizá debiéramos seguirle.

—¿Seguirle?!, lo que yo quiero es que se pierda y no verlo nunca más. Y si hay suerte que acabe despedazándolo un...— Junior cavilaba sobre qué tipo de criatura haría la escena más sanguinolenta.

—Una hormiga peluda.— terminó Marie en tono bromista; e interrumpiendo a la vez su hilo de pensamiento obsesivo. Ambos se rieron, y Junior se sintió bien, arropado de nuevo.

—Me parece una idea estupenda.— dijo Linda siguiéndoles la corriente. De repente el ambiente se volvió sumamente agradable; algo que Junior y Marie ya creían haber perdido.

—Eso estaría bien verlo.— añadió San. No le parecía demasiado correcto, después de todo hablaban de una persona siendo despedazada, pero dadas las circunstancias lo pasó por alto —Aun así creo que deberíamos continuar lo antes posible, cuanto menos tiempo estemos aquí expuestos mejor.

—Sí— *tienes razón* —Además quiero comprobar cómo está el grupo.— *¿cuántas veces he dicho eso ya?!* pensó Linda.

Al escucharla, Ren se apresuró para alcanzar a Costa deseoso de hacerle la pelota un poco.

Emprendieron la marcha bajo el sol abrasador, transitando la antigua carretera, rodeados por un paisaje amarillo y seco que parecía repetirse. Costa y Ren iban en cabeza, apartados del resto.

Casualmente apareció una fila de hormigas peludas en el camino. Por supuesto no eran hormigas con pelo, sino un mamífero del tamaño de un ratón cuyo cuerpo se constituía por tres bolas velludas unidas entre sí. Lo de "hormiga" se debía a lo parecido de su forma y sobre todo a que solían ir en pequeños grupos siguiendo una fila.

Junior hizo un comentario acerca de Costa y el animal, algo sobre que iba detrás de él para acabar con su vida. Habló rápido y con mala vocalización, por lo que no resultó tan gracioso como esperaba. Marie soltó una risita forzada y aludió a la casualidad que acababa de darse.

—Pues no sé si conocéis el dato,— a San le gustaba empezar sus explicaciones así, incluso cuando sabía que no lo conocían — pero las hormigas peludas nunca, nunca salen corriendo. Ni siquiera huyen de sus depredadores, siempre mantienen el mismo ritmo. A veces pienso que ni siquiera saben lo que pasa a su alrededor. Es curioso que...

—Lo he estado pensando,— interrumpió Marie, que ya había hablado con él sobre el tema alguna vez— y sigo sin entender por qué no se han extinguido todavía. Es lógico, ¿no? Si no huyen ni hacen nada para evitar que los cacen... ¡Lo único que pueden hacer es ser devorados! Nosotros mismos los cazamos a montones, por lo que con la cantidad de bestias que hay por aquí debe ser imposible que subsistan.

San y Marie solían mantener conversaciones de este tipo, intentando desentrañar los inexplicables misterios que acontecían diariamente ante sus narices.

—Correcto, Marie. Pero... Hay algo más. Primero debo decir, y creo que es algo en lo que estaréis de acuerdo,— hablaba para todos pero sabía que solo Marie lo entendería debidamente — que vistos los increíbles e incomprensibles cambios que se han dado en los animales, nos sería imposible conocer qué extrañas razones podrían estar detrás de su supervivencia. Sabemos demasiado poco sobre este "nuevo mundo"; tantas razas nuevas y comportamientos extraños. Es curioso, pero cuando leo un libro antiguo sobre biología o fauna, me parece estar leyendo un libro de ficción.— Marie sonrió divertida.

Sin embargo a Linda empezaba a dolerle la cabeza, *¿acaso no puede hablar con normalidad ese carcamal?! Sacó su enorme machete y se puso a dar a tajos al aire, cortando ramas y plantas cuando se le aparecían por delante.*

—Lo que quiero decir... os,— miró a Junior un momento — es que no tenemos la información ni los conocimientos suficientes para hacer una afirmación concluyente.— Marie asintió —Sin embargo, he estado observando algo sumamente interesante respecto al tema. Según he podido comprobar, en las zonas donde hay una mayor concentración de hormigas peludas, suele haber también más puñeteros. ¿Casualidad? Es posible, pero más de una vez he visto a los puñeteros enfrentarse a bestias carnívoras estando cerca de las hormigas.

—¿Quieres decir... que de alguna manera las protegen?!

—Al menos esa es mi teoría, aunque no sé por qué lo hacen.

—Mmm... que interesante.— Marie hizo una pausa para reflexionar —¿Y has pensado que podría no ser intencionado? Quizá solo comparten el mismo hábitat. Es decir, los puñeteros atacarían a todos los depredadores

de la zona, defendiendo su territorio... quizás, hecho que indirectamente beneficiaría a las hormigas al vivir en el mismo lugar.

—Excelente, Marie, una hipótesis interesante.— el comentario la hizo enrojecerse —Aun así sigo creyendo que hay una relación más estrecha entre ellos, pues hace unos días...

—¿Y no se comen los puñeteros a las hormigas?— se entrometió Junior. Marie soltó una risita ahogada.

—Pues que yo sepa nunca he visto eso. Aun así era una buena pregunta, Junior.— aclaró San de forma paternal.

Mientras le respondían el chico observaba la fila hormigas que pasaba por su lado.

—Entonces has dicho que nunca huyen, ¿verdad? — preguntó con una sonrisa en la cara.

San afirmó ante su pregunta. Acto seguido el joven salió disparado y comenzó a pisotear el suelo justo al lado de las hormigas. Tal y como le habían dicho no hacían nada, como si él no estuviera ahí. Miraba a San y Marie mientras seguía con su extraño baile que parecía decir "Eh mira, es verdad, que divertido".

Se le pasó por la cabeza pisar a una de ellas para comprobar hasta qué punto era cierto, sin embargo a Marie no le habría parecido bien. En vez de eso empezó a gritar e insultar a las hormigas; quizá en algún lugar de su interior imaginaba que una de ellas era Costa.

—iEeeh! — sonó una voz fuerte y dominante —O te callas o te callo.— Linda apuntó con su enorme machete hacia él. Este no dijo nada, simplemente agachó la cabeza y volvió a refugiarse entre sus dos amigos.

San le explicó que lo había hecho para no atraer a los animales, para proteger al grupo, para protegerlo a él.

Por su parte Marie intentó retomar la conversación sobre las hormigas y puñeteros, pero antes de que pudiera Linda se acercó para hablar con ella.

—Menudo rollo te ha soltado el viejo, ¿eh?

—Mmm... bueno, no tanto.— en realidad le encantaba escucharlo, pero le costaba contradecir a Linda.

—Marie, ¿qué ha pasado con Costa? — preguntó con seriedad.

Todo el malestar y los pensamientos obsesivos volvieron a ella en un instante.

—Bueno... ya sabes, Costa es un capullo sin remedio.— dijo intentando evadir los detalles.

—Dime, ¿por qué no os contó lo del refugio?

—Mmm... no sé, supongo que...

—Yo sí lo sé.— interrumpió su titubeo —Ese cabrón quería llevaros con él, quería ser el líder, quería hacer con vosotros lo que quisiera.

Marie se sorprendió ante la deducción. Ella misma había llegado a esa conclusión, pero no pensaba que Linda hiciera también ese tipo de conjeturas.

—Marie, te ha violado, ¿verdad?

—¡No por dios!

Ahora le parecía algo improbable, pero en aquel momento lo había predicho en muchas ocasiones. Todavía recordaba su comportamiento de entonces. *¿Acaso realmente soy así? Dicen que cuando alguien está al límite se sabe qué tipo de persona es realmente. ¿Y si lo que soy ahora es solo una sombra de mi misma, una sombra que sobrevive tras la protección de los demás, una sombra que llegado el momento de la verdad se convierte en... Aquello?*

—¿Estás ahí, Marie? — sus palabras la trajeron de vuelta —Si te ha violado puedes decírmelo, es más, deberías, porque si es así hoy habrá uno menos en el grupo.

¿Pero aún sigue con eso?, pensó Marie con irritación. Ahora deseaba que pudiera entenderla, confesarle todo lo que le pasaba por la cabeza. Pero no podía, no quería más bien, se avergonzaba de ello.

—No, no me ha violado, — dijo mirándola a los ojos e intentando serenarse— aunque... Sí tuve miedo de que lo hiciera.— rompió a llorar en la última frase, un llanto fuerte con la respiración entrecortada.

Linda se quedó a su lado observándola. Giró la vista hacia Costa y exprimió el mango de su escopeta con un arranque de rabia. Mientras tanto Junior se acercaba para abrazarla.

—Lo siento, Junior. No debí haberte...

—No importa.— la interrumpió y se aferró al cuerpo de ella con más fuerza.

Segundos después un furioso alarido vaticinaba la aparición de un puñetero. Se acercaba a toda velocidad, levantando el polvo de sus pies con poderosas zancadas.

—No tengáis miedo, no atacará si mantenemos la calma.— San apoyó sus manos sobre los jóvenes —Además, por si acaso siempre tenemos a Linda... y su escopeta— esta posó el arma sobre su hombro y se adelantó hacia su atacante.

El animal aminoraba la marcha conforme se acercaba. Parecía confuso, buscaba algo pero no lo encontraba. Al cabo de un rato se paró por completo, dio la vuelta y se marchó con paso tranquilo. Linda enfundó su escopeta.

El sol estaba ya en su cenit, el calor era insoportable y el paisaje seguía tan seco y desolado como de costumbre. Costa y Ren seguían a la cabeza del grupo, aunque cada vez menos alejados del resto. Junior se quejaba de que tenía hambre, que cuándo iban a llegar al refugio y cualquier estúpida queja que pudiera pasársele por la cabeza. San le respondía que ya faltaba poco.

Había algo extraño en todo el lugar; demasiado tranquilo. San atravesó varias veces la zona en el pasado y en comparación a entonces ahora estaba desierto. No es que fuera una región de excesiva densidad animal, pero sí se veía cierta cantidad durante el camino. Sobre todo perros y algunas ratas, ya que desde el desastre ambas especies habían proliferado de manera extraordinaria.

Sin embargo, ya no eran como antes. Respecto a los perros una nueva raza dominante había aparecido, mucho más fiera y adaptada que sus congéneres. El resto prácticamente había desaparecido, por lo que actualmente cuando se mencionaba la palabra perro se hacía referencia a la nueva raza. Estos eran de tamaño grande, de forma semejante a un dóberman pero algo más altos y robustos. Al contrario que sus antepasados no tenían pelo, simplemente una espesa y rugosa piel de color marrón grisáceo. Además, su musculatura y facciones corporales eran mucho más marcadas, tanto que los huesos parecían atravesar la

piel en ocasiones.

En cuanto a las ratas no habían cambiado demasiado; al menos no lo suficiente para apreciarlo a simple vista.

Sin embargo no había ninguna por allí. Ambas especies, usualmente abundantes hasta la desesperación, de pronto parecían haberse extinguido. Es más, apenas sí encontraban algún animal de la clase que fuera por el camino; exceptuando puñeteros y hormigas peludas, qué extrañamente sí aparecían en la misma proporción que siempre.

Avanzaron hasta encontrar un grupo de puñeteros que se encontraba al borde de la carretera. Costa y Ren los ignoraron al pasar por su lado; al menos Costa los ignoraba, su compañero simplemente lo aparentaba.

Había cuatro puñeteros, todos adultos; uno de ellos mucho más grande que los demás. Junior se sorprendió y preguntó si era normal que este fuera tan enorme. Sin duda era raro ver uno de semejante tamaño, por lo general todos rondaban los dos metros de altura, pero este casi llegaría hasta los dos y medio, además de ser más fornido que el resto. Eso sin mencionar sus colosales puños, que parecían crecer de manera desproporcionada al resto del cuerpo.

Uno de los medianos se acercaba al borde carretera.

—Tranquilo, Junior, no te hará...

—Lo sé, San.— le interrumpió —No me pondré nervioso.

El puñetero paró delante de una enorme roca aplanada. Colocó unas cuantas ramas sobre ella y las aplastó con sus fuertes puños. El ruido era seco y estremecedor. Sin embargo, no parecía causarle ningún dolor. Es más, parecía que fuese la roca la que iba a quebrarse de un momento a otro.

Finalmente las ramas se convirtieron en polvo. El animal soltó un extraño gruñido y de su entrepierna apareció algo parecido a un pene pero más corto y mucho más ancho. Orinó sobre la piedra, convirtiendo el polvo en una repugnante papilla de color verde amarillenta, restregó la mano sobre ella y se la llevó a la boca, saboreando el exquisito manjar. Acto seguido soltó un gruñido que parecía mostrar satisfacción; al menos a oídos humanos.

La expresión de asco fue inmediata en los rostros de ambos jóvenes.

Linda no pudo evitar reír ante sus reacciones.

—¿Tú sabías esto? — dijo Marie con un tono de enojo juguetón.

—Por supuesto— San soltó una risotada —Interesante, ¿verdad?

—Pues claro que sí. ¿Por qué no me lo habías contado?

—Creí que sería demasiado... sucio para tus delicados oídos.— respondió bromista. En realidad no había sido por eso, simplemente San veía muchas cosas cuando salía, no podía contárselo todo a ella.

—Pues me parece que ahora han sido mis “delicados” ojos los que han tenido que sufrir semejante “suciedad”. — ambos rieron, más por lo agradable del momento que por lo gracioso del comentario.

Marie pudo percatarse de que había más hormigas peludas por aquella zona de lo normal. Además hacían hileras mucho más largas, llegando a medir varios metros incluso. Pues parece que San tenía razón, pensó.

—Lo harán, al menos eso creo.— ella lo miró extrañada —Piensas en comprobar si las protegerían, ¿verdad? — aclaró San.

Marie no estaba pensando en eso exactamente, aunque sí era lógico que lo hubiera hecho.

—Eso sería interesante. Aunque cuatro puñeteros serían demasiado incluso para Linda y Costa juntos— imaginó brevemente la pelea intentado deducir si lo que había dicho era cierto —¿Pero... por qué estás tan seguro de que las protegerían?

—Bueno, respecto a lo primero que has dicho, yo no subestimaría a esos dos.— Marie sonrió —Respecto a tu pregunta..., nos atacaron, justo cuando cazábamos unas cuantas hormigas. Fue hace un par de semanas en una partida de caza con Linda. Ella se dirigía a matar una hormiga antes de agarrarla. El puñetero estaba cerca, pero tranquilo, tal como cabría esperar. Sin embargo, eso cambió drásticamente cuando el pequeño animal chilló moribundo. El puñetero enfureció, un grito sordo que hacía doler los oídos. Se abalanzó como un huracán sobre Linda. Por suerte es rápida con la escopeta, amén de certero... Hecho que la destrozada cara del animal pudo corroborar.

—Vaya, creo que eso descarta mi anterior hipótesis.

—Tal vez, aun así no podemos afirmar correctamente una teoría a través de una única observación.— refiriéndose ahora a la hipótesis de que los puñeteros protegían a las hormigas peludas— En cualquier caso la tuya

era bastante interesante, Marie.

—Pues yo creo que está bastante claro. El puñetero atacó cuando Linda mató la hormiga, me parece una prueba más que suficiente.— San sonrió ante el comentario.

—Pues dicho así no puedo discutírtelo. Sin embargo las cosas no son siempre lo que parecen, Marie. Puede que haya razones ocultas que desconocemos, variables que están ahí aunque no las veamos en este momento.

Marie no llegaba a entender del todo lo que estaba diciendo. En efecto, notaba la lógica de sus palabras, pero no lograba hacerse una imagen clara de lo que le explicaba.

—¿Variables como cuales?

—Bueno, ahí está la gracia, no las conocemos. Aunque sí podemos intuir las, observar y analizar para encontrarlas.

—Yo en este caso veo la variable muy clara. Los puñeteros protegen a las hormigas.— San rió todavía más fuerte esta vez.

—Y no te falta razón.— decidió callarse y reflexionar. Ya ni siquiera tenía una idea clara de lo que le había querido explicar, y mucho menos de lo que ella habría podido entender. En su mente todo aquello le parecía muy claro, sin embargo parecía perder su fuerza al expresarlo.

—San, mira que te he visto decir cosas raras, pero esta se lleva la palma. En serio, déjalo ya, vas a acabar volviendo loca a Marie y con un loco en el grupo ya tengo suficiente.— las palabras de Linda eran duras pero amigables.

San era del tipo de persona al que no le gusta dar nada por sentado. Había visto a muchos otros equivocarse al quedarse con la primera explicación que se le aparecía. Aun así de vez en cuando se preguntaba si no sería mejor dejar de pensar tanto, pues a veces no era agradable esa incertidumbre. Quizá sería mejor creer y ya está, como Linda. A ella parecía irle bien.

Un sonido de impacto sobresaltó al grupo. Acto seguido Junior caía al suelo restregando la cara contra la tierra.

—¡¿Pero qué haces?! — vociferó el joven tras escupir la arena de su boca. Se agarraba el cuello con expresión dolorida mientras intentaba

levantarse.

—Esto— Linda enseñó la palma de su mano. Una mancha negra se esparcía en el centro.

Entretanto, Junior perdía el equilibrio tras casi incorporarse y caía de nuevo al suelo. Marie se acercó corriendo para socorrerlo.

—Estoy bien, solo... Un poco mareado.

—¿Se puede saber qué demonios te pasa?!— expresó Marie mientras limpiaba la cara de Junior.

Linda continuaba enseñando la ennegrecida palma de su mano.

—Le acabo de salvar la vida.— respondió contundente. Marie lo entendió al fin.

—El señor gris, así lo suelen llamar, curiosamente. Es uno de los insectos más peligrosos por esta zona. No sé si conocéis el dato pero...

—Lo conocemos.— interrumpió Linda mientras limpiaba los restos de su mano — Se te meten en la cabeza y te destrozan el cerebro.

—Correcto, la materia gris en realidad. Interesante y espeluznante a la vez. añadió San.

—¿Interesante? Sí, sobre todo si es tu cerebro el que se está comiendo.— dijo Linda con agresividad.

—El hecho es que siempre entra por el cuello.— continuó San sin hacer caso al comentario —Si lo notáis dispondréis de unos segundos antes de que se introduzca. Se esconde entre las ramas de los árboles y desde allí salta a su víctima.

—Así que más os vale estar alerta si pasáis bajo un árbol, no voy a estar siempre para cuidaros.— añadió Linda.

—Recordadlo,— dijo San mientras señalaba el árbol del que había caído el bicho — suelen estar en este tipo de árbol, y digo suelen porque, aunque raro, podrían estar en cualquiera.

—Ya podrías habernos avisado antes jolín.— replicó Junior.

—Perdona... — San no sabía bien que decir. Habría tardado una semana en enseñarle todos los peligros a tener en cuenta en el exterior, quizá un mes para estar seguro, pero decírselo no lo habría tranquilizado

demasiado. Se tragó su explicación muy a su pesar.

—Sigamos.— Linda miró a San con cara de desaprobación. No dijo nada.

Antes de continuar Junior se pasó la mano por el cuello. No para aliviar el escozor, sino para comprobar si tenía otro bicho de nuevo. Desde ese momento lo hacía constantemente pese a no haber ningún árbol cerca. A Linda le parecía gracioso.

—¿Se puede saber qué miran esos dos?— expresó Linda en tono despectivo. Costa y Ren habían parado en una zona alta del camino, ya llevaban un tiempo allí, tanto que el resto del grupo casi los había alcanzado. Reanudaron la marcha antes de que eso ocurriera.

—¿Eso ha estado siempre ahí? — preguntó Junior sorprendido. A continuación comprobó su cuello.

Era enorme, tanto que se veía claramente a pesar de estar todavía lejos.

—Bueno... más o menos— respondió San desconcertado

—Creía que no eran tan grandes, al menos por esta zona— dijo Marie.

—Sí. Y precisamente este...— San paró la explicación y miró a Linda con extrañeza.

—La última vez que pasé por aquí apenas podías llamarlo bosque. Ni tenía ese extraño color— aclaró ella.

El bosque era enorme, con inmensos árboles que asomaban por encima del denso follaje. Desde lejos era curioso mirarlo, como una enorme mancha verde y roja en medio de un paisaje amarillo y gris.

—Quiero verlo más de cerca— dijo San mientras aceleraba el paso. De repente sus ojos brillaban.

—Son todavía más altos de lo que creía, deben medir cerca de... Unos cuarenta o cincuenta metros, cálculo a ojo.

—San, no creí que pudiera haber árboles tan grandes. Es decir, los libros decían que sí, pero verlo aquí y ahora...

—Y no solo eso Marie, la cantidad de follaje es enorme. Visto así parece una selva. Pero más interesante todavía es su insólito color.

—A mí me preocupa más lo que pueda haber ahí adentro. Esa cosa nos dará problemas.— Linda lo llamó cosa a pesar de ser un bosque. Teniendo en cuenta lo rápido que había crecido y el enorme contraste con su alrededor, no era del todo descabellado.

—Es curioso, ¿verdad Linda?, parece como si el bosque estuviera invadiendo la llanura.

—Supongo...— respondió desganada

—Marie, esto es interesante.— se volvió hacia ella y la miró entusiasmado
—Muy interesante diría yo. Hace apenas un año este mismo bosque no era ni la mitad de grande, hace apenas un año los árboles más altos no sobrepasaban los quince metros, hace apenas...

—Un año, sí, te hemos escuchado— Linda interrumpió su apasionado discurso.

—Lo que quiero decir es que esto es teóricamente imposible, si tenemos en cuenta...

—¿Y eso te sorprende? Teóricamente nada de lo que ha pasado era posible.— Lo interrumpió de nuevo. No quería que empezara con su parafernalia habitual. Sin embargo Linda se dio cuenta de que sus propias palabras habían sido demasiado... demasiado como las habría dicho San. *Espero que no se me esté pegando de tanto escucharlo*, pensó molesta.

—Aun así esto es... Increíble, maravilloso. Si los científicos antiguos (así solían llamar a la sociedad de antes del desastre) hubieran descubierto esto...

—San, a veces creo que vives en un mundo distinto al nuestro. ¿Se puede saber que tiene de maravilloso esto?! Es un jodido nido de bestias. No sé si lo sabías pero...— *espera, ¿San no suele decir siempre algo parecido?*, el pensamiento la desconcentró por un instante —El caso es que si algo hemos aprendido, es que en las zonas de mayor vegetación suele haber una mayor concentración de bestias, y más bestias significa...— paró la explicación de golpe. Otra vez volvía a hablar como lo haría San; empezaba a cabrearse.

—En eso tienes toda la razón, Linda. Puede que sea peligroso.

—¡Pues claro que la tengo!— pegó un tajo al aire con su machete y aceleró la marcha.

Por su parte San se quedó parado. Ahora reflexionaba sobre la situación mientras observaba las caras de Junior y Marie. Estos le devolvían la mirada con inquietud.

—No hay quien pueda con ella, ¿eh?— San esbozó una sonrisa fingida junto al comentario y continuó avanzando por la carretera.

Capítulo 5

Costa esperaba al borde del bosque. El camino se adentraba entre los enormes árboles y se perdía entre el denso follaje. Lo que antaño había sido una amplia carretera rodeada de una modesta arboleda, ahora era una escasa masa de asfalto invadida por la enorme frondosidad. Las ramas de innumerables árboles y plantas se extendían hacia el interior del camino, las raíces deformaban el terreno y las hojas caídas pintaban el gris de rojo y verde. Algunos de los árboles más fuertes y osados crecían en medio de la carretera, atravesándola como si estuviera hecha de papel.

Sin embargo, había algo más inquietante en ese lugar, algo que jamás habían visto. Todo el bosque estaba teñido de un extraño color sangre: los troncos, las copas de los árboles, la maleza. Es más, el mismo ambiente parecía imbuido del mismo tono.

—¿No te atreves a entrar, pequeñín? — Dijo Linda en tono burlón.

—Me preguntaba si sería buena idea seguir por aquí. Ahí dentro no se esconde nada bueno.

A Linda le sorprendió la respuesta de Costa, no era el tipo de comentario que él habría hecho normalmente; además su tono era de sumisión.

—¿Estas insinuando que rodeemos el bosque? — Preguntó ella. Él afirmó no muy convencido. —Me sorprendes, sabía que eras un capullo, pero lo de idiota es nuevo.

Acto seguido Linda se adentró en el bosque, haciendo un gesto con la mano para que la siguieran.

—No quiero ponerme de su parte,— Le dijo San en voz baja tras alcanzarla rápidamente — pero tal vez el comentario de Costa no sea tan idiota como has dado a entender. Tu misma dijiste que...

—Sé exactamente lo que he dicho— lo interrumpió severamente — y sé exactamente lo peligroso que es seguir esta carretera. Pero ambos sabemos que es la única manera de llegar al refugio sin que anochezca.

—Tal vez... Tal vez si aceleramos la marcha lo suficiente sí podríamos...— hablaba sin convicción. Sabía que no era buena idea. Tras el drástico cambio del lugar desconocía el tamaño exacto del bosque, por lo tanto no podía calcular con precisión el tiempo que tardarían en rodearlo. Aun así le gustaba considerar todas las opciones.

—He dicho que no— Linda repitió los argumentos que él mismo había considerado, solo que de manera más directa y agresiva.

—Argumentos que no puedo contradecir— contestó San.

—Querrás decir que tengo razón— expresó molesta. El asintió.

El ambiente se hacía más oscuro e inquietante conforme se adentraban. La luz que atravesaba las enormes hojas color granate se convertía en un siniestro rojo oscuro al llegar al suelo. Aullidos y gruñidos diversos en la lejanía, el sonido de algo atravesando los matorrales, y la voz de San recitando otra de sus aburridas explicaciones. *¿Por dios es que nunca se calla o qué?!*, pensaba Linda mientras huía despavorida del terrorífico discurso.

—Esto es increíble, Marie. Esos árboles apenas deben tener más de un año de vida— hablaba en voz muy baja —. Me pregunto cómo consiguen los nutrientes necesarios para tan acelerado crecimiento. Además parecen ser todos el mismo tipo de árbol; al menos los de mayor tamaño— hizo una pausa para reflexionar —. Por lo que parece están colonizando toda la zona. Parece lógico pensar que son los responsables de la extraordinaria expansión del bosque. Que especie más interesante, ¿verdad? — ella asintió distraída. De inmediato desvió la mirada hacia un gruñido de animal que sonaba relativamente cerca —Aun así parece que las demás especies vegetales también han crecido de forma acelerada, es como si se vieran afectadas por ellos.

—¿Afectadas por los árboles inmensos? ¿Esos? — Marie señaló a uno de ellos.

—Sí.

Los árboles del bosque eran en su mayoría de ese tipo. Tan grandes como un edificio de quince plantas al menos. El tronco era ancho y robusto, con un peculiar color marrón tiznado de granate. Hacían extraños giros, enroscándose sobre sí mismos en algunos casos extremos. Las hojas eran grandes como pelotas de fútbol, haciéndose más numerosas conforme aumentaba la altura y, al igual que el tronco, estaban invadidas de pequeñas motas color granate.

—¿Quieres decir que los árboles grandes... —miró de nuevo hacia el interior del bosque— mmm... hacen que las demás plantas crezcan más rápido?

—Eso es, lo has entendido muy bien.

—¿Pero por qué crecen tan rápido los árboles grandes? ¿Y por qué afectan a los árboles más pequeños? —San soltó una silenciosa carcajada de satisfacción. Linda giró de golpe hacia él cabreada por su actitud, más aun cuando hace un momento se quejaba de lo peligroso que sería atravesar el bosque. *Creo que a veces solo habla por hablar, es como un niño.*

—Excelente. Con esa pregunta has dado en el clavo. Pero me temo que no voy a poder responder a tu magnífica cuestión, al menos por ahora, espero— se imaginó a sí mismo investigando, encontrando una explicación a tan interesante suceso. Se le puso la piel de gallina —. Aun así, todo esto es solo una conjetura, tal vez los árboles grandes... — hizo una pausa —, creo que primero deberíamos ponerles un nombre, ¿verdad Marie?

—Eeeh supongo— un nuevo gruñido la sacó de la conversación.

—Le llamaremos pino, en honor a los pinos que habitaban la tierra en la antigüedad— a San le pareció apropiado, pues el pino era una especie muy extendida en la región en la que vivía antes del desastre, tanto que a veces le parecía que invadía la zona —Como iba diciendo, no podemos saber si los... pinos— dijo señalando al árbol físicamente —, aceleran el desarrollo de las demás plantas. Sí, eso parece a primera vista, es lo más lógico; pero quien sabe qué podría estar pasando en realidad.

—Las cosas no siempre son como parecen, ¿verdad? — manifestó Marie recordando las palabras de San. Sin embargo todavía tenía sus reservas respecto a su veracidad; al menos en las situaciones en las que él las usaba.

—Correcto— dijo en tono más alto del que habría querido —. Debo decir que eres una alumna excelente.

—¡Tú! — Linda le señaló con el dedo, se acercó con velocidad y le golpeó con él en la frente —Calla— expresó severa, dando la vuelta a continuación para seguir con la marcha.

San se quedó paralizado.

—Menudo carácter, ¿verdad? — le dijo Marie en voz baja. Ambos sonrieron.

—Sin embargo tiene razón, no debería estar hablando en este lugar. Perdóname, a veces actuó de forma inconsciente— miró a Junior.

—No importa, no creo que sea para tanto— dijo ella a pesar de que no lo

pensaba.

Linda paró la marcha en seco. Algo les acechaba. No le hizo falta señalarlo, pues se veía a simple vista. La maleza ocultaba la parte inferior de su cuerpo. Aun así no pretendía esconderse. Su forma humana era inconfundible, sin embargo el color de su piel poseía un tono rojizo, acorde con el resto del bosque. Había algo extraño en su cara, era como... Una especie de costra, muy parecida a la que sale tras una herida. Quizá fuera eso, no se distinguía bien desde la distancia. Otra igual recorría su torso, esta mucho más grande, la cual se sobreponía con la destrozada ropa que todavía cubría su cuerpo.

Linda reflexionó brevemente sobre si debían seguir. Tampoco le convencía la idea de volver. No lo volvió a pensar. Seguiría adelante, tal y como había hecho siempre.

Aquel humanoide continuó observando impasible mientras pasaban, moviendo únicamente los ojos y la cabeza con lentitud; tanto que no parecía haberse movido desde el principio. La palabra estatua pasó por la cabeza de más de uno. Junior recordó la siniestra silueta oscura que había desaparecido ante sus ojos esa misma mañana en el horizonte. Ambos le transmitían una sensación similar, escalofriante y desconcertante a la vez. Se preguntaba si había algún tipo de relación entre ambos.

—Ahora ya saben que estamos aquí— Costa usó un tono inquietante, como el que usa el narrador de una historia de terror.

—¿Quién?!, ¿quién sabe que estamos aquí? — preguntó Junior asustado.

—No lo sé, quien sea— expresó desinteresado junto a una risa de burla.

A la dama de la escopeta no le resultó nada jocoso. *Tal vez debería pegarle un tiro en la entrepierna, eso sí que sería gracioso.* Aun así no dijo nada, el inmóvil acechador ahora era su mayor preocupación.

Junior miró de nuevo atrás, en la distancia, entre troncos y maleza todavía se distinguía la forma del extraño hombre, observándoles fijamente con el cuello torcido más de noventa grados. Otro escalofrió le recorrió la espalda.

—Linda... Si ves algún bicho de esos en mi cuello, dímelo por favor. Pero yo me lo quitaré, ¿vale? — Junior había estado pegado a ella desde que vieron al acechador. Iba por delante de suyo desde hace un rato, ocupando la valiente posición de líder, o más bien... Para que ella vigilara su cuello; lo cual no quitaba que él siguiera comprobándolo, mucho más a menudo ahora con tantos árboles alrededor.

—Claro que te lo diré cariño, la robusta palma de mi mano estará encantada de volver a avisarte— Junior se arrepintió de haber hablado, sintiendo la necesidad de volver al lado de las dos únicas personas que lo trataban bien en el grupo —. Es broma, chiquitín— expresó mientras sonreía —, pero más te vale ser rápido, si tardas mucho lo haré yo, y no pienso dejarte morir— Junior se quedó algo descolocado ante el comentario, *¿acaso le caía bien y no me he enterado? Espera, tal vez esté enamorada de mí...* Junior continuó pensando cosas absurdas durante un rato.

Entretanto Linda se acercó a él y posó la mano sobre su hombro. Sus estúpidas conjeturas empezaban a cobrar fuerza. Se puso nervioso. Ella señaló a un lado del camino.

—¿Qué demonios es eso?

Justo al borde de la carretera había una especie de ser deforme rodeado por un montón de ramas curvadas.

—Pobrecito...— expresó Marie que se acercaba con San desde atrás.

—¿Pero... qué es?

—Una planta carnívora, y la desfigurada masa de carne que puedes ver es su víctima.— San pasó un dedo sobre una burbuja que parecía flotar en la punta de una rama; una de las pocas que no se retorció sobre el animal. De pronto un extraño vapor emergía de su dedo. Lo restregó por la camiseta y el humo cesó de golpe —Usa este líquido para atrapar y digerir a sus presas.

—Los animales se pegan y no pueden escapar. Además el líquido es corrosivo, así que poco a poco lo va digiriendo, vivo...— añadió Marie consternada.

—Correcto. Sigamos.— manifestó San. Linda lo miró extrañada, creía que soltaría otra de sus largas explicaciones.

Un potente aullido resonó a un lado de la carretera, tras la maleza. Linda se puso en guardia, la escopeta preparada y el dedo en el gatillo.

Una enorme bestia apareció al borde del camino. Recordaba a la forma de un lobo, pero casi el doble de grande y de facciones más duras. Sus pelos parecían gruesos y afilados, de color gris plateado. Daba la impresión de estar cubierto de agujas de metal.

—Es muy peligroso, ¿verdad? — susurró Marie.

—Sí, pero sus compañeros lo son mucho más. Por favor no os mováis.— a San le costó responder, miraba a un lado y a otro con inquietud.

Las plantas y arbustos de alrededor empezaron a emitir sonidos de fricción, unos pocos al principio, aumentando exponencialmente conforme cada segundo se consumía. No se veía nada, pero era obvio que estaban rodeados.

Mientras tanto, Costa y Ren se acercaban con cautela al resto del grupo, rezando para no ser atacados mientras lo intentaban. Costa conocía la descomunal amenaza que suponían. Visto así no parecía tan peligroso y arrogante como antes.

El plateado animal comenzó a caminar hacia ellos, mirándolos fijamente mientras posaba sus patas sobre el asfalto. De pronto, todo quedó en silencio. No más arbustos ni sonidos de pisadas, tampoco el ruido natural del bosque. Ni siquiera Linda podía evitar que la aplastante atmósfera se hiciera dueña de sus emociones.

Costa y Ren consiguieron llegar al grupo, aglutinándose a su lado hasta estar los seis totalmente juntos. La imponente bestia continuó aproximándose. Linda apuntaba sutilmente a su cabeza, intentando no dar muestras de agresividad, esperando no tener que volársela si era necesario. Leves sonidos de pisadas y arbustos volvieron a aparecer. Tan solo unos pocos y dispersos, probablemente ruidos creados por la impaciencia.

El animal se aproximó hasta su lado y olfateó la escopeta. Miró a su alrededor, volvió a olfatear y... Se dio la vuelta. Acto seguido el sonido de decenas de arbustos mecidos con violencia rompió el silencio. El bosque pareció por un momento cambiar de color, las sombras grises atravesaban los árboles a una velocidad endiablada. Apenas llegaba distinguirse la forma de los animales, pero sí se distinguía una cosa: eran muchos.

—Esos ya no nos atacaran.— el corazón de Linda latía descontrolado. Hecho que no se notaba en sus palabras, pues sabía que un líder no

puede permitirse tener miedo; o por lo menos mostrarlo.

—Pero, ¿qué eran? — preguntó Junior precipitadamente.

—Lobos, una curiosa y formidable mutación de la especie original. Atacan siempre en manada y eso es lo que los hace tan peligrosos.— explicó San resumidamente.

—Aun así han aprendido a temer a una de estas— Linda posaba orgullosa con su escopeta. *La de veces que me ha salvado esta preciosidad.*

—Espero llegar pronto al refugio, todo esto es de locos.— Marie no dijo nada, sin embargo pensaba exactamente lo mismo que Junior.

Reanudaron la marcha, pero no de igual manera que antes. Ahora el peligro se respiraba en el aire, incluso el bosque parecía un lugar diferente, más aterrador. Caminaban todos juntos buscando la protección del grupo.

Linda levantó una mano y el grupo paró de inmediato.

—¿Otro más!? — expresó Junior frustrado.

—Silencio.

El animal estaba lejos, aun así era mejor no arriesgarse. Su forma recordaba a la de un puñetero, a excepción de que no poseía esos enormes puños y de que este tenía una abultada chepa.

Uno igual surgió desde el bosque, este mucho más cerca. Sin duda eran feos, la cara achatada y la nariz casi hueca, con una boca desproporcionada repleta de enormes y afilados dientes. El animal se acercó a un “pino” y empezó a mordisquear su corteza de manera feroz. Arrancaba las tiras como si de papel fino se tratara, sorbiéndolas después a modo de espagueti.

—Jamás había visto uno de esos.— dijo San en voz muy baja.

Otro de ellos apareció desde la maleza, después otro y otro más. Un pequeño árbol cayó al suelo tras perder parte de su tronco debido a los mordiscos.

Ahora se preguntaban cuánto más tardarían en comer y salir de la carretera, no tenían todo el día. Pronto encontrarían la respuesta.

Todo pasó tan rápido que apenas daba tiempo a asimilarlo. Los lobos aparecieron de la nada, completamente coordinados, atacando a cada animal en grupos de tres a cuatro. Uno al cuello, otro a la pierna, otro al brazo o al costado. La lucha, o más bien la masacre no duró mucho. Una de las presas consiguió llevarse un tanto antes de ser aniquilada, agarró la pierna de uno de sus atacantes y la mordió con fuerza hasta arrancarla de su cuerpo.

El grupo tardó un rato en seguir adelante. La zona de la masacre estaba llena de restos y sangre. Curiosamente, las enormes chepas seguían allí, era lo único que habían dejado entero. Al parecer no eran del agrado de los carnívoros. Su repugnante forma y un viscoso liquido marrón que brotaba de ellas parecía responder al por qué.

Sangre y restos no era lo único que había dejado allí la feroz manada de lobos. Uno de sus compañeros gemía moribundo en el suelo, desangrándose por su mutilada pierna. Junior no podía dejar de mirarlo, sentía miedo y pena a la vez. Visto así hasta parecía inofensivo, además era una animal realmente bonito. San se acercó hasta él con precaución para examinarlo, Marie lo seguía desde atrás.

—Tal vez podamos salvarlo, si cortamos rápido la hemorragia...

—Vámonos, ¡ahora! — Linda se guardó los comentarios, habrían sido demasiado duros incluso para su gusto.

Marie obedeció sin rechistar, preguntándose cuan estúpido habría sonado su comentario a oídos de los demás. San la siguió inmediatamente después.

Sí, debí haberlo comprobado. Después de todo solo habría sido un momento. Ahora nunca sabré si ese pelaje es de metal. Aun así... ¿me habría atacado al intentarlo? Seguramente. Pero podría haberlo rematado antes. Mmm sí, pero eso no le habría gustado a Marie. Además, dudo que Linda me hubiera dejado su machete para hacerlo... San seguía reflexionando sobre el lobo muerto, analizando todas las opciones minuciosa aunque infructuosamente.

Apenas habrían caminado durante un par de minutos cuando apareció en la lejanía otro de esos animales come corteza, mordisqueando el tronco de

un árbol junto a la carretera.

El grupo se paró a observar, esperando a que se apartara. No ocurrió, y en vez de eso llegó otro más para unirse al banquete.

—No nos atacarán, deberíamos pasar.— Costa se mostraba seguro de lo que decía.

—¿Ahora eres adivino? — dijo Linda en tono agresivo.

—No, pero son herbívoros, dudo mucho que nos ataquen.

—¿Herbívoros? ¿Acaso no viste como le arrancó la pierna a ese pobre lobo? — se entrometió Junior.

—Si le arrancó la pierna fue para defenderse idio...— se calló antes de acabar la frase, Linda estaba ahí.

—Estoy de acuerdo con esa afirmación, lo hizo para defenderse. Pero aun así, eso no descarta que también coma carne, es más, aun suponiendo que sea únicamente herbívoro, eso no quiere decir que no vaya atacarnos. Bien sabido es que muchos animales herbívoros...

—Lo sabemos, San. Y no pienso arriesgarme a pasar por al lado de eso— Linda miró duramente a Costa.

A pesar de la intensidad de la conversación el grupo hablaba en voz baja. La imagen de los lobos atacando de repente seguía grabada en sus mentes.

—Linda, si esperamos a que se vayan no llegaremos de día— Costa le devolvió la mirada con firmeza —El bosque está lleno de esas criaturas, confía en mi...

—¿Qué confié en ti?! — soltó una risa forzada, demasiado fuerte para la situación. —Antes confiaría en una víbora asesina. Además, ¿cómo sabes que habrá más cosas de esas?

Costa tardó en responder, la mentira debía ser convincente.

—Es obvio, en apenas trescientos metros hemos encontrado a más de cinco.— no fue tan convincente como habría querido. Aun así hizo reflexionar al grupo, el cual empezaba a considerar la idea.

Costa se cansó de esperar. Salió disparado, caminando decidido hacia los horribles animales.

—Dejadlo, si lo matan sabremos que son peligrosos— una parte de ella deseaba verlo. Ahora lo observaba con atención mientras se acercaba.

Costa se situó a escasos metros del más cercano. Este se dio la vuelta y lo miró inexpresivo. De inmediato volvió a cosas más interesantes, como la sabrosa corteza del árbol.

Costa miró hacia atrás e hizo un gesto arrogante que parecía decir: “veis como tenía razón”.

—Es el mejor.— Ren no puedo evitar expresarlo. Al instante miró al resto y se sintió avergonzado.

Por supuesto Costa ya lo había hecho antes. Hace apenas un mes había estado explorando el bosque, hecho que los demás desconocían. Por alguna razón, él prefería que siguiera siendo así.

Linda apuntaba a la nuca del animal, aunque este no parecía ni darse cuenta de su presencia. Costa les esperaba un poco más adelante. Marie lo miró a los ojos al pasar, él le devolvió una sonrisa. Se preguntaba sobre su cambio de actitud. No parecía el mismo capullo de antes. Costa le desconcertaba, era un misterio para ella.

Siguieron caminando juntos, pero la situación no mejoró. Cada vez habían más seres come corteza, muchos de ellas en la carretera. Por suerte ninguno les prestaba la más mínima atención.

—Costa tenía razón, no son peligrosos.— dijo Marie a San en voz baja.

—Aun así es mejor no acercarse demasiado, podrían sentirse amenazados y defenderse.

—Está bien— afirmó ella a pesar de no estar del todo de acuerdo.

Un enorme “pino” se encontraba justo en medio de la carretera, su tronco era tan ancho que la cortaba por completo. Alrededor se amontonaba el asfalto levantado.

—Tendremos que rodearlo— dijo San al acercarse.

Linda lo miró duramente, como evidenciando lo obvio que había sido su comentario. De inmediato avanzó hacia un lateral, desenfundó su machete y comenzó a abrir un camino entre la maleza a base de tajos. A Linda no le agradaba la idea de pasar por allí, la zona estaba llena de matorrales y

extrañas plantas, por lo que si había algo peligroso ese sería el mejor lugar para esconderse. En cualquier caso no había tiempo para ser precavido, debían llegar al refugio y pronto. Ya habían perdido demasiado tiempo esperando a los animales come corteza.

El grupo la siguió inmediata e instintivamente. A ninguno le apetecía pasar por allí, pero la convicción de Linda era motivo suficiente para hacerlo.

Un extraño animalillo se balanceaba en una rama delante de ellos. Algunos vieron su forma original, el resto dos trozos de algo que caía al suelo. Linda no tenía tiempo ni ganas de comprobar si era peligroso.

Segundos después, Linda sintió como algo se subía a su pierna derecha, algo pequeño y rápido. Un paso más y la sensación se había multiplicado por tres. Con tanta maleza no podía ver lo que era, así que aceleró la marcha, dando machetazos a toda velocidad.

Junior gritó de forma desesperada, se paró en seco y empezó a rascarse las pierna con vehemencia; o al menos a intentarlo entre tanto matorral. Costa se chocó con él y lo lanzó al suelo. Este aterrizó a los pies de Linda. Ella se dio la vuelta y lo levantó del brazo como si fuera un muñeco. Un insecto alargado y negro, del tamaño de un par de dedos recorría su pecho. En la parte trasera de su cuerpo asomaba un enorme aguijón que llevaba en alto. Linda se lo quitó de un manotazo antes casi de que él pudiera verlo, sin embargo un par de la misma especie subían por su cadera. Estos sí pudo verlos, y empezó golpearse por todo el tronco con fuerza mientras gritaba enloquecido.

—Vámonos ya joder.— Costa estaba bastante cabreado, empezaba a notarlos subir por la pierna y no pensaba quedarse a jugar con ellos. San corroboró las palabras de Costa pero de manera más educada.

Linda agarró la cara de Junior entre sus fuertes manos, lo miró fijamente y le dijo que la siguiera de manera dominante. Mientras tanto uno de los insectos subía por su poco femenina cadera. Junior obedeció de manera automática, como si su capacidad de juicio hubiera sido totalmente borrada de repente.

Linda continuó avanzando. Se quitó el insecto que subía por su cadera de un zarpazo sin siquiera mirar, pues cortar la maleza de enfrente ya ocupaba toda su atención. Las ramas y hojas desaparecían tan rápido que parecían ser tragadas por un ser invisible.

Algo grande apareció justo delante de su machete. Linda paró de golpe a punto de perder el equilibrio, esperando que lo último que había cortado fuera una rama y no la espalda del animal. Este se dio la vuelta de

manera brusca, era uno de esos animales come corteza.

Ahora sus caras apenas estaban a metro y medio de distancia. Su enorme boca y afilados dientes eran realmente intimidantes; todo lo contrario de su mirada, inexpresiva y desorientada. Observaba a Linda tranquilo y con ojos bizcos, tanto que costaba distinguir si la miraba a ella o simplemente disfrutaba del paisaje.

Mientras tanto uno de los insectos trepaba por sus musculosos pechos. Consiguió contener su mano, que deseaba con todas sus fuerzas aplastar aquel bicho hasta hacerlo papilla. No quería hacer nada que cabrease al animal. Un par de hormigueos más en su barriga y espalda aparecían por su sobrecargada conciencia.

Por detrás Ren empezaba a soltar gemidos de desesperación. Entre ellos también pudo distinguir a Marie, la cual desgraciadamente llevaba pantalones cortos. Demasiada información en tan poco tiempo, la rabia crecía descontrolada en su interior, y ahora solo deseaba cortar en dos al inoportuno animal y desintegrar con sus manos a aquel maldito bicho que ya notaba casi en el cuello. Sin embargo no podía hacerlo, sabía que no era buena idea, y eso aumentaba todavía más su rabia. Linda sentía que estaba a punto de explotar.

Cuando ya se disponía a clavar el machete en su cara el come-cortezaladeó la cabeza, se dio la vuelta y se alejó caminando tranquilamente.

La furia de Linda se desató y el pequeño insecto explotó entre sus dedos. Acto seguido barrió con fuerza la parte delantera de su cuerpo con el antebrazo, acabando con todos los que cogía a su paso. Sin embargo aún sentía hormigueos por la espalda. Inmediatamente después sintió una mano amiga que acababa con ellos. *Por fin hace algo útil ese idiota,* pensó.

La parte restante de su furia se dirigió a las ramas que ahora cortaba con su machete de manera brutal. Continuó avanzando a un ritmo frenético, hasta que la maleza desapareció por completo.

Linda tiró el machete al asfalto, se quitó un par de insectos que recorrían su cadera y se tomó su tiempo para aplastar uno a uno los que todavía paseaban por su pierna.

Junior comenzó a gritar nada más llegar a la carretera, como si toda la convicción que había encontrado se apagase de repente. Ahora manoseaba todas las partes de su cuerpo con desesperación.

—Los tengo por dentro— Ren se golpeaba las piernas con fuerza, intentaba aplastar los pequeños bultos que se movían por su pantalón.

—No lo toques, Marie, quizá sea mejor dejarlo...— San apenas pudo terminar la frase.

Ella no pudo esperar, el bicho seguía creciendo ante sus ojos, con la cola totalmente clavada en su muslo. Se lo arrancó de golpe. Soltó un grito de intenso dolor y un chorro de sangre brotó de su pierna. El insecto salió corriendo nada más llegar al suelo; ahora era mucho más lento y casi el triple de grande. Ella taponó la herida casi al instante.

—¿Estás bien, Marie? — preguntó San alterado. Ella le devolvió una mirada de preocupación mientras hacía un gesto de negación. Inmediatamente después se dispuso a sentarse con cuidado.

—¡Joder lo tengo pegado!— mientras tanto Ren continuaba con su propia lucha. Se había quitado los pantalones y en su pierna habían un par de insectos aplastados; uno de ellos moribundo, con la cola clavada en su carne y rodeado de sangre.

—San, tengo otro detrás.— Marie se levantó como un rayo nada más tocar el asfalto. Sin querer soltó la mano de su pierna y otro chorro de sangre, este mucho más débil, emergió de la herida.

Esta vez lo tenía en la parte trasera del muslo contrario. San le aconsejó que se relajara, que él solucionaría el problema; ahora su mente recorría desesperadamente las opciones posibles. *Quemarlo sería lo mejor, ¿pero cómo? Tal vez podría...* San empezaba a desesperarse. Linda se acercó para ver si podía hacer algo. Por su parte Junior seguía rebuscando entre su cuerpo, imaginando que alguno de aquellos insectos aún seguía escondido en algún lugar, sobre todo en su cuello. Costa observaba la situación como si la cosa no fuera con él, y Ren continuaba aplastando el bicho de su pierna hasta dejarlo bien muerto. Una vez cerciorado lo arrancó. Un grito de dolor y un pequeño chorro de sangre. Nadie se acercó para ayudarlo.

—Aparta, voy a partirlo en dos— Linda se cansó de esperar. A San no le convencía la idea, una muerte violenta podía hacer que el insecto regurgitara los fluidos aumentando así el riesgo de infección. Sin embargo tampoco le convencían las otras diez soluciones que había pensado.

El bicho saltó de la pierna antes de que Linda llegase a cortarlo. Se arrastraba lentamente hacia la maleza.

Ahora Marie se preguntaba asustada si toda esa cantidad de sangre era suya, pues el bicho acababa de explotar bajo la dura bota de Linda, salpicando una amplia zona de alrededor y creando un enorme charco de

sangre.

San se acercó rápidamente a taponar la herida que el insecto había dejado en la parte trasera de la pierna. Esta parecía mucho menos grave, brotaba algo de sangre pero nada comparado con la primera. Al darse cuenta de ello ordenó a Linda que la taponara, centrándose ahora en la de delante; la realmente peligrosa.

—No para de sangrar, San.— el miedo desencajaba el bello rostro de Marie.

—¿Puedes seguir taponando? — preguntó él. Ella afirmó no muy convencida. Acto seguido la ayudó a tumbarse, poniéndole ambas piernas en alto. Linda seguía sus movimientos con cuidado para no quitar las manos de la otra herida.

—Es la femoral, ¿verdad? — preguntó asustada. En el fondo sabía muy bien que así era, por la posición y la cantidad de sangre era obvio, sin embargo su criterio médico estaba totalmente anulado en ese momento.

San no respondió a la pregunta, simplemente la miró intentando aparentar tranquilidad; siempre le había costado disimular. Cogió un trapo limpio y cambió sus manos por las de Marie con habilidad.

—Vas a tener que aguantar.— tras el comentario apretó fuertemente la herida, y no dejó de hacerlo hasta pasado un buen rato. Ella gritó un poco al principio, pero pronto se acostumbró.

La voz de Ren pidiendo ayuda llevaba un rato sonando como ruido de fondo en la mente de San. Daba igual, Marie era mucho más importante para él. Ahora recordaba haberse planteado ir a ayudarle, recordaba a Costa mirando sin hacer nada, hechos a los que apenas había prestado atención debido al intenso momento.

—Tranquilo chaval, la herida no es profunda, no como...

—¿Por qué has tardado tanto joder?! — lo interrumpió.

Costa pensó en decirle algo como que estaba demasiado asustado o que la situación le había superado. Nadie lo habría creído.

—Porque tú eres fuerte, Ren. Sabía que te las apañarías.— el cabreo del chaval desapareció como por arte de magia —Si sigues taponando así un rato estarás caminando antes de que te des cuenta.— Costa sonreía mientras hablaba, había ensayado muchas veces esa expresión. Se sentó a su lado a modo de apoyo; tan solo quería reflexionar más

tranquilamente.

Mientras tanto Linda escuchaba la conversación.

—¿Por qué no te vas? — se dirigió a Costa en tono agresivo.

—Porque no.— respondió secamente. Las excusas aparecieron automáticas en su mente. Ninguna era convincente. Así al menos creaba una duda, la duda de que dentro de todos nosotros hay una buena persona que sale en el momento apropiado. Por supuesto que esa duda no calaría en Linda, pero los demás eran otra cosa. Ella no dijo nada más.

—Tenéis que ir, Linda— San hablaba en voz baja, tal vez para que Marie no lo escuchara; algo imposible pues la tenía justo al lado.

—¿Estás loco?!, no pienso dejarla aquí.

—Pronto anoecerá, y ahora mismo no podemos moverla, es...— San paró la frase para observar a Marie, la cual esbozaba una extraña expresión que no llegaba a comprender —, es un momento crítico.— habló incluso más bajo que antes. —Tal vez en una hora, quizá más, podríamos moverla. Para entonces ya estará anocheciendo. Los demás todavía pueden salvarse.— echó una rápida mirada a Junior.

—Entonces me quedaré yo, tengo más posibilidades que tú y lo sabes. Además esta zona está llena de sangre, atraerá a los animales, ¿acaso crees que podrás defenderla? No, por supuesto que no. Si alguien puede conseguirlo soy yo.

A San no se le había ocurrido pensar en eso. De todas formas sabía que quedarse allí con ella era una misión suicida, ahora tenía otro argumento más para no hacerlo, pero el resultado sería el mismo.

—No podrás defenderla y taponar la herida a la vez.— San ni siquiera pensaba lo que estaba diciendo. Ahora su mente daba vueltas a una sola idea. Dejar a Marie allí, era lo más lógico, lo correcto. Él lo sabía bien, sabía que pronto se desangraría, que no había nada que hacer. Lo sabía, sin embargo actuaba como si no fuera así —Me quedaré contigo entonces, Costa los llevará hasta el refugio.

—¿Costa?! — a Linda no le gustaba la idea — No. Junior, te quedarás conmigo. Tú taponaras la herida— el joven seguía a lo suyo —¡Junior ven! ¡¡Ahora!!

Este giró de golpe hacia su posición, acatando la orden de inmediato aunque con desconcierto.

—No, Junior para.— detuvo el paso nada más oírlo —Él no va a quedarse.

A San le parecía estúpido, no iban a poder salvarla de todos modos, ¿para qué iba a dejar que Junior muriera también? Empezaba a notar lo incoherente de sus pensamientos, aunque no tenía tiempo para analizarlo.

—¿Pero qué...?!— Linda comenzó en tono agresivo; Marie más aun.

—¡¡¡Basta!!! Voy a morir, Linda— la voz firme, los ojos llorosos —Voy... a morir, lo sabes tan bien como yo.— ahora miraba fijamente a San —, así que... ideja de hacer el idiota! Deja de hacer como si no lo supieras. Déjalo ya San, déjame.— tras la frase comenzó a llorar.

San no pudo evitar sentirse aliviado. Había dicho lo que él no podía decir, lo que el mismo no quería aceptar.

—No... no vas... no vas a morir, Marie, yo me quedaré, yo...— Linda hablaba confusa e insegura; costaba creer que fuera ella quien se expresaba de aquella manera.

—Voy a morir, Linda.— no titubeó, sí seguía llorando —Soy médico, lo sé. Vete por favor, fuera de aquí, todos.

—No... no puedes morir. Era solo un pequeño bicho, no es posible que...

—Me estoy desangrando. Al sacarlo desgarré la arteria femoral. Al parecer... detuvo sus palabras, no quería dar más explicaciones, solo llorar —Vete, Linda por favor, ivete!

—Pero... pero...— ella se negaba a creerlo. Sin embargo podía verlo en los ojos de Marie, en su convicción. *¿Enserio va a morir? No, no puede ser cierto*, el mismo pensamiento se repetía un su cabeza una y otra vez.

Por su parte San la miraba fijamente. La presión de sus manos se aflojaba, una lágrima corría por su mejilla, la esperanza moría poco a poco en su interior, la realidad ocupaba su lugar.

—Es lo correcto, no puedes hacer nada por mí, San.

Él se levantaba con lentitud. Las lágrimas se multiplicaban con cada centímetro que se separaba de Marie.

Linda lo miró rabiosa; rabia que poco a poco se transformaba en tristeza, pues empezaba a entender que ella tendría que hacer lo mismo.

Los segundos parecían minutos. San se alejaba lento e inseguro de la escena. Linda lo miraba perpleja. El desconcierto y la impotencia se

adueñaban de su mundo. Volvió la mirada hacia Marie, de nuevo a San y otra vez a ella, esperaba una reacción, algo que le dijera que debía hacer.

—Sí. Vete.— Marie afirmó con la cabeza junto al comentario. Su voz era triste y contundente, la miraba con ojos llorosos, convencida de sus palabras.

Linda aflojaba sus manos, algo se rompía en su interior. Aun así no llegaba a dar el paso, una parte de su ser se negaba a razonar, a aceptar lo que pasaba. Marie volvió a repetirlo, vete, pero Linda no respondía, solo la miraba triste y desconcertada, esperando algo que la hiciera quedarse, algo que le permitiera salvarla. No pasaba, y cada momento golpeaba la fina amarra que todavía la mantenía allí sentada, la desgarraba dolorosamente.

La última fibra se rompió. Linda separó las manos de su pierna, la miraba con lágrimas en los ojos mientras se distanciaba de ella con lentitud, centímetro a centímetro, preparándose para levantarse y no mirar atrás.

—Yo me quedaré— se hizo un largo silencio tras la frase. Costa pasó por delante de San, ahora se agachaba para ocupar su puesto —No vas a morir, Marie— apretaba con fuerza la herida.

—¿Qué estás haciendo!? — Linda rompió el silencio enfurecida; no era precisamente ese algo que ella esperaba.

—Me quedaré con ella. Deberíais salir ya si queréis llegar al refugio— Costa hablaba tranquilo y confiado.

Linda no sabía que decir. Miraba a Marie intentando encontrar una respuesta. Esta no decía nada, parecía confusa. Todos lo parecían, todos lo estaban.

—¿Por qué lo haces, Costa? — habló Marie finalmente —No... no lo entiendo.

—Porque me importas— la mirada clavada en los ojos de ella —Voy a salvarte, confía en mí.

—Pero...

—Voy a quedarme, Marie, digas lo que digas me quedaré, digas lo que digas te salvaré.

Marie no supo qué responder. Inexplicablemente sus palabras habían calado en su interior. Por un momento dejó la lógica a un lado, por un

momento decidió creer.

—Necesitaré más trapos— exigió Costa mirando a San. Este se los entregó al instante y sin rechistar. Una vez en sus manos Costa colocó un par encima del otro -el cual estaba ya totalmente empapado-, y siguió apretando con fuerza.

—¡Yo me quedo también! — declaró Linda mientras posaba de nuevo sus manos sobre la herida trasera.

Era curioso como el ambiente había cambiado radicalmente en un instante. De repente todos sabían lo que hacer.

—Está bien, déjame vendar esa herida, Linda— San se acercó, se disponía a cambiar sus manos por las de ella. En ese momento se dio cuenta de que la herida trasera no sangraba, incluso parecía haberse cerrado ya. Eso lo desconcertó, era imposible, al menos en tan poco tiempo. Vendó la pierna de todos modos, no quería arriesgarse, más por algo tan extraño, tan difícil de creer. No dijo nada sobre ello; más tarde reflexionaría sobre el tema.

Mientras tanto Costa seguía arrodillado enfrente de Marie, apretando la herida de su femoral y mirándola a los ojos; ambos se miraban. Linda se levantó y se puso al lado de ellos.

—Aguanta Marie. Yo te llevaré hasta el refugio— dijo Linda. Acto seguido clavó la mirada sobre Costa, a las manos que taponaban la herida y de nuevo a la cara de forma desafiante.

—Lo intentaré...— respondió poco convencida, prefería no pensar de manera lógica en el tema. Justo después regresó la mirada sobre la persona que prometió salvarla a pesar de las circunstancias, sobre la esperanza.

—San... cógela.— dijo Linda a regañadientes mientras alzaba su escopeta.

—¿Qué la coja?!, Linda eso es...

—Perdiste tu pistola durante la huida— lo interrumpió —Necesitarás un arma si queréis salir de aquí con vida.

—Pero... ¿y vosotros qué?!

Linda desenfundó su enorme machete y apuntó a Costa de forma

desafiante.

—Nos conoces, San, sabes bien de lo que somos capaces.— expresó con arrogancia.

—Sí... tal vez pero...

—¡Cógela antes de que me arrepienta joder!!

San se quedó paralizado ante la imponente acometida de Linda, más aun ante la insólita situación.

—Yo... está bien.— alargó la mano con timidez y posó sus dedos sobre la escopeta. Continuaba preguntándose si hacía lo correcto.

—¡Deja de perder el tiempo, maldita sea!

Agarró el arma y dio media vuelta intentando no mirar atrás.

Ahora se desplazaba hasta la posición de Ren para examinar su herida. Al igual que la de Marie estaba prácticamente cerrada. La desinfectó y la vendó, tal y como había hecho con la anterior.

—¿Te duele?

—Sí, un poco, no mucho realmente. Creo que ya se ha curado.

San sonrió debido al comentario. Por supuesto no estaba curada, aunque sí estaba excepcionalmente bien para lo reciente que era.

—Me alegro de oír eso. Vamos a tener que darnos prisa. ¿Podrás hacerlo?
— Ren asintió sin dudarlo.

San miraba a los tres que se quedaban. Podía ver a Marie sentada, a Costa enfrente de ella con sus manos en la herida, y a Linda sentada justo a su lado, observándolo fijamente. El suelo manchado de sangre, la atmosfera de color rojo a su alrededor. Seguía preguntándose si hacía lo correcto. No tenía tiempo para pensar.

—Nos veremos en el refugio. Volveremos a vernos, Marie. Buena suerte.

Los tres emprendieron la marcha, una marcha acelerada, tanto que parecía que en cualquier momento empezarían a correr. Ren cojeaba un poco, pero aun así los seguía con esfuerzo.

—Por supuesto— ella sonrió, no con mucho entusiasmo, y volvió a fijar la mirada en Costa.

Capítulo 6

Poco a poco la oscuridad iba invadiendo la zona. Linda seguía preguntándose si había hecho bien; confiar en las palabras de Costa, y sobre todo quedarse allí sin su escopeta. Por su parte Marie comenzaba a marearse, y por su experiencia médica sabía que acabaría desangrándose. Aun así intentaba aferrarse a la esperanza que había sentido hace unos minutos, aferrarse a la vida.

Un Come-corteza cruzaba la carretera unos metros más allá, otro arrancaba tiras de corteza en un pino cercano y, a escasos metros de él, entre la maleza, un extraño hombre los vigilaba. La piel de color rojo ensangrentado, la enorme costra en la cara, otra mucho más grande en el cuerpo confundiéndose entre la ropa, invadiéndola para ocupar su lugar. Era prácticamente igual que el humanoide que vieron al inicio del bosque.

Linda cogió su machete y se puso en guardia. Nadie dijo nada.

El hombre seguía plantado allí, sin hacer un solo movimiento. El Come-corteza que había cerca de él ahora pasaba por su lado, casi a punto de rozarlo. Ninguno de los dos reaccionó al otro, como si vivieran en mundos diferentes.

A Linda se le pasó por la cabeza que quizá solo fuera su imaginación, que el siniestro ser solo estaba en su mente. Se giró para mirar a Marie y a Costa; ambos miraban al hombre con cara de expectación. Se reprendió por haber pensado semejante tontería.

Transcurrido un rato, la situación no había cambiado. Aquel cuerpo seguía inmóvil como una estatua. Linda se sentó de nuevo junto a Marie, con el machete en la mano y sin apartar la vista del acechador.

—¿Cómo te sientes?

—¿Por qué... no deja de mirar? — nadie respondió —Me siento mal, Linda. Estoy cansada.— los parpados empezaban a pesarle demasiado. Ella la abrazó y la apoyó en su regazo. Giró la cabeza un momento para observar a Costa.

Él parecía distraído, llevaba un buen rato sin hablar desde su sorprendente discursito. Linda se preguntaba por su reciente actitud; *¿está fingiendo?, o... ¿tal vez lo he juzgado mal? Puede que sea un capullo y un egoísta, pero quizá no sea tan peligroso. Después de todo necesita al grupo para sobrevivir. Mientras eso siga así no nos traicionará...*

Costa cogió su cuchillo con velocidad. Linda reaccionó de forma instintiva a su movimiento y se levantó rauda con su machete apuntando hacia él.

Este la miró y señaló hacia el lado izquierdo de la carretera. Un insecto se acercaba hacia ellos. Llevaba su cola en alto y se acercaba con rapidez; era de la misma especie que el que había perforado la femoral de Marie.

Costa se preparó para lanzar su cuchillo, pero antes de que pudiera hacerlo una bota ocupaba el lugar del insecto. Linda había saltado por encima de Marie casi instantáneamente, incluso Costa se sorprendió de la velocidad del movimiento. Nada más chafarlo, partió en dos a otro que acababa de aparecer un poco más adelante. Un puñado más emergió desde la maleza. Linda se abalanzó hasta su posición aplastando un par de ellos con el movimiento, uno con cada bota. Mientras tanto, otro aprovechaba la circunstancia para subirse a su pierna derecha de un salto. Ella sintió el impulso de quitárselo con el machete, demasiado arriesgado. Esperó a que trepara hasta su muslo y lo aplastó con un brutal manotazo.

Ahora un pequeño grupo se acercaba directamente hacia ella. Demasiados para su gusto. Retrocedió un par de pasos y acto seguido se agachó hábilmente, quedándose en cuclillas apoyada sobre su mano izquierda. El machete trazó un amplio círculo a ras del suelo. Cinco colas fueron mutiladas de golpe; sus propietarios se retorcían moribundos. Otros dos consiguieron saltar hasta su brazo mientras tanto. No duraron mucho, se los quitó al instante barriéndolos con la otra mano.

Costa la observaba impresionado. Hacía tiempo que no la veía en acción. Se preguntaba si al fin él estaba a su nivel; deseaba comprobarlo.

Ya tan sólo quedaban unos pocos desperdigados por el suelo, uno de ellos con la cola inundada en un charco de sangre. No dejó ninguno vivo.

—Cuidado Linda. Date la vuelta.— ella le hizo caso al instante. Se molestó un poco por haber obedecido una orden de Costa. Al menos ella lo veía así.

Esperaba encontrar otro de esos odiosos insectos. Para su desgracia no era así. Un par de animales a cuatro patas se aproximaban a través de la maleza a toda velocidad desde el otro lado de la carretera, el mismo en el que aún estaba el hombre de costra que los acechaba. Costa y Marie estaban en medio. Ella pasó corriendo por al lado de ambos, cargando decidida hacia los animales. A simple vista eran algo parecido a un perro, y al igual que el hombre estaban recubiertos de una extraña costra; mucho más abundante en su caso. Tanto, que daban la impresión de llevar una repugnante armadura encima.

Linda se paró al borde de la carretera, donde uno de los animales iba directo hacia su posición. Ella esperaba sosteniendo el machete por encima de su cabeza, con el mango agarrado con ambas manos, aguardando el momento apropiado. Este saltó hacia su cuello; acción que ella había previsto. El machete bajó como un rayo, la cabeza del perro

había entrado en su trayectoria. El corte fue brutal, la cara del animal acabó totalmente partida en dos. Cayó a los pies de Linda golpeándola en la espinilla.

Mientras tanto el segundo perro la sobrepasaba e iba directo hacia Marie. Ella seguía sentada, por lo que la cabeza del animal se encontraba a la altura de su rostro. Costa estaba de rodillas, a su lado. Apoyó un pie sobre el asfalto para incorporarse y clavó su cuchillo en la cara del atacante antes de que llegara a su destino. Para conseguirlo tuvo que apoyarse sobre la herida de Marie que aún taponaba. Esta gritó, por dolor o por miedo, puede que las dos. El animal cayó herido y su cabeza chocó contra el asfalto a pocos centímetros del muslo de ella. El cuchillo seguía clavado en su mejilla, y ahora propinaba dentelladas descontrolado intentando llegar hasta Marie mientras su sangre salpicaba por todas partes. Costa sacó el cuchillo de la cara del perro y lo clavó en su cráneo con fuerza, atravesando la extraña costra y el cerebro de lado a lado. Sus bruscos movimientos cesaron de golpe.

—Perdona.— dijo él.

—No. Gracias, me has vuelto a salvar.— ella sonrió, al menos tanto como la situación y el cansancio le permitían.

Todo quedó en silencio por un instante. Sin embargo, el estático hombre continuaba acechando desde la maleza. Segundos después empezó a moverse hacia donde se encontraban. A su lado apareció otro animal de cuatro patas, este mucho más grande que los dos anteriores. Era un lobo plateado, del mismo tipo que habían visto hace un par de horas. Sin embargo el color de su duro pelaje tiraba hacia rojizo, como si hubiera sido manchado de sangre. La costra era poco abundante en su cuerpo, una pequeña en el lado izquierdo de la cara y otra algo más grande en el costado.

—Agáchate, Linda.— de nuevo obedeció sin pensar, *¿acaso empiezo a confiar en él? Ni de coña.* Él pensamiento se perdió al notar el cuchillo pasar por encima de su cabeza. ¿Quién podía habérselo lanzado? Inmediatamente pensó en Costa.

—A tu izquierda.— no pudo evitar mirar hacia allí.

Otro hombre recubierto de Costra se acercaba desde su flanco izquierdo. Estaba totalmente recubierto por ella, tanto que apenas se veía su ropa. ¿Habría sido él quien lanzó ese cuchillo? Un par de perros igual que los anteriores se apostaban a sus lados. Los tres se acercaban corriendo.

Linda echó un vistazo rápido a Costa para asegurarse. Él observaba atento la situación, girando rápidamente su cabeza para tenerlo todo controlado. Llevaba su enorme cuchillo manchado de sangre en la mano derecha y un perro yacía muerto a su lado. No había sido él.

Mientras tanto ambos grupos de enemigos se acercaban a la vez. Uno por la carretera, el otro desde la maleza; totalmente coordinados. *Ojalá tuviera mi escopeta*, pensó.

—Marie, voy a tener que ayudarla. ¿Podrás hacerlo? — ella afirmó convencida. Luego cambió sus manos por las de él, apretando la herida con fuerza. Extrañamente ya no le dolía demasiado. *Debo estar perdiendo la sensibilidad*, pensó.

Linda estaba preparada, miraba a un lado y a otro, esperando. Costa se acercaba por detrás suyo. El ataque era inminente.

De repente el enorme lobo de enfrente se dio la vuelta con rapidez, lo suficiente para apartarse. El hombre de su lado no fue tan veloz, y su cabeza fue arrancada de un zarpazo. El grupo enemigo de la izquierda paró de golpe, el humano observaba a su compañero decapitado. Dieron la vuelta y se perdieron entre la maleza. Mientras tanto el lobo escapaba de allí sin mirar atrás.

El animal que acababa de aparecer era enorme, algo más de dos metros yendo a cuatro patas. Recordaba a la forma de un antiguo oso, sin embargo era mucho más robusto, pudiéndose discernir una gran cantidad de músculos entre su escaso pelaje. Su cara era realmente ancha y no tenía cuello; como si la cabeza estuviera encajada entre sus hombros. Un par de enormes ojos a cada lado de la cara, increíblemente separados. Boca y nariz apenas se veían. Linda lo miraba con atención. No encontró costra alguna en su cuerpo.

De nuevo volvió a pensar en su escopeta, esta vez con mucho mas anhelo.

Por suerte a este animal ya lo conocía, famoso por despedazar todo aquello que sus zarpas tocaban, sabía cómo hacerle frente. La mala noticia: solía hacerse entre varios y con armas de fuego.

—Ataca a sus zarpas. No dejes que te toque con ellas.— Costa llegaba desde atrás.

—Eso ya lo sé idio...— el animal se le echaba encima. Linda miraba hacia arriba, desde tan cerca era terriblemente intimidante; aun así ella estaba preparada. Saltó hacia atrás con agilidad, esquivando la zarpa de la bestia y esgrimiendo a la vez su machete en dirección contraria a la trayectoria del ataque enemigo. El brazo de Linda retumbó por el bestial choque. A

punto estuvo de escurrírsele el mango entre los dedos. No fue así, y lo único que se escurrió fue un trozo de zarpa entre el resto de la pata. La había cortado por la mitad, dejando al animal con solo media garra; como si una mano humana hubiera perdido el pulgar y dos dedos. Sin embargo, eso no lo detuvo. Furioso, se posó sobre las patas traseras y se abalanzó sobre Linda con un rugido salvaje, atacando con la zarpa que todavía tenía entera. El instinto la hizo reaccionar y retrocedió con una velocidad increíble. No lo suficiente, la garra desgarró parte de su hombro y pecho. A pesar de haberla cogido de roce la herida era sobrecogedora.

Costa aprovechó la oportunidad, e inmediatamente después del zarpazo lanzó su cuchillo directo al enorme ojo del animal. La hoja debía medir algo más de un palmo, incluso así se clavó entera. La bestia gritó de manera espeluznante. Ahora intentaba arrancar el arma de su ojo con la pata malherida, pero el cuchillo no se movía; estaba bien clavado.

—iiiAhora Linda!!!, ¡¡reviéntale la puta cabeza!!

Ella soltó un grito, un grito salvaje de dolor y rabia. Una herida no iba a detenerla, fuera la herida que fuese. Echó el brazo hacia atrás y soltó todo lo que tenía en un solo golpe. El machete se incrustó por completo en la frente del animal. Había cortado tan profundo que ya no se veía la parte trasera del arma. Sin embargo, debido a la potencia del impacto el mango se le resbaló y el machete cayó al suelo. El animal reaccionó con un zarpazo mal ejecutado apoyándose sobre la pata mutilada, golpeando a Linda con la parte interior de la extremidad y lanzándola al suelo a modo de empujón.

Aquella enorme masa se tambaleaba de lado a lado. Aun así seguía en pie y desafiante, algo descoordinado, pero dispuesto a matar. Ahora se acercaba a Costa caminando con dificultad. Le lanzó un zarpazo descontrolado, el cual consiguió esquivar sin demasiada dificultad. Ahora mismo se encontraba totalmente concentrado. La cara llena de sangre y una sonrisa en su rostro; estaba disfrutando.

Costa se preparaba para algo. Esperó a un segundo ataque, lo esquivó, e inmediatamente después se abalanzó sobre el animal agarrándose al cuchillo clavado en su ojo. Pegó un enorme salto usándolo como apoyo para impulsarse. La maniobra fue espectacular, aferrado al mango volteó su cuerpo cayendo en cuclillas sobre la espalda del animal. Una vez arriba arrancó el arma del ojo con un estirón explosivo. El animal comenzó a removerse para quitárselo de encima, pero para entonces Costa ya había clavado el cuchillo en la coronilla de su enemigo y ahora lo usaba como soporte para estabilizarse. Una vez recuperado el equilibrio volvió a sacarla y repitió la operación.

Al tercer navajazo la bestia cayó al suelo. Un enorme charco de sangre empezaba a formarse alrededor de su cabeza. Sus movimientos se

desvanecían poco a poco.

Marie observaba a Costa con atención; le costaba creer lo que acababa de verle hacer. Él arrancó el cuchillo de la enorme cabeza; había conseguido mantenerse encima a pesar de la caída. Acto seguido, sus pies regresaron al suelo, agarró el machete de Linda -que aún seguía incrustado en la frente del animal- con ambas manos y lo sacó de un tirón.

Se acercó a Linda, la cual estaba sentada revisando su herida. Cuatro terribles cortes se extendían desde su hombro izquierdo hasta la parte central de su pecho. Por suerte a penas sangraban, no eran muy profundos y no parecían haber cortado ningún vaso importante.

—Toma,— ella recogió su machete — tenemos que irnos.— Costa miró a un lado de la carretera, otro hombre con costra observaba inmóvil desde allí.

Posteriormente Costa se acercó a Marie, se puso de rodillas delante suyo y cogió sus manos con suavidad. Las apartó de la herida y la vendó.

—Has estado impresionante.

—He tenido suerte.— él le hecho una breve mirada coqueta y siguió con el vendaje. Por supuesto no pensaba eso, todo lo contrario, empezaba a creer que era invencible —Levanta, Marie.— la subió a cosqueretas. Ella lo agarró con toda la fuerza que le quedaba. Su cuerpo se relajó al sentir la fuerte y cálida espalda de Costa. Por un momento se sintió bien, él la cuidaba.

Linda miró la escena un momento con el ceño fruncido. Luego miró a su alrededor. Un nuevo humanoide de costra se había unido a su compañero. Costa inició la marcha y los tres se largaron de allí a la carrera.

—¿Qué tal tu herida? — preguntó Marie a Linda.

—No es nada. Las he tenido... Mucho peores.— respondió entre jadeos.

—Luego me gustaría echarle un vistazo. Es posible que se infecte.— bostezó tras el comentario. Empezaba a dormitar en los hombros de Costa.

Linda miró hacia atrás, los seres de costra rodeaban al enorme cadáver. Rápidamente habían aparecido muchos a su alrededor. No consiguió ver

nada más.

El número de los come-corteza iba aumentando conforme avanzaban y con ellos la cantidad de árboles roídos y derribados. Algunos no terminaban de desplomarse, eran frenados a medio camino por aquellos que aún seguían en pie. Otros acariciaban la superficie del suelo con todo su cuerpo. Uno de estos atravesaba la carretera. Les costó un buen rato y esfuerzo sobrepasarlo. A Marie tuvieron que remolcarla.

Linda parecía inesperadamente entera; solo había que echar un vistazo a su herida abierta para comprobar que por dentro no era así.

—Ahora la llevaré yo.

—No estás en condiciones. No quiero tener que llevaros a las dos. —Linda no respondió ante el arrogante y poco creíble comentario de Costa. Normalmente habría saltado airada, sin embargo en lo primero tenía razón; no insistió.

Otro enorme tronco volcado en medio del camino. Los come-corteza habían abierto una brecha en él a base de mordiscos. Pasaron por su lado. Estos ni se inmutaron, como de costumbre.

—No son peligrosos, ¿verdad? —preguntó Marie adormilada.

—No. Aun así es mejor no tocarlos.

—Eso pensaba, son nuestros amigos.— empezaba a delirar.

La cantidad de come-cortezas no dejaba de crecer, era un espectáculo ver a tantos animales de la misma especie juntos. Se amontonaban al borde de la carretera. Sin embargo, cada vez eran más los que estaban en medio, comiendo troncos caídos o algunos árboles que habían crecido a través del asfalto. A cada paso les costaba más encontrar un hueco por el que pasar. Debido a eso su ritmo era lento, y la luz que conseguía atravesar las frondosas copas de los árboles era cada vez más escasa.

El bosque comenzaba a abrirse, seguramente debido a que ya había más árboles roídos en el suelo que de pie. No pasaba un minuto en el que no pasaran por encima de uno. Por suerte, la mayoría estaban casi comidos,

lo que facilitaba el paso.

Al cabo de un rato ya estaban acostumbrados a los Come-corteza. Ninguno daba muestras de agresividad y pasaban por su lado sin demasiada preocupación. Uno de ellos yacía muerto en medio de la carretera. Se encontraba demacrado y mostraba una chepa enorme y deformada, más incluso que la del resto.

El bosque seguía abriéndose más y más, de nuevo podía verse el cielo. La zona se iluminaba, perdiendo a la vez la inquietante atmósfera roja que la inundaba. Algunos Come-corteza de menor tamaño aparecían entre los demás. Más tarde algunos realmente pequeños. Marie los miraba sonriente a la vez que sus párpados comenzaban a cerrarse.

Llegó un momento en que apenas había árboles alrededor, la maleza desaparecía con ellos y los Come-corteza menguaban en número por momentos.

—Ya estamos cerca, Marie.— Linda sonreía. No podía creerlo, por fin iban a salir de ese maldito bosque y, lo que es más sorprendente, sin que hubiera llegado a anochecer. Marie le devolvió la sonrisa, cansada pero con ilusión.

Al fin estaban fuera. El Sol había desaparecido por completo, aunque aún quedaba luz suficiente para observar en la lejanía.

—¿Otro más?! — expresó Linda mosqueada.

Un nuevo bosque, exactamente igual al que acababan de abandonar, se divisaba a más de un kilómetro de distancia.

—El mismo. Estamos en un claro. Uno enorme.— Costa señaló hacia los lados, haciéndoles ver que estaban rodeados por el bosque.

Linda se reprendió por no haberse dado cuenta antes. Cada vez se daba más cuenta de lo aturdida que se encontraba. Se negaba a aceptarlo.

Por su parte Marie se quedó extrañada. ¿Un claro? ¿Tan grande y en medio de ese bosque? No le pareció demasiado lógico, algo no cuadraba. Le hubiera gustado analizarlo más a fondo, pensar un poco más en ello. Pero el cansancio y las ganas de dormir eran mucho más apetecibles en ese momento.

El sitio era increíblemente tranquilo. Un silencio casi absoluto los rodeaba. Nada se movía a su alrededor, ningún animal, ningún arbusto enloquecido ocultando un posible peligro. Siguieron avanzando por la zona. El aire fresco que corría y la visión del cielo abierto les hacía sentir mejor. Olía un poco raro, pero en ese momento no era algo que les importase.

—¿Cuánto...— volvió a bostezar —queda para llegar? — preguntó Marie. Linda no sabía que responder.

—Más de lo que nos gustaría. Mucho más, diría yo.— respondió Costa.

—¿Y se puede saber cómo sabes tú eso?! — soltó Linda cabreada.

Costa no dijo nada al respecto. En vez de eso paró de golpe y dejó a Marie sentada en el suelo cuidadosamente.

—Deberíamos pasar la noche aquí.

—Espera, espera, espera...— hablaba rápido pero conteniéndose —, ¡¿eres idiota?! — dejó de contenerse —¡¿Quedarnos aquí en medio de este puto lugar?! — había algo en su interior que la hacía sentir mal. No sabía bien que era. Sí sabía que quería proyectarlo en él.

—Creo que...—

—¡Que te calles, majara!! — espetó de forma despectiva. Acto seguido se acercó a Marie ofreciéndole la mano. —¡Levanta, nos vamos de aquí!— Ella rehusó, negando tímidamente con la cabeza.

—Linda, déjalo hablar al menos.

—No.

—Linda, por favor.

Finalmente aceptó a regañadientes, farfulló algo para sí misma y empezó caminar en círculos.

—Este sitio, es seguro.— A punto estuvo de volver a interrumpirlo. Consiguió contenerse. —No hemos visto ningún animal dentro de este claro, ninguno. Y este silencio... Podría asegurar que este lugar está desierto.

—Eso es una estupidez. Que no veamos ningún peligro no significa que no los haya. Recuerda donde estamos, retrasado. Los lobos, los insectos chupasangre, ese jodido oso-gorila, y esas... icosas! con costra. Quién sabe qué más habrá en este puto infierno.— Hablaba descontrolada. Marie

se sorprendía de su actitud; jamás la había visto así.

—Sí, y nada de eso va a entrar aquí...

—¿Pero qué coño dices?! —lo interrumpió —Estamos perdiendo el tiempo ¡Vámonos, ya! — miró a Marie duramente .

—Linda por favor, déjalo terminar.— Una pequeña luz en sus ojos sustituía el cansancio de hace unos momentos.

—Gracias. Pensad,— tan solo miraba a Marie — ¿por qué hay un claro así en medio del bosque?, ¿por qué los Come-corteza se amontonaban en el borde?, ¿por qué tantos árboles caídos, mediocomidos justo antes de entrar aquí?

—Ve al grano.— a Linda le recordó a las explicaciones de San.

Por su parte, Marie estaba absorta en lo que él explicaba.

—Los Come-corteza lo han creado. Se han comido todo lo que había en el claro.— Miraba a su alrededor. —Este lugar... Debía ser igual que el resto del bosque.— señaló algo en el suelo. No se distinguía bien, pero aun así Marie pudo deducirlo. Era la base de un enorme tronco. Toda la zona estaba llena de ellos, solo que costaba verlos; al parecer lo habían mordisqueado a conciencia.

—¡Eso es!... — miró a Marié. —Estúpido, muy estúpido.— A Linda le costaba creerlo, ¿que toda esa frondosidad hubiera desaparecido como si nada? ¿esos enormes arboles?, imposible. Sin embargo, había razones más importantes para negarse a creerlo, como que quien lo decía era Costa, y que ella estaba cabreada.

—Pero cómo... ¿Cómo ha podido pasar? — Marie parecía haber aceptado la teoría, es más, se preguntaba cómo no podía haberse dado cuenta antes. Ahora parecía tan obvio. Sin embargo, le costaba imaginarse la situación. El fugaz momento de viveza se iba apagando, el cansancio la golpeaba y los párpados volvían a pesarle demasiado.

—No lo sé. Imagino que...— Se quedó pensando en lo que iba a decir. — Imagino que todo empezó en un punto, un lugar en este claro. Los Come-corteza aparecieron,— Notaba como sus palabras iban perdiendo credibilidad. —empezaron a comer, empezaron a reproducirse, imagino que a increíble velocidad.— Cada vez encontraba más lagunas. Por un momento hasta él mismo dudaba de su propia hipótesis —Supongo que con tanta comida podrían hacerlo... ¿no? — Finalmente se rindió. —¡Joder! Vale no sé exactamente como sucedió, pero sucedió.

—¿Te estás escuchando, retrasado?! No tiene sentido.— Su cabreo aumentaba por momentos.

Sin embargo, Marie no pensaba igual. Estaba totalmente encandilada con lo que decía, con él. Su nueva faceta le parecía muy interesante. Al mirarlo ya no veía al antiguo Costa, ni siquiera recordaba cómo la había tratado. Ahora solo veía a un chico guapo diciendo cosas interesantes, el cual acababa de salvarle la vida.

—Estoy de acuerdo contigo, Costa. Es posible que...

—Yo no. Jamás había oído una sarta de estupideces tan grandes y seguidas.— *y eso que he escuchado a San un millar de veces* — Y la más grande es perder el tiempo de esta manera ¡Nos vamos! — Intentó levantar a Marie a la fuerza. Ella le apartó los brazos con la poca fuerza que le quedaba. Linda observó la herida de su pierna y su cara palideciente. Lo reconsideró de inmediato.

Descargó su frustración con un potente machetazo al suelo. El movimiento estiró la carne de su pecho y un rampazo de dolor la invadió de golpe junto a más frustración y un mesurado gemido. Otro machetazo más, este más comedido. Acto seguido clavó las rodillas en el suelo con fuerza, respiró profundamente, dejó su machete y se sentó resignada. Miraba hacia el cielo, a ninguna parte, quería desaparecer por un momento.

—Escuchad, aquí hay algo que está muy claro,— Marie ya estaba convencida, sin embargo la aceptación del público había disminuido, la última actuación había sido un desastre, tenía que hacerlo suyo. — esos Come-corteza— Señalaba al lugar de donde venían .— se están comiendo el bosque. Lo habéis visto igual que yo. Los árboles caían al suelo y ellos los devoraban, ¡por completo! Y cuanto más cerca del claro más árboles caídos, más árboles devorados. Antes de entrar no quedaba ni un solo árbol sano, todos estaban a medio comer o partidos en trozos. — Marie afirmaba continuamente. —Y justo al llegar aquí, aparecen estas... Bases de tronco— Señaló una cercana. —Evidente, porque antes eran árboles inmensos, porque este lugar era igual al resto del bosque, pero se lo han comido. Sé que es difícil de creer, pero pensad en la cantidad de Come-cortezas que había. Eran cientos, posiblemente más de mil; y eso solo en la zona por la que hemos pasado. Con tantos de ellos comiendo a la vez, es obvio que haya pasado esto.— No lo había hecho mal. En su cabeza había sonado mejor cuando se imaginaba diciéndolo; aun así estaba satisfecho.

—Yo... yo te creo, estoy totalmente de acuerdo.— Marie estaba impresionada, le encantaban ese tipo de explicaciones. El hecho de que fuera Costa quien la recitaba, la impresionaba mucho más.

—Todo eso es muy bonito, una historia encantadora, la verdad...— Linda había cambiado la rabia por la ironía. — Y aunque fuera cierto, ¿qué coño importa?! Este sitio sigue sin ser seguro. Seguimos en medio del puto infierno.— Ya no usaba el mismo tono dominante, una Linda distinta parecía hablarles.

—A eso es a lo que quería llegar. Este lugar, este claro— Costa gestualizaba con elegancia mientras hablaba, parecía dar un discurso para una multitud. — está totalmente rodeado por los Come-corteza. Exactamente igual que la parte por la que entramos. Han ido expandiéndose, como un círculo de fuego que crece consumiendo todo a su alrededor.— Hizo una breve pausa. —Ahora bien, si lo pensáis detenidamente, con semejante cantidad de esas criaturas es imposible que ningún animal peligroso, ningún depredador, haya conseguido pasar. Y estamos rodeados, todo este claro lo está. Es como un círculo de protección, un cerco que impide pasar el peligro. Por esa razón este lugar es tan tranquilo, por eso no hemos visto ni un solo animal desde que hemos llegado.

A Marie le parecía estar oyendo una especie de revelación, le encantaba la idea. En su estado de atontamiento apenas había analizado lo que estaba escuchando, simplemente lo aceptaba embriagada, como el fanático religioso que escucha entusiasmado las palabras de su profeta. Una extraña sonrisita tonta se había pegado a su cara.

A Linda todo lo contrario, no le gustaba nada. Por supuesto veía cierta lógica en lo que decía. Sin embargo era demasiado teórico, demasiado suponer... Hecho que no era de su agrado, pues le gustaban las cosas claras, cosas que podía ver y no guiarse por ambiguas e improvisadas teorías como hacía el viejo.

—Eres... Eso es fascinante. Me encanta.— La última palabra se fundió con un bostezo, dando un toque contradictorio a la expresión .—Entonces... Nos quedamos aquí, ¿verdad? — Lo dijo lentamente, mirando a Linda con los ojos semicerrados.

—No lo sé, esto no me convence, Marie ¿Y si se equivoca? — Una parte de ella simplemente quería obedecerle, hacer lo que decía, confiar en Costa y dejarse de preocupaciones. Otra le recordaba quién era él, y quién era ella.

Marie respondió con un balbuceo incomprensible, echó el tronco hacia atrás y se tumbó mirando al cielo. Por su mente pasó un último pensamiento: *todavía estoy viva, no sé por qué, pero lo estoy*. Eso la hizo sentir realmente bien. Poco después sus ojos se cerraron.

Linda la miró. Acto seguido observó el cielo. El azul oscuro ya comenzaba a tornarse negro. La lucha había terminado, no podía hacer nada más. Se

sentó al lado de Marie, su cuerpo se relajó súbitamente y el cansancio que había acumulado la invadió de golpe.

La función había terminado, lo había vuelto a conseguir. Por su mente, toda clase de alabanzas hacia sí mismo. Su ego ya casi le desbordaba. Su capacidad de convicción empezaba a sorprenderle, su genial discurso había ocultado los defectos de su teoría. Al menos así lo veía él.

Para empezar, los Come-corteza podían haber barrido el bosque de lado a lado, no de adentro hacia afuera como él había dicho. Eso significaba que el claro no estaría rodeado por las horrendas bestias. Aunque la ausencia de animales en todo la zona parecía darle la razón. Costa lo había tenido en cuenta, pero pensó que era poco probable.

También estaba el hecho de que los depredadores hubieran conseguido pasar a través de los Come-corteza. Después de todo si ellos lo habían conseguido, cabía la posibilidad de que otros seres lo hicieran igual.

Por suerte, ninguna de las dos lo había pensado. Marie no estaba en condiciones, y Linda parecía más pendiente de negar lo que decía que de analizarlo. Con eso le bastaba, no necesitaba una teoría perfecta, simplemente una que le sirviera.

Linda examinaba la herida de su pecho. No tenía buena pinta. Ya comenzaba a infectarse. Pensó que debía haberla limpiado con agua al menos, pero no había querido gastarla, pues Marie la necesitaría mucho más; había perdido demasiada sangre. *Ojalá estuviera San aquí, el siempre lleva alcohol entre sus cosas*, pensó. También tenía su escopeta, la echaba de menos enormemente. Siempre la llevaba consigo, desde aquel último día con él no se había separado de ella. Ahora se daba cuenta de cuánto había aprendido a depender de ella. La escopeta de su padre. Los recuerdos inundaron su mente atropellados, recordaba el miedo, la ansiedad y aquella abrumadora inseguridad. No por los depredadores, no por la certeza de que el mundo se iba a la mierda, de que todo lo que había querido desaparecía violentamente. Era su padre.

En aquella época solo tenía trece años. Fue entonces cuando el mundo empezó a volverse loco. La guerra los cambió, el odio y el miedo se habían ido colando poco a poco en sus corazones. Sin embargo había algo más, algo que escapaba a la razón. De repente todo el mundo parecía un enemigo. No entendía por qué, ¿qué impulsaba a aquellas personas a cometer tales atrocidades? Las mismas personas que la habían tratado bien, las que daban seguridad a su mundo, buenas personas. No podían

ser los mismos. Al menos eso pensaba ella en aquella época.

Para entonces vivía sola con su madre. El odio hizo su papel: las calles llenas de cadáveres, el enorme bate de su vecino incrustado en el cráneo de su madre, su padre rebanando cuellos, destrozando con su escopeta a todo aquel que se interponía en su camino. Él decía que era necesario; su mirada no de la misma manera. Las escenas grabadas en su mente como si fuera una película a fotogramas. La última de ellas en un bosque, con su padre. Él decía que allí estarían seguros. En parte no se equivocaba.

Él era militar, experto en supervivencia y montaña. Frio y distante desde que ella podía recordar. Le enseñó a cazar, le enseñó a matar, a sobrevivir, pero sobre todo le enseñó a temerle. Más de una vez creyó que su cuerpo explotaría ante aquella tensión. Cada día intentaba no fallar, no defraudarlo y así tal vez no recibir una paliza. A veces, la paliza se convertía en un premio especial; así le gustaba llamarlo a él. Tres años viviendo de esa manera, día tras día, temblando como un flan ante la aterradora mirada del maltratador. Eso la marco para siempre. Aquella asfixiante inseguridad se había grabado a fuego en su cuerpo, y veinte años después todavía la invadía de vez en cuando. Se colaba poco a poco en su interior, dominándola, transformándola. Normalmente podía controlarla. Había aprendido a luchar, a ser fuerte, a ser más dura que nadie. Por desgracia hoy no era ese día. Aquella horrible emoción había estado creciendo en su interior, bloqueándola, robándole su fuerza y su determinación. Miró a Costa, deseaba arrojar toda esa aflicción en su cara de forma brutal. Sin embargo, ahora le temía. Desde hace un rato el miedo le invadía en su presencia. Luchaba contra él, pero lo sentía igualmente. *Ese jodido cabrón parece tenerlo todo controlado*, justo lo contrario que yo.

Linda se tumbó en el suelo, miraba el cielo intentando distraerse, intentando amputar todos esos recuerdos que atravesaban imparable su mente, amputar esa horrible sensación. Sin embargo no conseguía otra cosa que avivarlos, se colaban entre los recovecos de su pensamiento, engañándola, utilizando cualquier excusa para golpearla con fuerza. Se sentía temerosa, cabreada a la vez; había fallado. A Marie cuando decidió por un momento dejarla allí para morir, al no poder hacer frente a aquella enorme bestia de terribles zarpas; fue Costa quién acabó con ella de manera espectacular. Ni siquiera pudo convencer a Marie de que no pasaran la noche allí, en medio del mismo infierno. *¿Acaso no puedo hacer nada bien? Si al menos tuviera mi escopeta*, pensaba obsesivamente.

Costa se acercaba, cada centímetro que se consumía aumentaba su miedo en proporción. Él la miraba tranquilo, no de manera desafiante como ella habría esperado. Agarró la mochila de Marie y empezó a abrirla

lentamente. Linda se incorporó con velocidad.

—¡Tú!, ¡¿qué haces?! — el miedo la atenazaba, esa inseguridad volvía a bloquearla. Sin embargo actuó, tal y como había hecho tantas veces.

Él sacó una fina manta de la bolsa. Miró a Linda apaciblemente y recubrió el cuerpo de Marie con la tela.

—Hemos hecho lo correcto, Linda. Este lugar es seguro— hablaba sereno y confiado —Mañana temprano estaremos en el refugio—

Ella lo miraba severamente. Justo después apartó la mirada de manera tosca. No necesitaba que nadie le cuidara, ya había pasado por situaciones similares; saldría adelante, igual que siempre. Eso se decía a sí misma, sin embargo el comentario la había hecho sentir mejor, más tranquila, más segura.

Linda volvió a tumbarse, estaba rendida, no solo su cuerpo, su mente también; sobre todo su mente. Aun así no quería dormirse, no en ese lugar, mucho menos con Costa allí. Había algo extraño en todo aquello, nunca lo había visto actuar así. ¿De repente era un buen tío? *Eso no hay quién se lo crea*, pensaba. No, algo no cuadraba, *Costa no es de fiar, nunca lo ha sido y nunca lo será*. Reflexionaba sobre ello, intentando resistir el excesivo agotamiento, intentando no dormirse, no bajar la guardia. El enorme dolor de su pecho le ayudaba a conseguirlo, la herida le palpitaba. Podía aguantarlo, el dolor físico no era algo nuevo para ella. En realidad la había acompañado desde siempre, había aprendido cómo convivir con él, cómo aceptarlo. Intentaba no dormirse, lo intentaba con todas sus fuerzas.

Capítulo 7

Linda despertó por la mañana, el sol parecía haber salido hace unas horas. No recordaba el momento en que el sueño la había vencido, simplemente ahora estaba allí, reprochándose el no haberlo conseguido. Un apestoso olor envolvía toda la zona. Miró a su lado, no había nadie. Marie había desaparecido, Costa también. *Ese cabrón se la ha llevado*, pensó. Ahora lo entendía, por eso tanto teatro, tanto esfuerzo en convencerlos. Quería que se durmiera, que bajara la guardia. ¿Cómo no había podido verlo?, ahora le parecía tan obvio. Ese había sido su plan desde el principio, lo mismo que quería hacer cuando los encontraron tras la pelea contra el puñetero, quedársela para él, a solas podría dominarla, hacer con ella lo que él quisiera. Seguramente la violaría, y conociéndole también la maltrataría. Linda no pudo evitar pensar en su padre. *Maldito cabrón*, esas palabras se repetían una y otra vez en su mente.

Observó la zona de alrededor intentando encontrar una silueta humana. Y la encontró. Allí estaba, mirándole igual que lo había hecho hasta ahora. Su enorme Costra reflejaba la luz del sol. De repente un extraño ruido en la retaguardia. Se dio la vuelta tan rápido como pudo. Otro igual, es más, parecía el mismo. Se preguntaba cómo era posible que no lo hubiera visto antes. Echó la mano a su cadera buscando su machete, no estaba allí. Al parecer Costa lo había cogido prestado. *Maldito cabrón*.

Algo la agarró fuertemente por la espalda. Acto seguido su cuello parecía desgarrarse; la sangre brotaba incesante. Golpeó con fuerza la cabeza de aquello que le mordía, pudiendo notar cómo salía disparado hacia atrás. Mientras tanto el deformado humano que tenía delante corría hacia su posición. Ella golpeó su cara con un potente puñetazo. Este paró en seco, la miraba inmóvil con su puño en la costrosa boca; parecía haberlo paralizado.

Linda recogió su brazo y echó una brevísima mirada hacia atrás; el ser que la había mordido no estaba allí, había desaparecido. Él de delante seguía exactamente igual, mirándole fijamente sin inmutarse, como si no la tuviera a un metro de distancia. De repente la mano parecía arderle. La miró, ya no era una mano, solo un horrible muñón cubierto de costra. Notaba como el dolor empezaba a subir rápidamente por su antebrazo. Esa maldita costra la estaba consumiendo, invadía su brazo como si de una plaga de insectos se tratase. Volvió la mirada al frente. El engendro seguía mirándole, por lo menos cincuenta más lo hacían. Ahora estaba totalmente rodeada; apenas había un metro de distancia entre ella y los innumerables seres.

Se abalanzaron todos de golpe.

Volvió a despertarse, tan sólo había sido un sueño, una pesadilla. Hacía tiempo que no tenía una; al menos una que no fuera sobre su padre. Inmediatamente miró a su lado. El ahora pálido rostro de Marie asomaba por el extremo de la manta. No tenía buena cara, es más, parecía que... Comprobó rápidamente su pulso. Experimentó un enorme alivio cuando lo encontró; sin embargo era débil. Intentó despertarla con suavidad, pero ella no reaccionaba. No insistió. Después comprobó que el machete estaba en su sitio. Esta vez sí. Miró a Costa, parecía haberse levantado hace ya un rato, ahora paseaba por la zona observando los alrededores. La abundante rabia y desconfianza hacia él que había sentido en el sueño todavía recorría su cuerpo. Poco a poco iba desapareciendo, nada de eso había sido verdad. Empezaba a pensar que tal vez se había excedido juzgándolo tan duramente; lo cual no quitaba que siguiera siendo un capullo.

Linda miraba extrañada la carretera. Parecía tener un misterioso color marrón. Se acercó para verlo mejor. Apestaba. Había una especie de capa, como si un líquido o algo así se hubiera pegado al asfalto. Pensándolo bien, había notado algo por la noche, como si el suelo estuviera más blando de lo normal. No le dio importancia, sencillamente imaginó que su excesivo cansancio hacía cómoda hasta la superficie más dura.

—¿Qué tal tu hombro? — preguntó Costa con expresión desinteresada.

—Hecho una mierda— el tono era algo agresivo, aunque mucho menos que de costumbre.

La herida estaba infectada, y su considerable longitud no mejoraba la situación. Cualquier persona normal habría entrado ya en un shock anafiláctico. Linda no, su sistema inmunitario rozaba lo inhumano; tema que había sido objeto de innumerables debates entre San y Marie. Este era uno de sus preferidos. Solían comentar algo sobre la selección natural, sobre los supervivientes, algo así como que tenían una inmunidad privilegiada. Linda no lo entendía bien. Tampoco quería hacerlo; nunca prestó mucha atención a lo que decían. Sin embargo ambos coincidían en algo: el suyo era un caso especial, algo que no podían explicar, su sistema inmune se salía de la regla. Además su capacidad de coagulación era más de lo mismo, sus heridas cerraban mucho más rápido que la media. Eso sí le interesaba, significaba que era más dura que los demás, más difícil de matar.

Linda se levantó, recogió la fina manta y la guardó en la mochila. Después agarró a Marie suavemente y la subió a hombros; ella no despertó. Linda

no estaba en condiciones para hacer demasiados esfuerzos, la infección de la herida empezaba a pasarle factura, además había perdido bastante sangre y no había bebido agua desde la tarde del día anterior. Aun así decidió llevarla, su cabezonería y aguante no tenían límite. Por otra parte estaba el dolor, insignificante para ella. Costa la miró extrañado; a punto estuvo de decir algo. Ella se adelantó, tomando de nuevo el liderazgo del grupo.

Un potente alarido se escuchó en la distancia. Poco después otro y otro más. Los nuevos gritos se sumaban a los anteriores, parecían proceder de todas partes a su alrededor, como un potente dolby surround descontrolado, como si una orquesta desafinada y enloquecida los rodeara. Ambos se miraron confusos intentando encontrar una respuesta, e intentando ocultar la inquietud y el desconcierto a los ojos del otro. Inmediatamente hicieron lo que debían, lo que era necesario para seguir siendo coherentes con lo que eran; seguir adelante.

La carretera estaba demacrada, exactamente igual que en el resto del bosque. Numerosas aberturas y brechas salpicaban el asfalto. Más adelante, un enorme agujero en medio del camino que casi llegaba a cubrirlo de lado a lado, y en el centro los restos de lo que había sido algo descomunal en el pasado. La luz de la mañana parecía evidenciarlo, Costa tenía razón, aquel claro había sido como el resto del bosque.

En los alrededores la maleza era poco abundante, sobre todo comparada con el resto del bosque. Ni un solo árbol en todo el lugar, lo único que sobresalía más de un metro eran unos extraños montículos repartidos simétricamente por toda la zona. Uno de ellos se situaba a pocos metros de la carretera, y ahora se acercaban hasta él a paso lento; Linda no se encontraba en su mejor momento. Conforme avanzaban el hedor aumentaba, recordaba al olor de esa extraña capa marrón sobre la carretera.

La enorme pila de cuerpos amontonados sería algo más alta que un ser humano, mientras que el tamaño de su circunferencia era desmesurado. Había cientos de ellos pudriéndose al sol, las moscas revoloteaban festejando el interminable banquete. Esas pequeñas tocapelotas no habían cambiado; una de las pocas especies que lo había conseguido.

Costa observaba la escena con atención. Durante la noche pensó que aquellos montículos eran lo excrementos de las criaturas. No era un experto en el tema, sin embargo entendía el hecho de que todos los seres necesitan expulsar sus residuos. Teniendo en cuenta que habían devorado toda esa enorme masa de bosque, la zona debería estar plagada de ellos,

es más, *debería ser un enorme campo de mierda*. Sin embargo no había ni un solo excremento. Algo se le escapaba.

Continuó examinando. Todos los cadáveres parecían ancianos. Sus chepas eran enormes y deformadas, más incluso que cualquiera de los que había visto vivo. Sin embargo era difícil estar seguro de ello, pues la mayor parte de los cuerpos estaban casi descompuestos, aglutinados de forma viscosa como si fueran un enorme y repugnante pastel de carne.

A trescientos metros más o menos otra pila de cadáveres les esperaba. Era algo menos abultada que la anterior; no porque hubieran menos seres, simplemente estaban mucho más pegados y descompuestos. Formaban una apestosa masa casi uniforme, como si los cuerpos de los Come-corteza se hubieran fusionado. Visto así, aquel claro no parecía él apacible y agradable refugio que habían supuesto durante la noche, sino más bien un enorme y nauseabundo cementerio de bestias infectas. En cualquier caso era mucho mejor que el resto del bosque; muchísimo mejor.

Los gritos seguían coreando esa horrible melodía a su alrededor, sin embargo ya apenas le prestaban atención. Avanzar y sobrevivir, eso era lo único importante, la especialidad de ambos.

Algo pequeño corría hacia su posición, se tropezaba y volvía a levantar constantemente; no cesaba en su empeño. Momentos después giró en dirección contraria a la vez que volvía a rebotar contra el suelo. Otro brusco y descoordinado giro, luego otro y otro más. Parecía dar vueltas de manera estúpida, dirigiéndose a ninguna parte.

Poco después una pequeña chepa empezaba a distinguirse en su minúsculo y redondeado cuerpo. Era un Come-corteza, uno de los pequeños, más pequeño que ninguno que hubieran visto hasta ahora. Pasaron por su lado pero este ni los miró, tan solo intentaba afanosamente dar más de tres pasos sin tropezar. Curiosamente, nada más caer sus pequeñas patas se insertaban en su cuerpo, y acto seguido su esférico cuerpo rodaba hasta equilibrarse de nuevo automáticamente. Se asemejaba a uno de esos juguetes con peso en el fondo que siempre vuelven a su posición.

Un par de pequeñajos se acercaban con la misma trastabillada marcha que su homólogo. Caían, luego giraban, se levantaban, caían y volvían a girar. Un poco más allá otro grupo de ellos jugaba al mismo juego.

Siguieron avanzando, toda la zona previa al bosque estaba ocupada por los chiquitines; solo pequeños, ningún adulto. Parecía un enorme parque

infantil donde los niños se divertían corriendo y rodando por el suelo.

Finalmente el bosque estaba ante sus narices, y con él la ingente cantidad de adultos hambrientos, adheridos a los carcomidos troncos como garrapatas. Uno de ellos gritaba enfurecido varios metros antes del primer árbol. Linda paró el paso momentáneamente. El torso del animal estaba hinchado, las piernas abiertas y la cabeza mirando hacia el suelo. La fuerza del grito de acrecentó de repente. Un repugnante líquido marrón empezó a manar de su entrepierna, y a continuación una pequeña bola deforme cayó al suelo enérgicamente. La pequeña cabeza y la chepa apenas se distinguían entre toda aquella cantidad de viscoso fluido.

Un par de pequeñas piernas emergieron repentinamente de la parte inferior del recién nacido. Justo después comenzó a correr animoso, cayendo al suelo al primer pasó. Su cabeza rebotó contra la tierra, sus patas desaparecieron y siguió rodando hasta recuperar el equilibrio. Nada más conseguirlo sus patitas volvieron a aparecer incorporándolo de golpe, reanudó la apresurada marcha y de nuevo volvió a caer.

El pequeño continuó repitiendo ese reflejo instintivo hasta perderse entre sus semejantes.

A Marie le habría encantado ver esto, pensó Linda, aquellos pequeñajos le parecían muy graciosos incluso a ella. Eso le hizo recordar a San, a él también le habría encantado verlo. Seguramente soltaría otro de esos inaguantables discursitos suyos. Pensar eso le hizo sonreír. Ahora imaginaba como les habría ido a ellos.

La luz empezaba a transmutar su color, esa siniestra atmosfera roja se iba adueñando de la zona paulatinamente. Con ella los enormes y exuberantes árboles, la intrincada y encubridora maleza, y como no, los innumerables y a veces molestos Come-corteza. Aumentaban su número con cada paso, y algo parecido ocurría con los árboles caídos en la carretera; la escena era exactamente igual que en la otra parte del claro. De nuevo estaban en el bosque.

Costa subió de un ágil salto a lo alto del tronco desplomado que obstruía la carretera, Linda levantó a Marie y él la recogió desde lo alto. Ella intentó emular la dinámica maniobra de su supuesto competidor. Su lamentable estado y su herida no le dejaron conseguirlo, y ahora se agarraba a la corteza intentando no caer, intentando solucionar el entuerto con fuerza bruta. Una firme mano la agarró del brazo impulsandola hasta arriba. Ambos se miraron, ninguno dijo nada.

Linda bajo al otro lado, recogiendo a la chica inconsciente de manos del hombre que acababa de ayudarle, y de nuevo la puso sobre su hombro.

Acto seguido Marie movió ligeramente su cuerpo y balbuceó algo incomprensible.

—¿Marie? ¿Estas despierta? — Linda no alcanzaba a ver su rostro, tan solo unas bonitas nalgas sobre su hombro. No hubo respuesta.

Costa observaba atento a los Come-corteza, había pequeñas diferencias entre ellos, detalles que le llamaban la atención. En la zona más cercana al claro se situaban los de menor tamaño, sus chepas eran menores y redondeadas. Los más pequeños devoraban los restos esparcidos por el suelo que sus mayores habían dejado. Entre ellos se posicionaban algunos de los mayores. Eran pocos y todos tenían un bulto enorme en mitad del torso, no delimitado como la barriga de una embarazada, era algo uniforme, como un globo hinchado por el centro. Después, a medida que profundizaban en el bosque iban apareciendo los de mayor tamaño. Sus cuerpos se deformaban a medida que crecían; sobre todo las sobresalientes jorobas. Algunos de ellos se mostraban demacrados, eran los más grandes y desproporcionados, cuyas enormes chepas se empezaban a retorcer de manera antinatural. Uno de estos yacía muerto a un lado de la carretera. Costa veía clara la similitud con los cadáveres apilados por todo el claro, su mente empezaba a elaborar complejas hipótesis, a reconsiderar algunos detalles de su teoría. De repente paró en seco, se dio cuenta de la estupidez que estaba cometiendo. ¿Qué más le daba todo eso a él? Sí, esa intrincada conjetura le había servido para sus fines, pero ahora no era más que un inútil comedero de cabeza; él no era como el viejo.

Otro tronco en medio del camino, por desgracia este era inmenso, demasiado para pasarlo por encima. La base del tronco se situaba a escasos metros de la carretera, era la única forma de pasar, sin embargo eso significaría volver a transitar entre la maleza.

—Dame tu machete— lo dijo como si le pidiera la hora.

—¿Te has vuelto retrasado o qué? Más aun, quiero decir— a pesar de las duras palabras había perdido el tono de desprecio con el que antes le hablaba —Usa tu cuchillito, campeón—

—¡Que estupidez, Linda! —hizo un breve pausa, inmediatamente miró a Marie — Dámela, yo la llevaré entonces—

—No, eso tampoco— obviamente se daba cuenta de que estaba siendo

irracional, infantil incluso; le daba igual.

—Está bien, nos quedaremos aquí y moriremos— añadió más ironía a la pila.

—Por mí puedes morirte cuando quieras— dijo de manera poco convincente. La conversación empezaba a parecerse a una rara discusión de pareja, cualquiera que los hubiera visto no habría podido creer que eran ellos. Ambos actuaban extraño, cada uno por razones diferentes. Cruzaron una mirada peculiar, parecían preguntarse el uno al otro por qué mantenían ese tipo de conversación, es más, como eso era posible.

—¡Linda, dame el machete!— intentaba no sonar amenazador, pero sí dominante.

—Como no te calles sí te lo voy a dar, pero clavado en la cara— esta última frase sí la dijo severamente. Acto seguido dejó a Marie cuidadosamente sentada en el suelo, se había cansado de hacer la tonta. No entendía por qué había actuado así. Muy de vez en cuando sacaba esa pueril parte de sí misma con San, con una especie de pareja sexual que tenía en el grupo también, incluso alguna vez con Meison a su pesar. ¡¿Pero sacarlo con Costa?! Se dijo a sí misma que la infección y el cansancio le estaban afectando demasiado.

—¡Cógela! — puestos a elegir prefería que la llevara a ella, no pensaba separarse ni loca de su machete; ya la había cagado bastante con lo de la escopeta.

Él recogió a Marie y la posó sobre su hombro. Linda se acercó al borde de la carretera, echó una última mirada a Costa y salió disparada. Parecía haber recuperado toda su energía de golpe, destrozaba la abundante maleza de su camino a toda velocidad. En apenas un minuto ya estaban de nuevo en la carretera, ni un solo bicho paseando por sus cuerpos. De haberlo sabido se habría ahorrado la agotadora carrera a contrarreloj.

—Buen trabajo— la actitud de Costa era difícil de leer.

—Dámela— dijo señalando a Marie. Respiraba acaloradamente mientras pequeñas manchas de sudor empezaban a manifestarse en su camiseta. Dado su estado ese sobre esfuerzo no había sido una gran idea. Peor aún era la de seguir llevando a Marie. A Costa no le pareció lo más apropiado, sin embargo era Linda, la mujer más bestia y resistente que había conocido en toda su vida; no puso pegas.

—Como tú quieras, Superwoman—

Llevarían casi media hora caminando. El último comecorteza los había abandonado hace escasos minutos, sin embargo otro “agradable” conocido venía a ocupar su lugar; al parecer eran bastante populares por allí.

Como una réplica exacta de sus compañeros miraba inmóvil desde lo profundo del bosque, esas repugnantes y espeluznantes costras ya empezaban a presentárseles como algo familiar. Linda no pudo evitar sentir un escalofrío. Aquella pesadilla no la había dejado indiferente, y ahora la misma sensación intimidatoria recorría su cuerpo. Miró su machete y de nuevo al acechador, se recordaba a sí misma quién era ella, y lo que podía hacerle con esa preciosidad a ese maldito engendro.

Dejaron atrás al petrificado sujeto. Desde el momento en que lo distinguieron habían incrementado el ritmo de la marcha. Con cada paso la respiración de Linda se hacía más fuerte, más descontrolada. Una gota de sudor resbaló por su nariz arrojándose al vacío. Otra de mayor tamaño la imitó poco después. Desde entonces una oleada de alocadas gotas suicidas se abalanzaba una tras otra por los aires, probablemente inspiradas por su valiente y pionera compañera.

—Podría llevarla yo un rato... si quieres— Linda no respondió —O podríamos descansar un poco— tampoco obtuvo respuesta—, o tal vez debería callarme y dejar de hablar solo como un idiota—

Linda respondió con un extraño gruñido, como el de un animal enojado. Sin embargo, a un nivel que ella jamás admitirá en voz alta empezaba a sentirse algo más a gusto con él.

Costa se adelantó de repente, poco después paró de golpe y se agachó; parecía estar examinando la carretera.

—¡Sangre! Y también... costra— miró a Linda con cara de preocupación —Parece reciente, de ayer por la noche como mucho— ambos pensaron lo mismo, ninguno dijo nada.

El tamaño de los árboles empezaba a disminuir y poco a poco la agobiante atmosfera roja desaparecía. En la lejanía empezaban a aparecer leves destellos de luz blanca atravesando estoicamente las abundantes cortezas de árbol. Costa miraba hacia atrás receloso, quería asegurarse de que ninguno de esos seres con costra les seguía. Linda solo miraba tozudamente hacia el frente, intentando que sus piernas no abdicaran ante el extenuante esfuerzo, exprimiendo cada migaja de fuerza que

todavía conservaba su cuerpo.

Algo brillante apareció lejano entre la espesura. Al principio solo un diminuto pero intenso brillo, posteriormente una luz cegadora. Con la acogedora visión del sol Linda recuperó su energía de golpe, de repente su cuerpo parecía poder resistir ese esfuerzo y mucho más.

Una cálida sensación invadía todo su ser, aquella horrible emoción que llevaba acompañándola desde el día anterior desaparecía como por arte de magia. Aquella angustiada inseguridad, aquella opresiva rabia y decepción hacia sí misma; todo eso se desvanecía, como si nunca hubiera existido, como si nunca fuera a volver. Ya podía imaginarse en el refugio, reencontrándose con todo el grupo, con San, con Meison, contemplando como toda esa locura había acabado, como todo volvía a la normalidad. Y por supuesto, reencontrándose con su escopeta. De pronto una sonrisa de felicidad invadía su rostro.

Al fin estaban fuera; esta vez de verdad. De inmediato ambos reconocían la zona, ahora que esa enorme masa granate no los rodeaba era fácil. El refugio estaba cerca, a unos treinta minutos o algo más. Linda al fin se sentía a salvo, la adrenalina dejó de recorrer su maltratado cuerpo. La inmensa fatiga ahora se evidenciaba hasta límites extremos, recordándole el lamentable estado en el que se hallaba.

Aminoraba la marcha paulatinamente, cada vez más lenta, más exhausta. Finalmente paró e intentó dejar a Marie sentada contra una enorme roca; ni siquiera le quedaban fuerzas para conseguirlo. Costa la asistió de inmediato; prácticamente hizo él todo el trabajo. Acto seguido Linda se sentó al lado de su amiga. A punto estuvo de perder el equilibrio.

—¿Estás bien, Linda? — preguntó Costa. Ella ni siquiera respondió, estaba demasiado ocupada intentando controlar su desbocada respiración, intentando no perder el conocimiento de un momento a otro. Y aunque no fuera así, seguramente tampoco le habría respondido en circunstancias normales. Ese tipo de pregunta siempre le había parecido estúpida, sobre todo en una situación en la que era tan evidente.

Costa se sentó a esperar al otro lado de Marie. Ahora miraba atento las acciones de Linda, esperando el momento oportuno.

Ella se encontraba a la derecha de Marie, la cual se situaba entre los dos. Su respiración empezaba a apaciguarse, y ahora miraba hacia abajo con los ojos casi cerrados, intentando relajarse para que el desorbitado mareo que la inundaba acabase lo antes posible.

Por un momento sus parpados parecieron cerrarse del todo. En ese momento Costa sacó su cuchillo veloz y sutilmente. Atacó lo más rápido que pudo apuntando a su cuello.

Linda consiguió reaccionar en el último momento desviando ligeramente la hoja; no lo suficiente. El cuchillo se clavó en la parte izquierda de su cuello, justo al lado de su nuez, desgarrando músculos y arterias a su paso.

Linda se echó al instante la mano izquierda al cuello. Palpó el cuchillo incrustado y la cálida sangre que manaba a borbotones. Apretó intentando taponar la herida y con la mano libre desenfundó su machete. Entretanto intentaba levantarse con la mirada llena de odio clavada en Costa. No lo consiguió, en vez de eso tosió con violencia escupiendo un chorro de sangre. El ruido hizo reaccionar a Marie, la cual parecía estar despertando. Costa no lo permitiría. Como un rayo agarró su brazo y golpeó su delicada sien, dejándola totalmente inconsciente; más aun si cabía. Linda aprovechó la oportunidad para asestarle un machetazo. Lo cogió por los pelos. Por desgracia el miedo a dañar a Marie en el intento redujo su eficacia; tan solo consiguió herirlo superficialmente en el pecho.

Costa se levantó de un respingo tras el ataque y profirió un grito enloquecido. Paulatinamente el extraño grito se convirtió en una risa exagerada y demente.

—Nunca te rindes, ¿verdad maldita zorra? — la miraba orgulloso, como el cazador que observa la presa herida —¡¡Joder Linda!!, pensé que nunca te pararías a descansar, desde luego eres una jodida... cabezota— de nuevo le hablaba como si alguna vez hubieran sido amigos —Pero aquí estamos, en este jodido lugar, después de salir del puto infierno como tú lo llamaste, yo saboreando la exquisita victoria, y tú el repugnante sabor de tu sangre— se hizo un breve silencio —Vas a morir ¡Vas a morir Linda! — otra demente carcajada. Acto seguido miró a Marie —Sí. Me la voy a follar, y será ella la que me lo pida. Y cuando lo haya conseguido la violaré, con violencia y sin piedad, disfrutaré de sus dulces gritos de dolor. ¿Y tú que harás? ¡¡¡Absolutamente nada porque estarás muerta, los gusanos se comerán tu asqueroso cuerpo de zorra!!!—

Costa comenzó a aproximarse hacia su presa, quería desarmarla para tenerla a su disposición, pero tratándose de Linda debía tener mucho cuidado incluso en su situación. Hizo un primer intento. Ella asestó un débil machetazo el cual Costa esquivó con facilidad. Inmediatamente después agarró su muñeca con un explosivo movimiento y la desarmó.

—Ahora eres mía, Linda—

Ella intentaba desesperada articular alguna palabra. Tan solo alcanzaba a

emitir incomprensibles gemidos de rabia mientras trataba de levantarse.

Costa la observaba atentamente, disfrutando del momento. Se acercó a ella y se agachó, dejando sus caras a pocos centímetros de distancia. Comenzó a susurrar; de pronto parecía tranquilo y sosegado.

—¿Sabes? Meison me habló de ti alguna vez, de tu... peculiar personalidad, no creí que pudiera ser cierto— soltó una carcajada de satisfacción —Ha sido un placer comprobar con mis propios ojos como la violenta chica dura es solo una niña insegura y cabreada en realidad— hizo una pausa para regodearse —Fue divertido mientras duró, ¿eh? Ver cómo te derrumbabas, como empezabas a confiar en mí— otra carcajada, esta mucho más fuerte y demente —¡¡Estúpida!!— golpeó con violencia la cabeza de Linda con la suya propia, haciéndola rebotar contra la dura roca de detrás. A punto estuvo de dejarla inconsciente; él tampoco quedó ileso.

Ahora sus caras estaban pegadas, Costa reía de manera incontrolada y demente, echando su aliento sobre el rostro de ella. En un último esfuerzo Linda levantó el brazo derecho y lo agarró por el cuello; era increíble que pudiera apretar con tanta fuerza en su lamentable estado. Presionó más fuerte todavía, tanto que Costa no alcanzaba a respirar. Su cara empezaba a cambiar de color, sin embargo no le importaba, es más, parecía disfrutar con el intenso momento. Finalmente Linda escupió de forma inevitable un abundante chorro de sangre, rebotó en la mandíbula de Costa y se esparció entre el reducido espacio que separaba ambos rostros.

Costa sonreía de oreja a oreja, sus dientes pintados de rojo, saboreando victorioso la sangre de su víctima.

La visión de Linda se volvía borrosa, ya apenas podía distinguir aquel perturbado rostro que la miraba fijamente. Por un momento vio en él la cara de su padre. Estaba decepcionado, había vuelto a fallar, se había dejado matar.

—Adiós Linda, te echaré de menos— ella no llegó a escucharlo. Una lágrima saltó del ojo izquierdo de Costa, se precipitaba por su mejilla ondeando las marcadas facciones que creaba su enloquecida expresión.

Acto seguido se levantó y empezó a patear la cara de Linda de forma furiosa y desbocada, gritaba como un energúmeno mientras destrozaba las ensangrentadas facciones de aquella mujer muerta. Poco después, se hizo el silencio.

Capítulo 8

—Joder, ¿es que nunca van a acabarse?— uno de los Come-corteza más viejos pasó por su lado. Ni se inmutó, ya se habían convertido en algo familiar.

—Dentro de poco, Junior— San estaba más preocupado por Ren. No se había quejado en ningún momento, pero su cojera y sufrimiento se hacían más evidentes con cada paso. *Al parecer es más duro de lo que había imaginado.*

—Ahora son menos que antes— Ren intentaba disimular el cansancio al hablar.

—¿Y qué? —

—Pues que estamos saliendo del grupo—

—¿Del grupo? ¡¿Qué grupo?! El jodido bosque está lleno de ellos—Junior hablaba en un tono irritante.

—¡Pues del que estaba comiéndose el claro!— comenzó a respirar con fuerza tras el comentario.

—¿Comiéndose el claro? ¡¿Pero qué dices?!—

—Digo que los come-corteza rodean el claro, que se lo han comido joder... Bueno el claro no, los árboles... los que había en él— Ren empezaba a flaquear, ya no podía ocultar más su fatiga.

—¡Que pedazo de chorrada!— soltó una risa forzada —¿Lo has oído San? Qué tontería acaba de decir—

Ren intentó responderle pero cayó hacia delante. Por suerte San lo sujetó a medio camino del suelo. Ya lo veía venir, era evidente con solo mirarlo.

—Hagamos una pequeña parada— dijo San en tono tranquilo.

—Estoy bien—

—¡¿Que nos quedemos aquí?! ¿Te has vuelto loco San, quedarnos aquí con estas cosas?— Junior seguía usando ese tono irritante.

—Sí, nos quedaremos aquí a descansar—dijo de manera dominante, algo inusual en él. Junior se quedó sin habla.

—He dicho que estoy bien— Ren apartó los brazos de San y siguió caminando.

Poco después los Come-corteza iban desapareciendo del camino paulatinamente. Nadie dijo nada al respecto. San reflexionaba sobre el comentario de Ren. No había tratado mucho con él, hasta ahora lo había visto como una especie de seguidor fanático de Costa. Empezaba a darse cuenta que era algo más que eso, algo más que un tipo flacucho e inseguro incapaz de pensar por sí mismo.

Por supuesto estaba de acuerdo con él, era evidente que los Come-corteza habían creado el claro devorando árboles; al menos lo era para él. Lo que nunca habría adivinado era que Ren se hubiera dado cuenta también. *Las cosas no siempre son lo que parecen*, se repitió una vez más.

San advirtió una figura entre la espesura, otro de esos hombres de costra les vigilaba. Prefirió no decir nada, con la poca luz que quedaba costaba distinguirlo del resto de la maleza; con suerte Junior y Ren ni siquiera lo verían.

—San, creo que hay uno de esos hombres estatua allí— dijo Junior

—Sí—

—¿Son peligrosos? —

—Imagino que no, en todo este tiempo no nos han hecho nada— no pensaba exactamente lo mismo.

—No me gustan—

—Ya falta poco, Junior— agarró la escopeta con fuerza y se la puso al hombro.

—Sí que lo son— se entrometió Ren —, nos están vigilando, lo han estado haciendo desde el principio. Si nos vigilan es por algo— San no podía estar más de acuerdo.

—¿Y qué? Tal vez sólo quieren mirar, ¿verdad San? —

—Tú piensa lo que quieras, yo estaré preparado— espetó Ren.

—Ya falta poco— San empezaba a preguntarse hasta que punto era útil esa estúpida frase que no paraba de repetir. Tampoco tenía nada mejor

que decir.

La noche se abalanzaba imparable sobre ellos. Al principio San no quería ir más rápido por Ren, pero fue él mismo quien tomó la delantera sin decir una palabra.

Por un momento le pareció ver otro de esos hombres de costra entre los árboles. No intentó asegurarse, ahora simplemente miraba hacia delante esperando encontrar la salida del bosque de un momento a otro.

Una silueta apareció en medio de la carretera; la poca luz y la distancia impedían discernir lo que era. Eso sí, se movía rápido y con agilidad, más bajo que un humano, y con más piernas.

—Es un perro... creo— manifestó Ren.

—Vamos—

—San, podría ser peligroso, podríamos...—

—He dicho que vamos—

Continuaron avanzando hacia aquella sombra con rapidez. Desapareció. San suspiró para sus adentros.

Junior veía poco más que la espalda de su protector, andaba pegado a él, casi haciéndole tropezar. De repente la silueta volvió a aparecer, y otra más con ella, ambas mucho más cerca de lo que San habría deseado. Acto seguido se oyó el sonido del metal deslizándose. Ren sostenía un cuchillo en cada mano. Lo siguiente fue el gruñido de varias bestias acercándose.

—Atrás— esta vez San fue mucho más agresivo, parecía una persona diferente. Se puso delante de ellos con la escopeta preparada, esperando a los dos perros que se acercaban de frente a una velocidad endiablada.

Ahora apuntaba a la cabeza del primero; desde esa distancia ya podía verlo perfectamente. Antes de disparar pudo ver como un tercero aparecía desde la maleza, a su izquierda, a escasos metros de él.

La cabeza del primero acabó reventada. Inmediatamente giró su escopeta hacia el que acababa de aparecer a su lado. Para entonces este ya estaba en el aire abalanzándose contra él. San apretó el gatillo justo a tiempo; el perro retrocedió en el aire impelido por el disparo.

El primero de enfrente y el que apareció sin previo aviso desde la maleza bañaban el asfalto con sus entrañas. Todavía quedaba el segundo que se

acercaba por el frente. San lo sabía, pero no fue lo suficientemente rápido. Giró de nuevo hacia delante, pero para entonces el perro ya estaba encima de él, mordiendo con agresividad el brazo con el que sostenía la escopeta.

Todo pasó increíblemente rápido. San cayó al suelo con el animal furioso encima, golpeaba la cabeza con todas sus fuerzas intentando apartarlo; al mismo tiempo notaba como la carne de su antebrazo derecho se desgarraba. Todo se volvió irreal, como si su conciencia no fuera lo suficientemente rápida para asimilar lo que pasaba. Justo después un cuchillo atravesó la cabeza del enfurecido perro, sus mandíbulas dejaron de apretar.

San lanzó al animal con fuerza a la vez que se incorporaba; el cual rebotó inerte en el asfalto mientras él volvía a la realidad. De repente había recobrado el control sobre su mente, de repente recordaba quién era y que hacia allí, y de repente fue consciente del enorme dolor que sentía en su antebrazo y de la enorme cantidad de sangre que manaba de él.

Miró a Ren, al parecer había sido él quien lo había salvado, quien había lanzado el cuchillo. San no llegaba a comprenderlo del todo. Aun así algo no estaba bien, Junior y Ren seguían en alerta, ambos miraban inquietos hacia la oscura maleza. Inmediatamente después un hombre recubierto de costra se adentraba en el asfalto, a escasos metros de los dos jóvenes. El cuerpo de San reaccionó, el dolor desapareció y sus piernas le hicieron despegar de manera explosiva; ahora se dirigía como un ciclón al encuentro de su enemigo.

Ren lanzó un cuchillo directo a la cabeza del abominable ser que se acercaba, pero a pesar de tenerlo a escasos metros falló estrepitosamente. El miedo le invadió por completo, de pronto toda la seguridad que había logrado reunir se esfumó como si nunca hubiera existido. Por suerte algo se estrelló contra el humano cubierto de costra. San lo acababa de golpear con un placaje brutal, lanzándolo al asfalto y haciéndole rodar por el suelo un par de metros. En cuanto el engendro alzó la cabeza un potente rodillazo hizo crujir su barbilla, haciéndole besar de nuevo el asfalto. Acto seguido la suela de San golpeaba con furia la cabeza de su enemigo contra la carretera. Se escuchó un crujido y la costra de su cara se desparramó hacia todos lados. Repitió de nuevo la operación, y más de esa repugnante costra se esparció por el suelo. San era un hombre compasivo, sin embargo en ese momento la piedad había abandonado completamente su ser.

Un intenso grito de dolor apareció de repente. San retiró la bota de lo que alguna vez fue una cabeza y corrió apresuradamente hacia Junior. Este se encontraba tumbado en el suelo, chillando desesperado.

—¡¡San, me han dado!! Algo... ¡algo me ha atravesado! — Junior hablaba rápido, con voz temblorosa y chillona a la vez — Tienes que salvarme, San. ¡No quiero morir, San! —

—No vas a morir. Te prometo que no te voy a dejar morir— intentaba parecer tranquilo, seguro de lo que estaba diciendo. Tan solo lo consiguió a medias.

El cuchillo se había clavado en el costado izquierdo, con suerte no habría dañado ningún órgano de gravedad.

—Ya viene, el o... otro, ya viene. Ya viene, San— Ren se puso en posición de lucha, esperando al humano recubierto de costra que se acercaba corriendo hacia él. Sin embargo su cuerpo temblaba como un flan.

¿Otro más?!

—Cuida de Junior— San se situó delante de Ren. Él también estaba en posición de lucha, pero al contrario que él no temblaba.

Lo recibió con una brutal patada frontal en el pecho. La costra crujió y la carrera se paró en seco. De inmediato San golpeó la cara del engendro con un directo de derecha en el que había depositado toda su rabia; exactamente con el mismo brazo que, hace unos momentos, acababa de ser desgarrado por las mandíbulas de aquel perro furioso. Sintió un dolor enorme. No le importó demasiado, volvió a golpear con el mismo puño y con la misma fuerza. Sin embargo el hombre de costra estaba resistiendo el castigo sorprendentemente bien. Tras el segundo puñetazo de San este devolvió un golpe igual de mortífero a su cara. Al parecer no era un engendro torpe y descontrolado, se movía hábilmente y golpeaba con precisión. Por un momento la vista de San se volvió borrosa, el puñetazo lo había alcanzado de lleno. Instintivamente y sin apenas llegar a verlo esquivó un segundo puño lleno de costra. Sin embargo el tercero no pudo siquiera intuirlo, golpeó duramente su sien haciendo que le retumbara todo el cerebro. Un segundo después cayó de rodillas casi rendido.

Miró hacia arriba, el mundo le daba vueltas, sin embargo pudo distinguir la peculiar mirada de su oponente; el cual estaba allí, observándole, inmóvil.

Los segundos siguientes se hicieron largos, intentaba mantener la conciencia mientras esperaba el inevitable golpe final. Sin embargo no llegó, el mundo dejaba de girar y aquella indescifrable mirada cubierta de costra cada vez se hacía más clara. ¿Por qué no le remataba? No importaba la razón, solo la supervivencia, algo que sus adiestrados instintos entendían a la perfección.

Repentinamente se levantó con un rápido gancho de derecha que impactó duramente en la barbilla de su enemigo. Acto seguido lanzó un golpe curvo con el puño izquierdo, y después otro más con la derecha a la vez que gritaba salvajemente. El engendro se tambaleaba y la costra de su cara empezaba a resquebrajarse. San aprovechó la oportunidad, golpeó de nuevo su pecho con una patada frontal. Esta vez cayó al suelo como un bloque. Apenas rebotar contra el asfalto la cabeza ya estaba siendo machacada con agresividad. Siguió pateándole la cara hasta que la costra saltó por completo; algo en lo que San ya era un experto. Mientras tanto Ren lo llamaba una y otra vez; tardó un rato en atender a sus gritos, en darse cuenta de que alguien vociferaba su nombre.

—Creo que me estoy mareando. ¿San me escuchas? ¡Creo que me estoy mareando!—

—Te escucho, Junior. Ahora no te muevas—

Sacó el cuchillo en el costado con suavidad; aun así chilló como un cerdo al que están a punto de matar. Para su sorpresa no salió demasiada sangre de la herida. Miró el arma, la hoja estaba totalmente teñida de rojo. Era extraño, gran parte de la sangre parecía seca. Además había trozos de costra incrustados, la misma que llevaban los engendros. Algo no cuadraba y San lo sabía. No había tiempo para pensar, sacó el alcohol de su mochila y lo echó a borbotones por toda la herida. Posteriormente sacó una venda y rodeó el costado de Junior.

—Me aprieta. Me duele, San—

—¡Presiona la herida! No dejes de hacerlo pase lo que pase— Junior apretó los dientes y obedeció.

Inmediatamente después empezó a lavar descuidada y aceleradamente la escalofriante herida de su propio antebrazo; la cual había dejado de sangrar. Eso tampoco encajaba, pero dadas las circunstancias no puso objeciones. Se vendó el brazo lo más rápido que pudo, aumentando todavía más la velocidad cuando escuchó un aullido de lobo relativamente cerca. El vendaje era un desastre, pero era mejor que nada.

—Muy bien. Nos vamos—

Incorporó a Junior. Posteriormente lo subió a cosqueretas con toda la delicadeza que el momento y su estado podían permitir.

—Aprieta. Tienes que apretar fuerte—

—Me siento mal, San, voy a vomitar—

—Aguanta un poco, pronto estaremos a salvo—

—San, quiero que esto termine, me siento muy mal. Creo que me voy a morir—

—Aprieta fuerte, Junior, y sobrevivirás—

San salió disparado siguiendo la carretera. Por un momento dudo de cuál era la dirección correcta; los numerosos cadáveres se lo indicaron. Sin embargo Ren empezó a correr en dirección contraria. San le gritó autoritariamente pero no le hizo caso. Ahora mismo se sentía frustrado y aún más cabreado, no entendía por qué ese jodido chaval corría estúpidamente hacia donde no debía. Las constantes quejas de Junior en su oreja tampoco ayudaban. Posteriormente Ren paró la marcha en seco, enseñando una escopeta en alto pocos segundos después.

—¡¡Venga vamos!!— *bien hecho*, pensó.

Ahora sí que iba en la dirección correcta, pero algo se movía detrás de él; en principio solo una sombra dada la escasez de luz. San rezó para que no fuera el lobo que acababan de oír. A continuación uno de los cadáveres humanos se levantó, parecía desorientado y se tambaleaba. Poco a poco recuperaba la compostura y comenzaba a moverse hacia ellos. Para entonces Ren ya los había alcanzado y desaparecían entre la noche lo más rápido que podían.

La salida del bosque ya se podía ver en el horizonte, no claramente, pero si una pequeña zona menos oscura a lo lejos. Por un momento Junior imaginó que era otro claro como el que habían pasado. Se sentía horriblemente mal, la cabeza le daba vueltas y la vista se le nublaba constantemente. Rogaba por desmayarse de una vez por todas, así podría dejar de luchar, de sufrir; alguien le salvaría. Por su parte San se mareaba de igual manera, pero él no quería desmayarse, luchaba con todas sus fuerzas contra ello.

Al fin las estrellas se veían en el cielo. Ren echó una última mirada atrás, observando el enorme y majestuoso bosque que acababan de abandonar; aunque sobre todo odioso e infernal. Unos minutos después San aminoró la marcha, se tambaleaba ligeramente de lado a lado, caminando con lentitud y exagerado esfuerzo.

—Podemos parar si quieres— dijo Ren a la vez que le ayudaba a estabilizarse.

—Estoy bien—

—No lo estás. Estás a punto de caerte— él tampoco andaba con demasiada soltura.

—Estoy bien. Solo un poco más—

Ambos siguieron avanzando con paso estoico. San se dio cuenta que había respondido de la misma manera que Ren lo había hecho hace un rato. Estoy bien, a pesar de ser evidente que no era así. Le pareció curioso. No quiso pensarlo más, eso agotaría sus fuerzas, y las necesitaba todas para no caerse.

Poco después pararon la marcha. San dejó a Junior en el suelo bruscamente, no porque quisiera, simplemente no podía más. Extrañamente él no se quejó.

—¿Cómo estás? — dijo entre fuertes respiraciones mientras se sentaba a su lado.

—Bien— respondió Junior con tranquilidad.

¿Otra vez con lo de estoy bien?!, pensó.

San se acercó todavía más para examinar la herida. Apenas podía fijar bien la vista a causa de la fatiga y el mareo. Intentó concentrarse, luchar contra su estado, pero solo consiguió empeorarlo. Tenía ganas de vomitar, pero no podía. De pronto la vista se le nubló haciéndole perder por un instante la consciencia. Ya solo le importaba una cosa: que ese inaguantable malestar pasase de una vez por todas.

—San, pensé que dolería más. Pensaba que iba a morir, pero ya casi no me duele. Estoy bien—

Él apenas podía oírlo, tampoco le importaba demasiado que dijera en ese momento. Ren sí lo escuchaba, pero no llegaba a entender la situación. Un cuchillo había atravesado su torso y hace apenas diez minutos rogaba morir debido a su enorme sufrimiento. Sin embargo ahora parecía estar perfectamente, como si nada hubiera ocurrido, es más, se mostraba tranquilo. A Ren le costaba creerlo, más aun teniendo en cuenta que era Junior. Eso le permitió percatarse de que él también se encontraba sorprendentemente bien; al menos comparado con antes. La pierna ya apenas le dolía y empezaba a poder moverla con relativa facilidad.

Demasiada casualidad, demasiada suerte a su parecer.

Algo se movía en los alrededores. No podía verlo, pero sí se oía claramente. Ren colocó el dedo sobre la escopeta, preparado, esperando que algo apareciese de repente para destruirlo. No sabía que el arma estaba descargada, ni siquiera lo había considerado. Un nuevo sonido apareció a su espalda, en dirección contraria a donde apuntaba. Se giró rápidamente agarrando la escopeta con torpeza, la cual a punto estuvo de resbalar entre sus dedos. Era Junior, intentaba levantarse del suelo con esfuerzo. Finalmente lo consiguió.

—San, levanta, tenemos que irnos—

No respondió, solo su respiración acelerada.

—¿San, estas bien? — por un momento Junior perdió ligeramente el equilibrio.

Esta vez respondió con un gemido incomprensible. Sin embargo no se movió, seguía sentado, con la cabeza gacha y los ojos cerrados, esperando desesperadamente que el mundo dejara de dar vueltas.

Ren observaba atónito la escena. Ni siquiera se dio cuenta de que algo se movía rápidamente a su espalda. Para cuando quiso girarse el animal ya estaba pegado a su pierna, intentando roer la sangre seca de su pantalón. Era una rata, de aspecto semejante a las que había en la antigüedad. La apartó de su pierna nada más verla, más asustado por lo inesperado del momento que por lo peligroso. El pequeño animal volvió a su pantalón inmediatamente. Esta vez la golpeó en la cabeza con el cañón de la escopeta. Ella no desistió, y finalmente tuvo que aplastarla contra el suelo con la punta del arma.

Tras el desastre, las ratas se habían convertido en una plaga. Normalmente no eran peligrosas, excepto por las enfermedades que transmitían. Sin embargo, de vez en cuando atacaban a animales grandes e incluso humanos cuando iban en grupos muy numerosos. Aun así, en comparación a los demás depredadores apenas eran una preocupación.

Junior miraba a Ren fijamente con expresión seria. Él esperaba que dijera algo como “no deberías haberla matado” o algo así en su habitual tono infantil y chillón.

—Ayúdame a levantarlo— para su sorpresa hablaba de forma seria y calmada.

—No está en condiciones—

—Da igual, tenemos que irnos de aquí, ya— Junior usó un tono autoritario.

—San es el único que conoce el camino al refugio, así que esperaremos a que se recupere— *Puede que ahora parezca distinto, pero sigue siendo igual de idiota*, pensó.

Junior mostró una mueca de frustración, dando a entender que Ren tenía razón. Acto seguido se dirigía hacia el decidido y con cara de pocos amigos.

Espera, ¿acaso quiere pegarme? Esto va a ser divertido. En el fondo no le parecía tan divertido. Junior se paró delante de él, mirándolo desde arriba con la misma expresión seria. Se agachó rápidamente y agarró el cadáver sangrante de la rata. Inmediatamente después la lanzó con todas sus fuerzas hacia ningún lugar. Por su parte Ren ya se había puesto en guardia por si quería atacarle.

—¿Qué haces?! — preguntó Junior extrañado.

—Yo... nada— respondió algo avergonzado —¿Qué haces tú?! —

—El olor de la sangre podría atraer a otros animales—

—Ahh... bien— *quizá no sea él el idiota*, pensó.

De pronto Ren se sentía inseguro con la presencia de Junior; cosa que le pasaba normalmente con las personas dominantes. Sobre todo con Linda. Sin embargo le cabreaba pensar que ahora era él quien le hacía sentir así. ¿Acaso Junior era mejor que él? ¿Acaso era tan cobarde que incluso a él le tenía miedo? Aquellos pensamientos se repetían en su mente, a la vez que luchaba para sacarlos de cuajo y recuperar la confianza. Ahora la voz de Costa también sonaba en su cabeza, le reprendía por ser tan débil, por dejar que un niño le hiciera sentir así, por no hacerse respetar. La rabia y la frustración crecían imparables en su interior.

—¡La he matado porque he querido!!, ¡¿vale?! — soltó de manera desafiante.

—¿He dicho yo algo sobre eso? —

—Ehh... yo. ¡Cállate! —

—Deberías controlarte, chaval— Junior hizo un gesto de desaprobación.

¿Chaval?!, ¿quién coño se ha creído que es el niño este? Sin embargo era él quien se sentía como un niño. Le desconcertaba la nueva actitud de Junior, se mostraba tranquilo y confiado, seguro de lo que decía; todo lo contrario que él en ese momento. ¿Por qué de repente se comportaba así? A Ren le parecía otra persona diferente, como si el Junior que había conocido hubiera desaparecido. Lucía como él y tenía su misma cara, pero no era él; su forma de hablar, de moverse, todo eso había cambiado radicalmente.

Junior se sentó al lado de San a esperar. Miraba fijamente la enorme sombra que representaba el bosque; parecía estar disfrutando del momento. Se quedó allí, observando durante un rato.

—La escopeta, es de dos cañones, dos disparos, San los gastó en el bosque. Esta descargada— ni siquiera lo miró al hablar, seguía absorto mirando el bosque.

Junior no dijo la palabra idiota, sin embargo Ren sí se sintió como tal. Ahora revisaba la escopeta a pesar de saber que era cierto, reprochándose el no haberse dado cuenta él mismo.

San empezaba a hacer leves movimientos. Poco después levantó la cabeza, por su cara era evidente que se encontraba realmente mal.

—Tenemos que irnos—

¿Irnos? Vaya no se me había ocurrido, viejo idiota.

Mientras Ren insultaba mentalmente a San, Junior lo ayudaba a levantarse.

—¡Tú! Ven aquí a ayudarme—

—Tranquilo Junior, creo que ya puedo...— de repente San agachó la cabeza y comenzó a vomitar con fuerza. Clavó las rodillas en el suelo, apoyó las manos y siguió vomitando espasmódicamente, echando lo poco que quedaba en su estomago.

—Mucho mejor ahora, ¿eh? — expresó Junior.

San respondió con un prominente suspiro. Posteriormente se levantó relativamente recuperado.

—Nos vamos—

Capítulo 9

Hacía un tiempo que habían dejado la carretera que salía del bosque para adentrarse por un demacrado camino de tierra. Desde el último descanso apenas habían hablado entre ellos. De vez en cuando Junior decía algún comentario extraño con su recién descubierto tono tranquilo, en su mayoría información que nadie pedía. Por lo general nadie respondía, Ren no quería y San estaba demasiado ocupado intentando encontrar el camino en su estado. Su visión estaba borrosa, lo que añadido a la escasa luz de la luna originaba que de vez en cuando tropezara estúpidamente con pequeñas piedras y matorrales. Algunas veces se paraba en seco con expresión turbada, intentando averiguar si ese era el camino correcto.

—Ahí está—

Una mansión de dos pisos asomaba por detrás de un elevado muro de piedra que lucía una robusta verja en la parte más alta. En la zona posterior de la casa destacaba una escarpada formación rocosa con un barranco de unos diez metros que daba directamente al recinto. El muro rodeaba toda la casa hasta el despeñadero, lo cual hacía del lugar una zona bastante protegida.

La gigantesca puerta de metal que daba la entrada al recinto estaba entreabierta. Al entrar, un pequeño bosquejo de extrañas formas los rodeaba, en su mayoría arbustos de poca altura, pero también algún que otro árbol de tamaño medio diseminado. Entre la espesura se podían inferir diferentes sombras de siluetas. La mayoría con forma de humano, otras de extraños animales y un par de ellas imposibles de descifrar. San insistía en que no se preocuparan, simplemente eran estatuas, adornos de piedra que se usaban en el mundo antiguo. Ninguno de los dos jóvenes llegaba a comprenderlo bien. ¿Tantos adornos y tan elaborados? ¿Para qué?

Siguieron el ambiguo y a veces enmarañado camino que conducía a la casa. Esta tenía un enorme porche con grandes columnas. En la pared, una puerta doble de madera de aspecto robusto. A los lados amplios ventanales revestidos con anchas rejas de metal.

San tocó tenuemente a la puerta. Poco después tocó más fuerte, y una vez más haciendo temblar la madera.

—Parece que somos los primeros—

Habló con tono despreocupado, pero en el fondo no le gustaba un pelo. Esperaba que alguien hubiera llegado ya, es más, ya deberían haber

llegado; Meison y algunos más al menos.

Se acercó a una maceta cercana que ya solo contenía tierra negra, escarbó un poco y sacó una llave. La puerta rechinó al abrirse; en el interior, absoluta oscuridad.

—Ren, la escopeta— dijo enseñando la palma de la mano.

—Esta descargada—

—Lo sé—

San agarró el arma y se sumergió en la penumbra, desapareciendo a los pocos pasos.

—Seguidme—

—Pero... si no se ve nada—

Junior entró resuelto mientras Ren rechistaba. Al verlo se armó de valor, y algo de rabia, y entró tras de él.

—El pasillo es completamente recto, tocad las paredes si queréis saber por dónde pisáis—

Para entonces Ren ya había empezado a hacerlo por su cuenta, acariciaba la uniforme pared de su derecha mientras caminaba con paso cauteloso. Se asustó un poco cuando deslizó el dedo por la primera irregularidad que encontró en el tabique. Intuyó que era un cuadro o algo parecido. La siguiente forma no llegó a descifrarla. De pronto la sensación terminó, la pared había acabado. Miró a su derecha, allí podía verse un enorme ventanal por el que se adentraba sutilmente la luz de la luna. Afuera todo era tranquilo.

En el interior de la habitación podían verse algunas figuras y sombras que no llegaba a discernir con claridad. Una mesa quizás, una silla o un armario, también una estatua con forma humana; o al menos eso esperaba que fuera.

—Podéis quedaros ahí—

Ren obedeció, ahora observaba la inquietante sombra humanoide que había en la habitación, esperando a que se moviera; o más bien a que no lo hiciera. Junior siguió caminando hacia delante con paso decidido.

Por el sonido San parecía estar rebuscando en algún lugar; era lo único que se oía en medio de la oscuridad. Poco después un cegador rayo de luz apareció atravesando todo el pasillo, comenzaba desde el fondo y llegaba

hasta la salida. Ren se giró y observó la puerta por la que habían entrado. Se encontraba sorprendentemente cerca; en su cabeza había creído avanzar mucho más. Al comienzo del pasillo podía ver el cuadro y la extraña lámpara que había palpado hace unos momentos.

—Venid— la voz de San provenía de la fuente de luz.

Echó una última mirada a la habitación de la derecha antes de avanzar, la figura de forma humana no se había movido.

Intentó seguir pero el rayo de luz le cegaba. De inmediato puso las manos delante de los ojos.

—Perdón—

El rayo de luz ahora se dirigía hacia sus pies.

—Escuchadme, primero... vamos a revisar la casa. Vosotros dos iréis juntos, mirad por el pasillo y todas las habitaciones. Yo... miraré arriba— hablaba cansado y con la mirada perdida. La linterna que sostenía en su mano derecha empezó a temblar.

—¿San, estas bien? —

Se quedó pensando un momento. Echó una ojeada a su antebrazo derecho, con las vendas a punto de caerse y llenas de sangre.

—No. Pero aguantaré—

—No es necesario. Nosotros podemos hacerlo. Confía en mí, San— Junior habló con seguridad.

—Yo... está bien, confiaré en ti— *Realmente estas madurando, estoy orgulloso.*

—No te arrepentirás— usó un tono extraño.

—Cógela. ¿Sabes usarla? —

—Sí— Junior agarró la pistola con decisión.

—¿En... enserio? —

—Sí—

—Está bien. Junior estás... bueno, da igual—

—¿Estoy qué? —

—Diferente— lo dijo con una sonrisa en la boca.

—Estoy como siempre, San—

—Y para ti...— se volvió hacia Ren —cuchillos. Creo recordar que perdiste los tuyos en el bosque—

—Sí. Ya los echaba de menos— la cara de aquel hombre revelaba un enorme sufrimiento interno, sin embargo sus palabras todavía sonaban con relativa viveza. *Gracias San*. Estuvo a punto de decirlo. Se arrepintió de no haberlo hecho.

—Bueno, ahora si me disculpáis, voy a descansar un rato. Estaré en el salón. Ahí— apuntó con el rayo de luz hacia la puerta de la estancia—No dudéis en avisarme si necesitáis algo—

Tan solo un poco más, aguanta un poco más, San, se repetía una y otra vez.

—Ah sí, se me olvidaba. Tomad— sacó de su bolsillo dos nuevas linternas y se las entregó a Junior —Muchas gracias, chicos. Tened cuidado—

Desapareció por el pasillo, entró en salón y se acercó a un viejo sofá, cayendo en él como un peso muerto. Cerró los ojos y las imágenes del día aparecieron fugaces y sin control por su mente. En una de ellas estaba Marie. No había querido pensar en ello durante el camino, pero seguramente ya estaría muerta. La siguiente en aparecer fue Linda, y la reconfortante idea de que pronto llegaría. Después de eso comenzó a roncar.

De repente Ren sentía un enorme aprecio por ese hombre, incluso algo de cariño; todo lo contrario que hacia Junior. Ambos se habían quedado solos en la oscuridad. No podía verlo, pero podía notar su presencia.

Una linterna se encendió cegándole de nuevo.

—Yo iré arriba. Tú revisa la parte de abajo—

—Lo que digas, jefe— dijo Ren con ironía.

—Veo que lo vas entendiendo— se hizo un breve silencio tras el comentario.

—Ya... ¿me das mi linterna o qué? —intentó disimular su inseguridad al hablar; tal como había practicado tantas veces.

—No la cagues— tras entregársela Junior salió disparado hacia el piso de arriba.

¿No la cagues? ¡¿Qué no la cague?! ¿Pero qué coño ha querido decir con eso el jodido niño?

Ren se había quedado solo, totalmente a oscuras, en aquel lugar desconocido. Buscó el interruptor para encender la linterna. No lo encontraba. Tras unas cuantas pruebas lo descubrió en la culata. Ahora la luz apuntaba hacia su camiseta, recordándole lo sucia y demacrada que estaba. Antes de alumbrar hacia delante imaginó que algo aparecería en medio del pasillo: un perro, un insecto peligroso, un enjambre de ratas, tal vez otro de esos seres de costra o... dios sabe qué podía haber escondido tras la oscuridad. Su respiración se apaciguó al comprobar que allí no había nada, solo un antiguo pasillo, solo el silencio y la soledad.

Empezó a buscar por el salón. Allí estaba San, roncando en el sofá con la escopeta a su lado. A varios centímetros un pequeño sillón, y justo enfrente un televisor destrozado en el suelo que nadie se había molestado en recoger. Una mesa más allá, algunas sillas, armarios... nada peligroso, nada que pudiera moverse por su propio pie. Miró por el ventanal que se encontraba en la parte derecha de la habitación, al igual que el de delante estaba protegido por fuertes rejas. Nada se movía allá fuera, ni siquiera los árboles; el viento estaba en calma esa noche.

Salió de la habitación y se dirigió a la siguiente. Era la primera de la parte izquierda de la casa, la que había observado en la oscuridad al entrar, y en la que una inquietante figura humana se había guarecido entre las sombras; seguramente una simple estatua. Atravesó el pasillo de lado a lado quedándose a pocos centímetros de la puerta; se lo pensó dos veces antes de entrar. Cuando lo hizo apuntó directamente al lugar donde había visto la silueta. Su corazón empezó a latir descontrolado. Ahora caminaba hacia atrás sin cambiar la dirección del rayo de luz. Allí no había nada, tan solo la lisa pared del fondo, ni rastro de la oscura figura que había visto hace un rato.

Algo golpeó su espalda de repente. Se dio la vuelta a la velocidad del rayo; había chocado contra el marco de la puerta. Sin embargo el susto casi lo dejó sin respiración.

Salió corriendo hacia el salón hasta encontrarse con San; eso le reconfortó. Por un momento estuvo a punto de despertarle, tal como él había comentado antes. Finalmente se lo pensó mejor.

Tras un par de minutos su corazón se calmó relativamente. Le había estado dando vueltas al asunto; quizá no había apuntado al lugar exacto donde vio la figura la primera vez, o quizá el miedo y el cansancio le habían jugado una mala pasada y se lo había imaginado. El caso es que tenía que volver, Costa lo habría hecho, él se habría enfrentado a cualquier cosa que apareciese.

Agarró uno de los cuchillos enérgicamente con su mano izquierda; su mano buena pues era zurdo. La linterna con la derecha. Salió al pasillo y alumbró de nuevo la habitación. Nada, la figura no estaba ahí, pero esta vez no iba a dejar que el miedo le dominase. Agarró el cuchillo con más fuerza, preparado para lanzarlo a cualquier cosa que se moviese. Posteriormente se adentró en la habitación, alumbrando con rapidez hacia todos los lados, buscando aquella silueta como si quisiera que apareciese. Nada, solo estanterías y cientos de libros. Se tiró un buen rato repasando los mismos lugares varias veces.

Finalmente desistió, se lo habría imaginado la primera vez, *¿y si no que más da?, le clavaré el cuchillo en la cabeza cuando lo vea y ya está*, se repetía una y otra vez.

Tras salir de la habitación se encontraba de nuevo lleno de valor. A mitad del pasillo encontró una nueva puerta que daba a la sala de estar; la estancia que acababa de abandonar. Por lo tanto esta tenía dos salidas, una al principio del corredor y otra donde se encontraba. La siguiente puerta daba a un enorme aseo. Allí no había nada, excepto un insoportable hedor y restos inmundos. Al otro lado del corredor revisó una enorme cocina de aspecto mugriento. Curiosamente allí había una puerta que daba directamente al salón; la habitación donde San se encontraba. Por último, en la parte final encontró una extraña puerta cerrada con un candado, la cual por el aspecto no encajaba con el resto de la casa.

Por fin había terminado. Una sala de estar, un aseo y una habitación cerrada en la parte izquierda de la casa. En la derecha el enorme salón y la cocina mugrienta. Pero había algo más que quería revisar. Se acercó hasta las escaleras; al fondo del pasillo. Allí, bajo ellas se encontraba un pequeño armario empotrado, el mismo en el que San había estado rebuscando al entrar: un par de linternas, pilas, cartuchos de escopeta y varios cargadores para la pistola. Ningún arma para su desgracia.

Por último decidió revisar la parte de fuera. Salió al porche y lo examinó sin mucho esmero. También investigó la zona del jardín delantero; tal como había dicho San aquellas extrañas y definidas sombras eran simples estatuas.

No llegaba a verlo con claridad desde la distancia, pero le pareció que la enorme puerta metálica del muro se había quedado abierta. No le convencía la idea de caminar solo hasta allí por el intrincado camino pero...

Costa lo habría hecho.

Cuando estaba a escasos metros de su destino apareció, justo detrás de las rejas de la puerta, casi tan alto como ella. De inmediato reconoció la forma, era la misma que había visto dentro de la casa; después de todo no había sido su imaginación.

Con la luz de la linterna podía verlo perfectamente. Una piel azabache, de apariencia humanoide pero más alto y delgado. Apuntó directamente a su cara. Aquella criatura no tenía ojos, sin embargo Ren podía notar como lo miraba fijamente. Se sentía desnudo frente a él, como si observara directamente en su interior, como si alcanzase a ver el miedo que guarecía. Y no le gustaba.

Poco a poco su pánico fue creciendo de manera antinatural. Su cuerpo empezó a calentarse cada vez más, hasta tal punto que empezó a notar que ardería por dentro. Acto seguido comenzó a temblar. Intentó salir corriendo de allí pero su cuerpo no respondía, simplemente podía mirarlo, de una manera adictiva y aterradora a la vez.

El calor de su cuerpo seguía aumentando, el intenso miedo y los temblores también. De repente, el extraño ser desapareció, no salió corriendo ni nada parecido, simplemente ya no estaba ahí. Justo después Ren cayó al suelo lánguidamente a la vez que su cuerpo se volvía a enfriar. Ahora miraba la puerta desde el suelo con expresión enajenada, intentando comprender qué demonios acababa de pasar.

Se levantó con esfuerzo, las gotas de sudor caían por su nariz a modo de chorro. Estaba totalmente empapado. Nada más ponerse de pie sintió la debilidad de su cuerpo y una intensa sed que le nublabla la razón.

Regresó a la casa sin cerrar la puerta.

Junior estaba plantado en el porche, mirando hacia la puerta del muro con mirada fija.

—¿Lo has visto? — preguntó Ren.

—Sí—

—¿Y qué coño es?! —

—No lo sé, pero ya lo había visto antes. Esta mañana, en el horizonte; también desapareció— dejó de observar en la lejanía, ahora miraba a Ren a los ojos —Nos vigila, al igual que lo hacían los engendros de costra en el

bosque—

—¡¡Pero para qué?! —

—Schh, tranquilízate. Vamos a dentro—

Junior se dio la vuelta y entró a la casa.

—¡Vamos!— insistió.

Ren acabó reaccionando, cerró la puerta y siguió a Junior.

—Toma. No la desperdicies—

Junior le lanzó una pequeña botella de agua; Ren falló al cogerla. Ahora alumbraba por el suelo con nerviosismo intentando encontrarla.

—Estaré arriba. Ten cuidado—

Ren agarró la botella y alumbró a las escaleras; para entonces Junior ya había desaparecido.

¿Ahora me da una botella de agua? ¡¿Por qué?! Ese gesto le había desconcertado. Sin embargo el agua le vino maravillosamente. Su cantimplora estaba vacía, y desde el encontronazo con aquel ser en la puerta se sentía increíblemente deshidratado.

Entró en el salón. Se acercó a San y se quedó mirándolo durante un momento; eso le hizo sentir un poco mejor, más seguro. Alumbró al sillón que había justo al lado. Puede que no fuera demasiado cómodo, pero era eso o dormir solo en una habitación de arriba.

Se dejó caer sobre él haciendo crujir la estructura, apagó el interruptor de la culata y cerró los ojos. Sin embargo seguía atento a cualquier sonido que pudiera oírse en las inmediaciones. La imagen de aquel terrorífico ser aún seguía clavada en su cabeza, imaginaba que estaba a su lado, observándole en silencio; un par de veces encendió la linterna para asegurarse de que no era así. En ese estado Ren creyó que no podría pegar ojo en toda la noche; tampoco quería. Sin embargo se quedó dormido al rato sin apenas darse cuenta.

Capítulo 10

Despertó. Tardó un rato en comprender dónde estaba y qué hacía allí. Había tenido un extraño sueño no demasiado agradable. No podía recordarlo bien, pero sí podía sentir la inquietante sensación que le había dejado; no lograba quitársela de encima. Los ronquidos seguían sonando en algún lugar de su cabeza, como una canción de fondo de la que ya no era consciente.

Miró a su alrededor, la presencia dormida de San le tranquilizó. Aquella habitación parecía distinta con la luz del día, menos amenazadora. Por la ventana delantera se colaba el cegador destello del sol, sus rayos envolvían su cuerpo haciéndole sentir una reconfortante sensación de calidez.

Poco a poco la impresión que le había dejado el sueño fue desapareciendo. Se preguntó qué hora sería, según la posición del sol hacía varias horas que había amanecido; quizá demasiadas. No le importó, el peligro había pasado, ya no tenía que preocuparse del tiempo, allí estaban a salvo. Se quedó un rato sentado, disfrutando del momento.

Unas voces apresuradas provenían de la zona del porche. Ren se levantó del sillón. La pierna no le dolía, ahora mismo ni siquiera se acordaba de la herida. Se encaminó hacia el pasillo.

—... la llevaremos arriba— consiguió entender.

Junior apareció fugazmente atravesando el pasillo. Tras él llegaba Costa con Marie a su espalda. Ren no dijo nada, y nadie lo miró. Sin embargo ver a su compañero le hizo sonreír, empezaba a notar que todo volvería a ser como antes.

Subió las escaleras y los siguió hasta la habitación. Junior y Costa cooperaban para dejar con cuidado a Marie en la cama.

—Esta deshidratada, necesita agua—

—Esta inconsciente, no puede beber— como siempre, cada comentario que Costa dirigía Junior llevaba implícito la palabra idiota.

—Entonces la despertaremos—

—¡Costa! — interrumpió Ren mientras se acercaba desde atrás.

—¡Marie! ¡Despierta Marie! — Junior seguía a lo suyo.

—Hey, chaval— Costa lo saludó alegremente.

—Sabía que lo conseguirías—

—Sabes que siempre lo hago—

Ren lo miraba sonriente.

—¿Cómo esta? —

—Sobrevivirá— interrumpió Junior que se encontraba examinándola

—¿Ahora eres el médico? — Costa usó su habitual tono de burla.

Junior agarró su pistola sutilmente sin apartar la mirada de Marie.

—En este momento... soy lo más parecido— hablaba desafiante.

Realmente sabía más bien poco de medicina, simplemente observaba a Marie de vez en cuando mientras ella ejercía; por estar con ella más que por aprender.

—¿Qué le pasa a este? —

—Ya sabes, es gilipollas, como siempre— Ren aprovechó la oportunidad para vengarse de lo de ayer.

Junior se giró lentamente hacia ellos. Agarraba su pistola con firmeza, observando a Costa con la mirada fija, meditando la idea de descargar el cargador en su cabeza.

Idiota, acabas de perder el factor sorpresa. Costa pudo entrever la culata de la pistola debajo de su ropa. Eso le hizo cambiar de estrategia.

—No seas duro con él, parece que ya se empieza a hacer un hombre—

—Eeeeh... eeh sí. Ya era hora— respondió Ren desconcertado.

—Creo que intentabas despertarla, ¿verdad?— Costa intentó aparentar cierta sumisión.

Junior seguía mirándolo fijamente con la misma expresión, con la misma idea en la cabeza. Poco después apartó la mirada y se volvió hacia Marie.

—¡Hey! Hey despierta— zarandeaba su cuerpo mientras tanto.

—¿No ves que esta inconsciente, idiota?! —

Costa mandó callar a Ren de inmediato. Eso le hizo sentir realmente mal, confuso.

—Sigue así Junior, lo estás haciendo bien—

Él respondió con un bufido de desprecio y continuó a lo suyo.

—¡Marie!— San apareció de repente por la puerta, se acercaba corriendo de forma descoordinada.

—Tranquilo San, está bien. Solo que no se despierta—

—Si no se despierta es que no debe estar muy bien— respondió a la vez que empezaba a examinarla.

Comprobó su respiración, sus latidos y su frente.

—Está bien. Débil, pero bien— dijo apresuradamente.

—Justo lo que yo decía— aclaró Junior.

—¿Y Linda?! — San se giró hacia Costa con actitud amenazadora.

—Ella... nos salvó— respondió este en tono afligido.

—¿A muerto?! — preguntó Ren sobresaltado.

San avanzó hacia Costa con mirada enfurecida.

—No, por supuesto que no, es Linda. Se quedó allí, reventando las cabezas de aquellos jodidos mutantes de costra. Conociéndola se los habrá cargado a todos—

—¡Debiste quedarte y haberla ayudado!—

—Lo intenté. Luchábamos juntos, destruimos la primera oleada pero aparecieron muchos más. Ella me dijo que me la llevara, que ella los retendría. Bueno... más bien me obligó—

—¿Cuándo?—

—¿Cuándo qué? —

—¿Qué cuando pasó eso?! —la habitual calma de San había desaparecido

por completo.

—Esta mañana, evidentemente. Un par de horas atrás— respondió Costa.

—¿Y no la esperaste? —

—Por supuesto que sí, a la salida del bosque. Pero dado el estado de Marie no esperé demasiado. Linda sabe cuidarse sola, eso lo sabemos todos muy bien—

—Debiste quedarte— insistió San.

—Te repito que ella...—

—¡Me da igual que te obligara, debiste quedarte maldita sea!—

—¿Entonces que debería haber hecho? ¡¿Dejar a Marie en el suelo?! ¿Inconsciente, a merced de esas malditas bestias? No San, he hecho lo correcto y lo sabes— alzó ligeramente la voz al hablar.

Él no respondió. El fuego de su mirada empezaba a apagarse, ahora respiraba con fuerza mientras intentaba tranquilizarse; parecía cansado.

—Yo... San, esto... yo creo que tiene razón, es lo mejor que podía hacer— el comentario inseguro de Ren rompió el silencio.

—Sí, tal vez. Perdona, por un momento pensé que tú...— *ni siquiera sé lo que pensaba, solo sé que no me fio de ti, Costa.*

—¿El qué, qué pensabas? — interpeló Junior de manera inquisitoria.

—Nada— San giró de nuevo hacia Costa—Pero esto no me gusta, según lo que dices debería haberos alcanzado a medio camino—

—Probablemente—

—¿Entonces? —

—¡¿Entonces qué?! Sé exactamente lo mismo que tú. Se quedó allí y no volví a verla. Es posible que la hirieran, o que tardara más de lo que esperaba. Quizás aparecieron más engendros por el camino, yo qué coño sé—

San se quedó reflexionando.

—En cualquier caso debemos volver—

—En eso estoy de acuerdo— respondió Costa inmediatamente.

En realidad no lo estaba, volver allí era peligroso, no por los engendros y bestias, sino para su historia. Según él habían combatido contra aquellos seres esa misma mañana, sin embargo no había sangre, cadáveres ni costra que lo corroboraran. Por supuesto ya había previsto esta situación, era bastante probable que San decidiera ir a buscarla. Sin embargo aún no había encontrado la manera de hacerlo cuadrar. *Ya se me ocurrirá algo, como siempre,* pensó.

—Espera, ¿vais a volver a ese maldito bosque? ¿Que no tuvisteis suficiente o qué? — manifestó Ren exaltado.

—Voy con vosotros—

San se quedó pasmado, ¿Junior quería volver al bosque?

—No, tú te quedaras aquí, cuidando de Marie—

—No estoy pidiéndote permiso. Voy a ir—

Eso lo deja claro, este cambio no es natural, algo extraño le pasa. ¿Pero el qué?, pensó San.

—Está... bien, Junior— aceptó no muy convencido —Aun así alguien debe quedarse con ella—

Todos miraron a Ren.

—Vale, de todas formas no pensaba volver ni loco a ese bosque—

—Bien, todo listo entonces. Nos vamos— dijo Costa decidido; al menos en apariencia.

—Ren, cuida bien de Marie. Haz que beba si se despierta. Volveremos pronto—

—¿Agua?, ¿de dónde? No tengo ni una gota—

San se acercó a una cómoda cercana a la cama. Allí dentro había botellas de agua; no muchas, parecían para una situación de emergencia. Cogió un par y las guardó en su mochila, volvió a por otra y se la dio a Ren. *Imagino que así fue como Junior la consiguió,* pensó.

—Nos vamos—

Ren se acercó a la ventana. Desde allí podía ver como los tres atravesaban la enorme puerta de metal que guardaba el recinto. No pudo evitar imaginar que aquella criatura aún estaba allí, inmóvil, observándole profundamente como la noche anterior. Un escalofrió le recorrió por dentro. De repente ya no le parecía tan buena idea lo de quedarse allí tranquilamente a solas...

Continuó observándolos, hasta que finalmente desaparecieron en el horizonte. Ahora observaba la zona delantera de la casa; con la luz del día parecía algo totalmente distinto. Aquel lugar sugería haber sido un hermoso jardín mucho tiempo atrás. La zona estaba repleta de estilizadas estatuas de piedra, ahora llenas de mugre, y una enorme fuente decoraba la parte derecha de la entrada. Pero lo más llamativo eran las variadas y coloridas plantas que lo abarrotaban, llegando incluso a salirse extensamente del recinto por algunos lados. Ren jamás había visto algo así, normalmente el paisaje era bastante seco, o por el contrario estaba totalmente colonizado por una sola variedad vegetal. En este caso las diferentes especies parecían estar luchando ferozmente por cada pequeño espacio de tierra que ocupaban, entrelazando colores y formas de manera hermosa y a veces tosca. Desde allí arriba se asemejaba a un enorme arrecife de coral, hecho que Ren no era capaz de advertir, pues jamás había visto uno. Para cuando él nació los documentales ya no se emitían por la televisión; ni nada tampoco.

Observó una última vez la puerta de la entrada, imaginando a aquel ser allí plantado, y antes de darse la vuelta rezó para que no estuviera a su espalda, con él en la habitación.

—Tu brazo ¿Qué te ha pasado? —

Costa intentaba caldear el ambiente. Desde que habían salido podía notar la escopeta de San apuntándole, no físicamente, pero sí preparada para dispararle ante un imprevisto. Por su parte Junior era peor, había estado a su espalda todo el rato, acariciando su recién descubierta pistola con la mirada fija en su nuca. Aun así debía continuar con su papel, confiado, como si todos fueran amigos, compañeros. No mucho tampoco, un cambio tan brusco podría ser sospechoso.

—A ti qué coño te importa— Junior lo dijo muy tranquilo a pesar de lo

duro de las palabras.

—Nos atacaron, anoche— respondió San.

—¿Los engendros de costra? —

Si, los engendros de Costa, pensó San de manera excéntrica.

—Exacto. Y no solo los de forma humana, también perros... totalmente recubiertos por ella—

—Por la costra— añadió Junior con actitud ensimismada.

—Lo sé, los vi. Nos atacaron a nosotros también. Ayer por la noche. Y esta mañana cuando Linda se quedó para... protegernos, proteger a Marie—

—Sí, a Marie, a ti nadie te protegería— Junior volvió a inmiscuirse con tono sosegado.

—Imagino que sí. Pero por un momento me pareció que también lo hacía por mí. Linda... es increíble, una buena persona— expresó abstraído.

—¿Buena persona?, ¿qué sabrás tú de eso? —

San escuchaba atentamente la conversación. En principio por analizar la actitud de Costa, pero también por Junior, quería entender ese repentino cambio radical.

—Se que nos protegía, que miraba por el grupo—

—Tú no necesitas que nadie te proteja—

—Sí, eso dicen—

San se preguntaba hasta que punto era cierta la sentimental actitud de Costa. Se recordaba a sí mismo que podía ser una farsa, una estrategia para que confiaran en él. Por otro lado había algo que le empujaba a creer que lo que decía era sincero. Probablemente la necesidad de creer que en el fondo de cada uno hay una buena persona, a veces sepultada tras el odio y el dolor, o simplemente esperando a ser despertada.

Junior se acercó a San y le habló en voz baja; no lo suficiente para que Costa no lo oyera.

—Este tío oculta algo—

—¿Por qué? — respondió de la misma manera, como si hablaran a sus

espaldas pero sabiendo que les escuchaba.

—Porque es un capullo. Este tío no es bueno, lo conozco bien— Costa se giró para mirarlo —Sí, te digo a ti, no engañas a nadie marica— sacó la pistola y le apuntó a la cabeza —Te estoy vigilando—

—Tranquilízate, Junior— con un movimiento sutil le hizo bajar la pistola.

—Estoy tranquilo, solo que no me gusta. Estoy seguro de que pudo ayudar a Linda y no lo hizo, este cabrón prefirió dejarla ahí. Y ahora intenta parecer bueno, nos dice que Linda es una “buena persona” — soltó una risotada tras la palabra— Y una mierda, chaval, eres idiota si piensas que alguien se lo ha tragado—

—Bueno...— San intentó defenderlo de alguna manera, tenía la costumbre de hacerlo con todo el mundo. Sin embargo estaba demasiado de acuerdo con lo que Junior decía.

Costa se dio la vuelta de manera brusca clavando su mirada sobre San.

—¿Qué intento parecer bueno?! — se le veía descontrolado; al menos desde fuera— ¡Pues claro que lo intento joder! Desde que hemos salido no has dejado de apuntarme con la escopeta. Y este maldito... niñato lleno de odio con una pistola, no ha pensado en otra cosa que en reventarme la tapa de los sesos desde que me vio. ¡Joder solo intentó que no me peguéis un tiro por la espalda de un momento a otro!—

—¿Un tiro por la espalda? Eso no, ¿por qué iba a hacerlo? Mejor hacerlo mirándote a la puta cara— volvió a apuntarle a la cabeza, esta vez con intención asesina.

—¡Junior, para! — San agarró su pistola y se la quitó en un instante con un hábil movimiento.

—Dame eso, iya! — empezaba a perder su tono de tranquilidad.

—No. Primero vas a relajarte—

—Y lo estoy, ¿que no me ves? Simplemente quiero mi puta pistola— volvió a su imperturbable tono habitual.

—No, no lo estas— *por mucho que lo aparentes*, pensó —Me quedaré con ella... por ahora— intentó no sonar demasiado duro.

—Deberías matarlo ahora, San, nadie se enterará—

¿Matarlo? ¿Junior qué demonios te ha pasado? ¿Realmente eras así?

—No, por supuesto que no. Tal vez no ayudó a Linda, no lo sé, aun así no es motivo para...—

—¡No lo hice maldita sea! Simplemente me llevé a Marie, ella me lo dijo joder. ¿Y ahora de repente queréis matarme? No entiendo nada, es injusto— de nuevo Costa sonó realmente convincente.

—Tú te callas— le apuntó con una pistola imaginaria —San, hazme caso, este capullo no merece vivir—

—¡He dicho que no! —

—Te arrepentirás— replicó Junior.

—Nos vamos, Linda nos espera— emprendió la marcha.

Nada más comenzar, San se dio cuenta de lo mal que se sentía. Respiraba con dificultad y estaba agotado, pero sobre todo se encontraba mareado. Se miró el antebrazo derecho, no estaba infectado, ya lo había comprobado antes. Sin embargo se sentía como si así fuera. Decidió dejar de darle vueltas, con ello solo conseguía marearse más todavía.

Se encontraban cerca de la entrada del bosque; exactamente en el mismo lugar donde Linda había perdido la vida. La zona había sido limpiada y recubierta de tierra, sin embargo aún era posible apreciar los indicios si se observaba con atención. Nadie lo hizo, Junior solo miraba absorto al bosque, y San no dejaba de reflexionar.

—Costa, sabías que Marie se salvaría, ¿verdad? —

—¿Cómo? — la pregunta lo cogió de sorpresa.

—Cuando decidiste quedarte, ayer en el bosque. Sabías que sobreviviría, ¿me equivoco? —

—¿Saberlo? No. Simplemente confiaba en ello. De todas formas no iba a dejarla allí de ninguna manera—

San volvió a su ensimismamiento, no parecía muy contento con la respuesta.

—No sabía que le tenías tanto... aprecio—

Costa no dijo nada al respecto.

—¿Por qué lo preguntabas?—

—¿El qué? ¿Si sabías que Marie sobreviviría? — preguntó San para asegurarse.

—Sí—

—Porque la herida era mortal. Ella lo sabía, todos lo sabíamos. Pero aun así te quedaste, sabías... o al menos creías que se salvaría, y lo creías con seguridad—

—Yo no soy médico, San. La herida era grave, pero he visto gente sobrevivir a cosas peores—

—No en esa zona. La arteria femoral...—

—¿Entonces porque está viva? — le interrumpió —Admítelo, os equivocasteis—

—¡No! — respondió airado —Algo... algo extraño pasó, exactamente lo mismo que le pasó a Junior—

—Déjame adivinar. Dios los quiere y no piensa dejar que les pase nada— dijo irónicamente; pensó que ya era hora de volver a esa faceta.

Si yo tuviera mi pistola no hablarías así, cabrón, pensaba Junior mientras tanto.

—No— *imbécil* — es algo del bosque, algo que hay en él, algo que... acelera la regeneración— San miró su antebrazo derecho, apenas le dolía y ya empezaba a cicatrizar.

—Entonces, según tú el bosque es mágico, ¿me equivoco? —

—Es evidente que no— *gilipollas* —Podría ser cualquier cosa, pero apostaría que es una enzima que fabrican los árboles autóctonos. Tal vez esté en el aire, o quizá la transportan los animales, eso no lo sé—

Uuy, por un pelo. No está mal para un vejestorio, pensó Costa.

—¿Por eso mi herida dejó se sangrar tan rápido? —

—Exacto, Junior. Al principio no podía entenderlo, pero ahora todo encaja—

—Interesante— dijo Costa aparentando no saber nada del tema.

—San, mi pistola por favor— *quiero reventarle la cabeza.*

—No— respondió distraído; seguía dándole vueltas al tema de la regeneración.

Finalmente se adentraron en el bosque. La atmosfera roja comenzaba a invadir el ambiente, y con ella la inquietante sensación que transmitía todo el lugar.

—¿Dónde pasó? — preguntó San.

—Cuando estemos te lo diré—

El peculiar ruido del bosque les irradiaba una sensación extraña, familiar pero turbadora a la vez. La maleza de alrededor se mecía de manera antinatural, había algo deambulando por allí, como siempre, la pregunta era si era peligroso o no. Más de una vez recapacitaron hasta que punto era buena idea haber vuelto de nuevo allí.

—Junior, ¿estás bien? —

—Sí— meneaba la cabeza nervioso de lado a lado, intentando encontrar algo entre la maleza.

San supuso que tenía miedo. *Después de todo, sigue siendo Junior.*

—Tu pistola... cógela. Pero prométeme que la usarás debidamente. Solo cuando sea necesario, contra bestias, no compañeros— miró a Costa.

—Sí, contra bestias— agarró la pistola sin apenas mirarla. Seguía observando a los laterales con la misma expresión turbada.

Contra bestias, ¿y si Costa es una bestia para él? Descartó la idea rápidamente, su actitud actual no revelaba tales intenciones. Es más, parecía haberlo olvidado por completo.

—No tengas miedo, Junior, estamos juntos en esto— sujeto sutilmente su escopeta por delante de su campo de visión. Él ni siquiera lo miró.

El aullido de un lobo plateado sonó en la lejanía, recordándoles la clase de peligros que podían esconderse entre la espesura. Sin embargo Linda seguía sin aparecer. San empezaba a perder la esperanza, aunque se

recordaba a sí mismo que tipo de persona era ella. Su voluntad y resistencia rozaban lo inhumano. Tal vez estaría herida, ¿pero muerta? Eso era algo que costaba hasta imaginar.

—Por aquí— Costa se adelantó —, fue por aquí cerca—

A lo lejos se distinguían las manchas de color granate en el asfalto.

—Costra, y mucha—

—Sí, reventamos algunas cabezas antes de que me marchara. Linda sobre todo— *¿o tal vez fuiste tú? idiota*, pensó mientras reía en su interior.

—No me sorprende— San continuó examinando. Aquel lugar le parecía familiar, aunque no lograba recordar por qué. —No hay cadáveres—

—Se los llevan— respondió Costa.

—¡Calla! —

—Ahora no, Junior—

—¡¡Que te calles joder!! — gritó con fuerza.

Ambos le miraron, él se tapaba los oídos enérgicamente mientras miraba fijamente a la maleza.

—¡¡¡Calla, calla, callaaaaa!!! — mas fuerte aún. Su oreja derecha empezó a sangrar, la misma que tapaba violentamente con la mano en la que tenía el arma.

—¡Junior, silencio! Tranquilízate—

San se acercaba veloz mientras él seguía gritando la misma maldita palabra. De repente Junior apuntó con el arma y empezó a disparar al bosque. San miró en la dirección del tiro, de inmediato su cara mostró su desconcierto. Un hombre de costra les observaba desde allí; al menos antes lo hacía, pues ahora caía herido al suelo con dos balas en el pecho. Solo dos, a pesar de que Junior gastó todo el cargador.

—¡¡Callaaaaaa!!— tras el último grito paró de golpe. Ahora respiraba con fuerza pero con expresión de alivio.

—Junior, ¿por... por qué...? —

—No se callaba, San, no dejaba de gritar en mi cabeza. Tenía que

matarlo—

Ahora lo entiendo, era tan obvio maldita sea. Esa jodida actitud no era por la pistola, está infectado. El jodido enano cabrón está infectado. Costa se carcajeó por dentro, de repente brillaba una luz en sus ojos. No podía evitar sonreír aunque quisiera.

—No... no te preo...cupes— San no sabía que decir, en su cara se advertía la más pura perplejidad.

—Deberíamos irnos— dijo Costa.

—Sí... supongo— todavía intentaba entender lo que había pasado.

Junior apuntó con el dedo hacia delante, hacia el lado de la carretera que se adentraba en el bosque. Un Come-corteza de los grandes se acercaba directo hacia ellos.

—No creí que se alejaran tanto del grupo— mientras hablaba Costa sacó su cuchillo. Ahora se encontraba a la espalda de Junior y San, ambos miraban como el horrendo animal se acercaba.

—Linda, ¿maldita sea dónde estás?— San hablaba en voz baja, casi para sí mismo.

—No está, seguramente esté muerta— Junior contestó.

—¡Lindaa! Somos nosotros, si estás ahí, responde— dijo gritando.

Vámonos de aquí ya joder, es lo que Costa quería decir. En vez de eso gritó el nombre de Linda intentando encontrarla, tal y como San lo hacía.

—¿Pero qué hacéis? Linda no está aquí, idiotas— dijo el pequeño del grupo.

—Tiene razón, deberíamos irnos, San —

—¡¡Que te calles!! ¡Déjame en paz cabrón! — manifestó Junior de nuevo a la vez que se tapaba los oídos con fuerza.

¡¿Otra vez con eso?!

—Está bien, nos vamos— *lo siento Linda*. San se acercaba corriendo hacia Junior; el Come-corteza hacia lo mismo pero hacia él.

—¡Cuidado! —

Cuando San se dio la vuelta ya lo tenía encima, el animal se abalanzaba furioso sobre él enseñando sus aguzados dientes. Medio segundo después de verlo un enorme cuchillo militar atravesaba su cabeza de lado a lado. El animal cayó bruscamente sobre su cuerpo, arrojándolo en el camino. Ambos quedaron tendidos en el suelo, uno sobre el otro. Se lo quitó de encima enérgicamente, cortándose en la barriga al hacerlo con uno de los afilados colmillos.

Costa acababa de llegar hasta su posición, ahora le tendía la mano para ayudarlo a levantarse.

—¿Estás bien? —

—Sí, lo estoy. Tengo la ligera intuición de que curara pronto— rechazó la ayuda y se levantó el solo. A continuación cogió la escopeta del suelo y remató al animal.

Premio, si por casualidad no nos habían oído, con esto ya nos aseguramos.

Posteriormente, San arrancó el cuchillo de la cabeza del Come-corteza y se lo devolvió a Costa.

—Gracias— *me has salvado la vida.*

—De nada— *ya eres mío.*

—¿Podemos irnos ya? — dijo Junior cabreado.

—¡Calla! — grito Costa en voz baja imitando a Junior. Acto seguido sonrió y los tres emprendieron la carrera hasta la salida del bosque.

Dejaron de correr. Acababan de salir y ahora caminaban con cierta calma; no sin mirar hacia atrás de vez en cuando para asegurarse.

—Me salvaste, ¿por qué? —

—Eso es una pregunta estúpida, más para un hombre tan inteligente como tú, San—

—¡Eso me importa una mierda!—

—Perdona..., sé que estás cabreado, San, crees que no debí haber dejado a Linda allí sola—

—Yo...—

—O quizá... estas cabreado contigo mismo, por no quedarte ayer con nosotros, por... llevarte su escopeta. No lo sé—intentaba sonar lo más comprensivo posible.

Vaya, ¿ahora te crees mi psicólogo o qué?!

—Nadie tuvo la culpa— prosiguió Costa —Ella decidió quedarse en ambos casos, tanto tú como yo sabemos que no se le puede convencer—

—Pero debí haberme quedado—

—Hiciste lo correcto, San, no sabías lo que iba a pasar—

—¿Lo correcto? ¡¿Abandonar a Linda y a Marie en ese maldito bosque te parece lo correcto?! —

Costa no respondió. No necesitaba reconfortarlo, solo recordarle que la persona con quien estaba cabreado era el mismo.

—No entiendo por qué— dijo Junior tras el silencio.

—¿Por qué qué? —preguntó San airado.

—Por qué nos atacó—

—¡¿De qué hablas?! —

—El Come-corteza. El que reventaste con la escopeta—

—Yo... no se...— ni siquiera hubo reflexionado sobre ello, en su mente solo había sitio para Linda y los reproches.

—Porque era diferente— se entrometió Costa.

—¿Cómo que diferente? — preguntó San.

—Diferente a los demás. Era enorme, y los de ese tamaño, todos los que he visto hasta ahora tenían chepas grandes y deformadas. Este no. Además, estaba totalmente alejado del grupo, ellos nunca se alejan— reflexionó brevemente sobre lo que había dicho, ¿nunca se alejan?, ¿y cómo iba él a saberlo con certeza? Supuso que eso era lo que San habría

pensado.

—¿Insinúas que hay varios tipos? ¿Varios roles en la especie? — la cara de San se iluminó de repente.

—Más bien que están evolucionando—

—¿Evolucionando? — San puso su típica cara de reflexión profunda —No... ¿o sí?, tal vez, es posible. ¿Pero cómo lo sabes? No tienes ninguna prueba—

—Obviamente no— *al menos ninguna que quiera compartir contigo* —, pero es lo que creo—

—No..., no podemos saberlo— *pero es interesante, y mucho*, pensó San.

—Si están evolucionando, ¿significa que todos se volverán como ese? — se preguntaba Junior en voz alta.

—No necesariamente, que uno haya evolucionado no significa que los demás sigan su mismo camino. Es hartó improbable, pero sí posible. Aunque... teniendo en cuenta la situación, y el hecho de que un Come-corteza agresivo y dominante podría ser un candidato más apto para el medio que sus congéneres pacíficos quizá... Sin embargo sigo pensando que podría ser otro tipo, otra casta dentro de la misma especie, un soldado probablemente, como en las antiguas hormigas; aunque teniendo eso en cuenta no tendría sentido el hecho de que... — San hablaba rápido y para sí mismo, acababa de recuperar su curiosidad científica, la cual parecía haber perdido durante la noche anterior.

—Para, no entiendo una mierda— replicó Junior interrumpiéndolo —Lo que sí entiendo es que si todos esos Come-corteza de repente se hicieran agresivos... ¿cómo decirlo? ¡Estaríamos jodidos!—

—Sí— respondió San distraído, en su cabeza transitaban ajetreadas las posibles variables y razonamientos capaces de explicar la situación.

—Deja de darle vueltas, matusalén, te explotará la cabeza— expresó Costa divertido.

San se volvió hacia él y lo miró fijamente con expresión seria.

—Tú... sabías que era peligroso, lo supiste enseguida ¿Cómo? — dijo refiriéndose al Come-corteza que le había atacado.

—Ya te lo dije, era diferente—

—Pero... aun así, no había ninguna evidencia de que...—

—Por supuesto que sí, otra cosa es que tú no la vieras— lo interrumpió.

—Yo... ¿Cuál? ¿Qué evidencia?— San empezaba a sentirse inseguro, normalmente era él quien tenía que explicar las cosas a los demás, y normalmente era él quien se sentía superior intelectualmente.

—¿No lo sabes? Vaya, imagino que no estuviste atento. No pasa nada, supongo que estabas más pendiente de encontrar a Linda— Costa se regodeaba sutilmente de la situación.

—Es posible— *me lo vas a decir o que pedazo de imbécil.*

—Su mirada, era diferente. Hasta ahora todos parecían absortos, distraídos, incluso inofensivos. Este no, nos observaba fijamente, atento a cada movimiento. Conozco bien esa mirada, la mirada de un depredador, de un asesino—

—Claro que la conoces, es tu mirada— manifestó Junior de repente.

Costa soltó una carcajada.

—Por supuesto, he matado para sobrevivir. ¿Pero acaso tú eres diferente? Hace un rato cuando deseabas matarme con todo tu corazón, o cuando acribillaste a aquel engendro de costra en el bosque. Lo vi Junior, era la mirada de un depredador, de un asesino. ¿Pero acaso es malo? No, es solo supervivencia—

—Eso es diferente, ambos merecáis morir... aún lo mereces— miró a su pistola totalmente descargada.

—¿Diferente? — soltó otra carcajada — ¿Y porque Junior?¿Por qué merezco morir?—

—Porque eres un capullo, un... asesino— se empezaba a dar cuenta que no sabía el porqué, simplemente quería acabar con él.

—¿Asesino? ¿Acaso me has visto matar a alguien? No— se respondió a sí mismo —Pero tranquilo, yo te diré porque quieres matarme. Simplemente porque me odias, me odias desde lo más profundo de tu ser— se hizo un breve silencio —Y ya que lo mencionas, sí, he matado a gente. Para sobrevivir, para proteger a los míos, al grupo, a niños como tú. Por supuesto que he matado, al igual que él— ahora se dirigía a San — Todos tenemos un asesino dentro, todos somos capaces de matar llegado el momento para sobrevivir. Lo único que importa es de qué lado estamos,

en que grupo nos ha tocado luchar. ¿Verdad San? —

—Bueno... esa era la teoría, sin embargo...—

—¡Eso era lo que me decías joderi Y la verdad. Este puto mundo funciona así—

San recordaba sus conversaciones con Costa, cuando él aún era más joven e inexperto, cuando intentaba enseñarle cómo sobrevivir. Al parecer había aprendido la lección demasiado bien.

—Este mundo, no es solo matar o morir Alex— así solía llamarle en el pasado —Podemos mejorar, encontrar una manera de entendernos, de vivir juntos—

—¿Otra vez con eso? Tú sigue soñando, San, yo sobreviviré en el mundo real—

—¿Alex? ¿Quién es Alex? — preguntó Junior desconcertado.

—Eso es obvio, yo, Alejandro Costa— empezaba a darse cuenta de que estaba hablando demasiado. Se había dejado llevar por el momento, por sus emociones, algo impropio de él.

—Aun así me pregunto en qué grupo estás tú— expresó San ensimismado.

—En el único que conozco, el único que he tenido en toda mi vida, el nuestro— lo miró fijamente con expresión emocionada.

Quizás, o quizás en el tuyo propio. Pero... quien soy yo para juzgar sobre eso, pensaba San.

—Tonterías, matémoslo— manifestó Junior sin venir a cuento.

Nadie respondió, nadie dijo nada más. Ahora caminaban los tres juntos, cada uno en sus pensamientos, en su propio mundo.

Capítulo 11

—¿Dónde... estoy? — preguntó aletargada.

Ren se dio la vuelta de inmediato. Hasta entonces había estado mirando por la ventana, esperando a que volvieran.

—En... en el refugio— respondió él tímidamente —Deberías beber agua, si... quieres—

—¿Qué refugio? —

—Pues... pues este, en el que estamos. Quiero decir, no el de antes, este es nuevo, acabamos de llegar y... — *¿pero qué me pasa? Eso ha sonado como si fuera un idiota.*

Se hizo un breve silencio, Marie lo miraba desconcertada.

—Linda, ¿Dónde está? Y Costa, él...— se quedó pensando.

—Han salido, todos—

—Entonces, ¿estamos solos? —

—Sí— pensar en eso le hizo enrojecerse.

—Pero volverán, ¿verdad? — dijo ella en un tono adorable.

—Ehh... sí—

Marie desvió la mirada hacia el techo, respiró profundamente y sus parpados se cerraron ligeramente.

—Me siento cansada—

—Tengo... agua— otro silencio. Ella le miró —Por si quieres... beber digo— *Tranquilízate joder.*

—Sí, sí quiero—

Eso le recordó una famosa frase usada por los antiguos, la había podido leer en varios libros viejos. Se enrojeció un poco más si cabe, perdiendo el hilo de su pensamiento.

—¿Qué... que quieres qué? —

—Agua— respondió ella con una grácil sonrisa.

—Sí, claro, perdona—

Agarró la botella, se aproximó a la cama y la acercó hasta su boca con manos temblorosas.

—¿Estas nervioso? — preguntó ella antes de poder beber.

—¡No! —

—No te preocupes, no voy a hacerte daño— dijo en tono amable y bromista.

—Lo sé, no estoy nervioso— *¿maldita sea porque me siento así?! He matado a un montón bestias, esto a su lado es pan comido, una tontería. Vale... quizá un montón tampoco, pero...*

—Bueno, ¿me das el agua o qué?! — expresó molesta.

—¡Yo! Sí, yo... perdona—

—Era una broma, tranquilo, Ren— aclaró mientras reía intentando no sonar ofensiva.

¿Se sabe mi nombre? Vaya, creía que...

—El agua, Ren—

—¡Sí! voy—

La mano le seguía temblando; intentaba controlarla con todas sus fuerzas. Marie comenzó a beber. De repente toda la tensión que había inhibido explotó en un espasmo incontrolable, derramando toda el agua sobre la boca y el pecho de ella.

—¡Mierda! ¡Joder lo siento perdona!— dijo todo junto.

Marie soltó una risita.

—No tienes porque decir siempre perdona— seguía mostrando su bonita sonrisa, esta vez llena de agua.

—Sí, lo sé. Perdo...—

—Schh, no lo digas—

—Joder yo, pe...—

—Schh, que no— soltó otra risita inofensiva —No te preocupes, Ren. Gracias por el agua—

—De nada. Yo... estaba nervioso—

—¡Pero me dijiste que no lo estabas!— de nuevo en tono molesto.

—Yo... y... y no lo estoy—

Otra risita más.

—Perdona, Ren, era otra broma—

Ahora eres tú la que ha dicho perdona, pensó él.

—Parece que... ya te sientes mejor— manifestó tras un momento de silencio.

—Sí, más animada ahora. Gracias—

—¿Gracias por qué? —

—Por hacerme reír—

—Pero si yo no he hecho nada— *simplemente el imbécil.*

—Ha sido divertido—

—Sí— sonrió ligeramente mientras repasaba la conversación—Llevas... agua en los... boca—

—¿En los boca? — volvió a reír.

—La boca, los... labios. Ha sido culpa mía perdona. ¡Joder he vuelto a decir perdona!—

—Era una broma, Ren, puedes decir lo que quieras. Y por lo del agua no te preocupes— se pasó la mano por la boca.

—No sabía que fueras tan bromista, Ma... Marie—

—¿También te pones nervioso al decir mi nombre?—

—¡No!—

Ella sonrió, sabía que de nuevo no era verdad.

—No es nada malo ponerse nervioso, a todo el mundo le pasa de vez en cuando—

—Supongo— *Costa no diría lo mismo que tú.*

Ella volvió a mirar al techo mientras respiraba profundamente.

—¿Y cuándo volverán? —

—No lo sé, espero que pronto, ya llevan más de dos horas ahí fuera— se sentía un poco más tranquilo al hablar con ella. Acto seguido se acercó a mirar por la ventana.

—¿Qué estas mirando, Ren? —

Él no respondió, observaba con preocupación la puerta del recinto, aquel lugar le seguía transmitiendo esa extraña y espeluznante sensación. Se giró nuevamente hacia Marie.

—¿Quieres más agua? —

—No, por ahora no. ¿Pero qué es lo que miras?— *parece preocupado.*

—Nada. Por si vuelven— de nuevo se acercó a la ventana.

—¿Y a qué han salido? —

—¿Qué... ? ¿Cómo? — Ren observaba a través del cristal atentamente.

—¿Que a qué han salido?! — intentó disimular su molestia.

—Creo que ya los veo—

—¿En serio? — dijo ella con tono ilusionado.

—Sí... creo, aún están muy lejos—

—¿Pero son ellos o no? —

—No lo sé, supongo. No los veo bien—

—¿No ves bien de lejos? —

—Sí, sí veo bien— respondió sintiéndose algo atacado.

—Tal vez necesites gafas—

—¿Gafas? He leído sobre eso, en... los libros. No las necesito— terminó tajante.

—¿Lees libros? —

—A veces— Ren hablaba sin mirarla, seguía observando por la ventana, entornando los ojos con esfuerzo.

—Vaya, no es algo muy habitual—

—Bueno... Costa me obliga a leerlos—

—¿Te obliga? — dijo mientras soltaba una carcajada.

—No... más o menos, no me pone una pistola en la cabeza ni nada—

Vaya, ¿Costa lee libros? Eso sí que no me lo esperaba. Interesante, pensó Marie.

—¿Y... que piensas de él? —

—¿De Costa? — preguntó Ren extrañado.

—Sí—

—Ehh... es un capullo. Pero es un buen tío, en el fondo. Me ayuda, ¿sabes?— se volvió para mirarla en la última frase. Ella sonrió ante el comentario.

En el fondo... un buen tío, ¿eh? Eso parece, después de todo se quedó conmigo, él... me salvó, pensaba Marie.

—Sí que lo es— afirmó ella.

—¿Un capullo? —

—Sí, eso también— rió sutilmente.

Ren seguía mirando por la ventana, había estado así desde que dejara de hablar con Marie. Intentaba distinguir las figuras en la lejanía, al menos ya sabía con seguridad que eran tres. Ahora reflexionaba sobre el tema de las gafas, ¿realmente tenía mala visión? Él pensaba que no, desde que podía recordar siempre había sido así; vale que a veces le costara distinguir los detalles en la lejanía pero... ¿acaso no era algo que le ocurre

a todo el mundo? Hasta ahora no lo había considerado, y aunque se dijera a sí mismo lo contrario, le preocupaba el hecho de que finalmente pudiera necesitarlas. De todas formas tampoco pensaba ponérselas, nadie que conociera llevaba unas, no quería ser el raro del grupo.

—En la antigüedad... la gente solía llevar gafas, ¿no? — no estaba seguro de la pregunta.

Marie despertó de pronto, se había quedado medio dormida y ahora se preguntaba en qué momento había pasado eso.

—¿Perdona? — ella tardó un poco en responder.

—Nada—

—¿Algo sobre que necesitas gafas? —

—No. Pero... me preguntaba por qué nadie las lleva ahora—

—Bueno, son difíciles de conseguir. Sin embargo creo que... ya no las necesitamos, al menos tanto como antes, como los antiguos—

—¿Por qué? — dejó de mirar a fuera para mirarla a ella. Al hacerlo se sintió incomodo y de nuevo giró para observar la lejanía.

—Pues al parecer usaban aparatos, máquinas que representan imágenes...—

—¿Como el televisor? — interrumpió Ren.

—Sí, como el televisor, ordenadores... y algunos más. El caso es que dañaban su vista, no sé cómo ni por qué..., bueno yo creo que eso es una tontería, ¿verdad?, pero San me lo dijo una vez y me pareció interesante—

—Que estúpidos eran entonces, sino querían perder la vista que no miraran esos aparatos—

—Sí— sonrió ante el comentario —, eso parece. De todas formas había otras razones, muchas que no puedo recordar. San... a veces habla muy rápido— *y con palabras complejas.*

—Entonces, ¿tenían mala visión... por sus malos hábitos?—

—¡Ren! — dijo en tono chillón.

—¡Qué! — se giró hacia ella rápidamente.

—Eso es muy inteligente—

—No. Leí algo sobre eso... en un libro, ya sabes— regresó la vista hacia el exterior.

—¿Sobre los malos hábitos? —

—Sí, en general. Al parecer... tenían demasiadas cosas, demasiados objetos inútiles. De alguna manera se habían enganchado a ellos, a los objetos, como si los controlaran... Cuesta creerlo, ¿no? Ni siquiera lo entiendo bien—

—Vaya, eres una caja de sorpresas— expresó Marie.

—No creas—

—Sí lo creo. Y sí, cuesta imaginarlo. A veces me parece que eran totalmente diferentes a nosotros— hizo una breve pausa para reflexionar —San... me dijo que habíamos cambiado, evolucionado—

—¿Evolucionado? —

—Sí, ¿has leído algo sobre eso? —

—No—

—Es interesante. Significa que nuestra biología, nuestro cuerpo ha cambiado desde entonces—

—¿Es eso posible? — dijo Ren mientras giraba de nuevo para mirarla.

—No... bueno sí, pero no en tan poco tiempo. En realidad harían falta miles de años—

—¿Miles? —

—Millones incluso—

—Otra broma de las tuyas, ¿no? —

Marie soltó una risita.

—Esta vez no, tonto— dijo de manera amable —El planeta tiene muchos años, muchísimos, y nosotros tardamos también mucho en cambiar—

—Creo que me estoy liando—

—Mmm... es algo complicado de entender. Se podría decir que... vamos mejorando poco a poco, con el paso de los años, de muchas generaciones. ¿Entiendes la palabra generaciones? —

—Sí. Pero no entiendo por qué cambiamos —

—Por los sucesivos errores en las innumerables copias del ADN—

—Ehh... ahora sí que no entiendo nada—

—Perdona— dijo con una sonrisa —Lo que quiero decir es que nos adaptamos al ambiente, nuestros cuerpos... se van adaptando, al igual que hacen los animales—

—A vale, ahora los animales también— dijo él en tono irónico, dando a entender que seguía sin comprender nada.

—Sí, también. Todos los seres evolucionan para adaptarse, los que no lo consiguen mueren, los que si lo consiguen sobreviven—

—Eso tiene sentido—

—Sí. Pero se tarda mucho en evolucionar, en... mejorar—

—Oye, tal vez... por eso ya no usamos gafas, porque hemos mejorado, porque nos hemos adaptado— se hizo un breve silencio —¿Qué dice San sobre eso? —

—No lo sé— soltó una risita —Pero es probable que me lo dijera alguna vez. San... tiene muchas teorías, pero pocas cosas claras. Él siempre me dice que las cosas nunca tienen una única razón. Yo creo que simplemente le gusta complicarse, se divierte—

—Tú también eres complicada—

—¿Enserio? Vaya gracias, aunque no sé si eso es algo bueno—

—Para mí lo es—

Marie sonrió mientras lo miraba de una manera encantadora. Ren se puso rojo, recordando de golpe la increíble incomodidad que sentía cuando hablaba con ella. En un acto reflejo desvió la mirada, contemplando de nuevo el horizonte desde la ventana.

—Ya están aquí—

—Vaya, que rápido han llegado— expresó Marie.

—Emm, sí... lo normal— Ren no estaba de acuerdo con ella.

—¿Y qué hacen? —

—Nada—

—Algo estarán haciendo— dijo algo molesta.

—Se acercan. Y... ahora llegan a la puerta, a la de fuera, una enorme con rejas de metal. Están hablando, no sé de qué—

—Que buen narrador eres— usó un tono bromista.

—Junior lleva una pistola en la mano, parece cabreado— *mierda, ¿a quién se le ocurre darle una pistola a ese niño?!* —Costa... se aleja, se está yendo. ¿Adónde demonios va?—

Mientras hablaba Ren notó una presencia a su lado. La imagen de aquel ser oscuro escalofriante llegó a su mente de forma automática. Justo después algo le tocó en el hombro. Se apartó como un rayo, golpeándose contra la ventana y creando un considerable estruendo.

—Tranquilo Ren, soy yo—

Tardó unos segundos en recuperar el aliento, ahora la miraba con expresión desencajada.

—Lo siento, no quería asustarte— prosiguió Marie.

—No deberías... haberte levantado— dijo entre fuertes respiraciones.

—¡Vamos!, estoy bien— de inmediato perdió el equilibrio y cayó sobre Ren, el cual reaccionó sosteniéndola con rapidez.

—¿E... estas bi... bien? — las palabras apenas le salían. Ahora mismo el cuerpo de ella se apretaba con fuerza contra el suyo, haciéndole sentir un desaforado escalofrío; no como el que había experimentado por el extraño ser, este era distinto, mucho más cálido.

—Sí, estoy bien, solo era... una broma— dijo ella con voz cansada. Obviamente no lo era.

—Perdona— manifestó Ren mientras la apartaba de su lado con

brusquedad.

—¿Perdona por qué? —

—No... lo sé—

—Por apartarme quizás. Bruto— dijo Marie algo molesta.

—Lo siento, no era mi intención—

—No pasa nada— ella lo miró a los ojos. El enrojeció completamente.

—De... de... deberías irte, a... a la cama digo, a descansar—

—Sí— no se movió —oye, ha estado bien, hablar contigo— expresó con suavidad.

—Sí... gra... gracias. Lo mismo digo— apartó la mirada, sin embargo seguía sosteniéndola con fuerza para que no se cayera.

Pasaron unos segundos así, uno al lado del otro, sin decir nada, hasta que algo apareció raudo a través de la puerta.

—¡Marie!, ¡¿se puede saber que haces levantada?! —

—Tranquilo, San. Estoy bien—

—¡Ren, maldita sea! Te dije que cuidaras de ella—

—Yo...—

—Y lo ha hecho, San. ¿Se puede saber qué te pasa?— pocas veces lo había visto tan alterado

—Tienes... razón, lo siento. Es solo que... ¡ino la he encontrado joder!! —

—¿Encontrado? ¿A quién? —

—A Linda— respondió afligido.

—¿Dónde está? —

Nadie respondió.

—San, ¡¿dónde está?! — repitió autoritariamente.

—Costa la abandonó, en... el bosque—

—¿Cómo?! —

—O no, no lo sé...— hizo una pausa —iLo siento fui yo! No la pude encontrar. Os abandoné y... ahora no la puedo encontrar joder—

—¿No... estaba allí? — interfirió Ren.

—iHe dicho que no! —

—Tranquilízate, San. Pero... no, no lo entiendo ¿Está viva? — preguntó Marie.

De nuevo nadie respondió.

—San, ¿está viva o no?! —

—No lo sé, pregúntale a Costa, él fue quien la vio por última vez—

¿San, qué te pasa? No te reconozco, pensó ella.

—Aparecerá, es Linda— ambos miraron a Ren —, ¿no? — solo un silencio tras la pregunta.

—El caso es que... no lo entiendo, estábamos los tres juntos, en aquel claro. Creí que ya estábamos cerca— Marie hizo una breve pausa

—Tenemos que encontrarla— expresó decidida.

¡Ya lo he intentado! pensó San

—¿Qué..., dónde se quedó? ¿Qué pasó? — prosiguió Marie.

—En el bosque, les a... os atacaron, esos seres de costra. Costa te llevaba encima, Linda se quedó, luchando. Ella le obligó a irse, a llevarte con él; al menos eso dice Costa—

Marie seguía extrañada, esa concisa explicación no era propia del San que conocía. A pesar de tener la misma apariencia, no tenía la impresión de que fuera él con quien hablaba ahora mismo.

—No tienes la culpa de nada, San. Hiciste lo correcto— dijo tras un instante de reflexión.

—Te... abandoné. Pensaba que... que ibas a morir, Marie— de repente hablaba mucho más tranquilo, más lento y pausado al menos.

—Yo también. Y no sé... porque estoy viva. ¿Por qué, San? —preguntó confundida— Debería estar muerta pero... no lo estoy, es curioso, ¿verdad? — esbozó una sonrisa ininteligible mientras miraba hacia ninguna parte.

—Lo sé, estás... viva— sus palabras empezaban a evidenciar un tono lloroso —Era imposible, pero lo estás, y no sé cómo expresar... cuan alegre me siento por ello—

Un potente disparo interrumpió el momento, había sonado muy cerca. Acto seguido, la pequeña lágrima que acababa de brotar del ojo izquierdo de San, salió volando hacia el suelo tras el brusco movimiento que hizo para dirigirse a la puerta. Mientras tanto ordenaba a Ren que acostara de nuevo a Marie en la cama y que cuidara de ella.

Capítulo 12

Otro disparo se escuchó mientras bajaba acelerado los escalones, al parecer provenía del porche. Atravesó el pasillo y llegó hasta la puerta de la entrada; la cual estaba entreabierta. San paró de golpe junto a ella y respiró profundamente, intentando discernir cualquier ruido sospechoso que le indicara que estaba pasando ahí afuera. Por un momento no pudo escuchar nada. De inmediato otra atronadora descarga lo sobresaltó, haciéndole dar un leve respingo incontrolable. Agarró con fuerza la escopeta, se preparó y abrió la puerta sutil aunque rápidamente, apuntando con habilidad nada más hacerlo.

Al verlo San recobró la calma, aunque no por ello estaba menos sorprendido. Se acercó a Junior decidido mientras bajaba el cañón de su escopeta. Este seguía de espaldas, apuntando con su pistola a una estatua de forma humana situada en el jardín delantero.

—Junior, ¿qué haces?!—

Él respondió con otro disparo; el cual falló estrepitosamente.

—Para, ¡ya!— esta vez uso un tono más dominante.

—Calla, San. Me desconcentras— dijo Junior sin siquiera mirarle.

Acto seguido volvió a disparar, y esta vez acertó de pleno.

—¡Sí, joder! Ya era hora—

—Es la última vez que te lo digo. ¡Para! — San se encontraba justo a su lado, mirándole fijamente con expresión seria, absolutamente preparado para actuar con velocidad.

—Ya está— bajo la pistola y se giró finalmente hacia él —Solo quería practicar un poco. Y tranquilízate joder, últimamente estas que no hay quien te aguante—

—¡Eres un...!— consiguió controlarse muy a su pesar —inconsciente. No es buena idea hacer tanto ruido. Además, ¿qué coño haces...?!— se controló de nuevo —No deberías gastar balas tontamente, ¿acaso sabes lo difícil que es encontrarlas? No, no tienes ni idea— *qué coño vas a saber tú.*

—¿Pero qué te pasa?! Relájate, San— dijo de manera desafiante —Solo intento aprender a usarla, aprender a defenderme por mi mismo. Es lo que tú me dijiste, y eso es lo que hago, no sé por qué te pones así—

—No me pongo de ninguna manera, solo digo que...—

—¿Que qué?! — volvió a usar el mismo tono desafiante.

A San le entraron unas ganas exorbitadas de golpearle la cara con fuerza. Como de costumbre consiguió controlarse. Ahora se daba cuenta de que estaba fuera de control; ese tipo de pensamiento no era propio de él, ¿golpear a un Junior? No, tenía que relajarse. Cerró los ojos, respiró hondo e intentó hacer desaparecer esa abrumadora sensación de rabia que sentía en su interior.

—¿Estás ahí? —

—¿Y las balas?, ¿dónde las has conseguido? — preguntó a pesar de conocer la respuesta. Inmediatamente se arrepintió de haberlas dejado en el armario de la escalera.

—Son mías, y la pistola...—

—¿Se puede saber que mierda haces, imbécil?! — apareció Ren desde la puerta.

—Pegarte un tiro si no te callas— respondió seriamente.

—Inténtalo, comemierda— rápidamente agarró su cuchillo y adoptó una arrogante, y algo fingida, posición de combate. Puede que se hubiera puesto realmente nervioso con Marie, pero ahora era el momento de demostrar que no era ningún cobarde.

Junior lo miró con superioridad. A continuación clavó la mirada en San y sonrió.

—No. Ahora no— dijo tranquilamente mientras guardaba su pistola y se daba la vuelta —Nos vemos luego— comenzó a caminar hacia el jardín, alejándose de ellos.

—Tenemos que quitarle esa mierda de pistola— expresó Ren cabreado.

—Junior, vuelve. Dame el arma—

—No, San, es mía. Tú me la diste, y ahora es mía— respondió sosegado mientras seguía distanciándose.

No insistió, estaba demasiado ocupado intentando controlarse, intentando no ir allí, pegarle un puñetazo y quitarle la pistola a la fuerza. Eso era lo que habría querido hacer, sin embargo no se atrevía, le daba miedo, miedo a que no pudiera parar, a que tras el primer puñetazo viniera otro y otro y otro más, a que la creciente y descomunal rabia que le quemaba

por dentro se adueñara de él, tal y como había hecho tantas veces en el pasado.

—Quítasela joder. ¡¿San me escuchas?! ¡¡Quítasela!! — él no respondía, simplemente seguía con los ojos cerrados, respirando profundamente —Quítasela o tendré que hacerlo yo—

—No— acto seguido se dio la vuelta, golpeó la puerta de la entrada con un puñetazo brutal y se adentró en la casa.

Ren se quedó estupefacto. Ahora miraba a San y después a Junior, intentaba acumular la decisión suficiente para ir allí y quitarle la pistola. No lo hizo, y en lugar de ello se quedó allí plantado, sin saber qué hacer, preguntándose qué demonios acababa de pasar, que demonios podía haber hecho él.

—¿Qué ha pasado, San? — preguntó Marie preocupada desde la cama.

—El mundo, que se va a la mierda— respondió ensimismado, tal como había estado desde que entró a la habitación.

—¿El mundo? No te entiendo, ¿por qué?—

—Perdona, es solo que... nada— por un momento volvió al presente.

—¿El qué? ¿Qué pasa? ¿Qué ha pasado?—

San sonrió ante la pregunta de Marie; ni siquiera él sabía bien porqué.

—Junior— cerró los ojos e hizo una pausa para respirar —, estaba... practicando con la pistola, disparando a una estatua. No te preocupes, ya está arreglado— miró hacia abajo en la última frase.

—Ahh, era eso. Vaya, Junior... ¿tiene una pistola? —

—Sí— volvió a respirar profundamente —, se la di yo—

—No creo que deba disparar, a las estatuas al menos. Dudo que tengamos mucha muni...—

—Lo sé— la interrumpió San bruscamente —, quería quitársela, pero no...,

él no quería, yo no...— paró en seco mientras volvía a ensimismarse.

—¿San estas bien? Hoy estas... raro, distinto —

Él no respondió, simplemente seguía inmerso en sus pensamientos.

—¿Sabes cómo me llamaban en el pasado? — dijo en tono lúgubre al cabo de un rato.

—No, ¿cómo te llamaban? —

—El... salvaje, San el salvaje—

—¿San el salvaje? — repitió acompañada de una pequeña risita —Ehh, ¿enserio? — dijo borrando rápidamente la sonrisa de su cara.

—Sí, enserio—

—¿Por... por qué? —

—Porque lo era. Un salvaje—

—No te entiendo, San, no... no puede ser—

—Fue hace tiempo, mucho tiempo ya. Yo... era boxeador. No una mala persona, pero sí tenía... algo dentro de mí, una rabia que siempre estaba ahí, en mi interior, esperando— San miraba hacia el suelo al hablar —Por supuesto podía controlarla, en realidad, hacía como si no existiera, como si no estuviera ahí. Pero a veces... me transformaba, perdía el control, a mí mismo. Eso no pasaba mucho, pero pasaba. El caso es que boxear, hacía que todo fuera más fácil, me ayudaba a remover esa rabia, ¿sabes? De alguna manera, golpear a los demás me tranquilizaba, golpear cualquier cosa, pero sobre todo a los demás— San suspiró tras la última frase sin dejar de mirar hacia abajo.

—¿Y perdías el control? Mientras boxeabas digo, por eso te llamaban... el salvaje, ¿verdad?—

San sonrió ante el comentario.

—No, mientras boxeaba no, tal vez a veces, pero sobre todo en la calle, cuando la pelea era real. Y no, en aquel entonces no me llamaban así, simplemente era San, Alejandro en realidad—

—¿Te llamas Alejandro? —

—Sí— *al igual que Costa.*

—Podrías habérmelo dicho antes—

—Puede. Como iba diciendo, en aquella época, simplemente era... nadie, un boxeador callejero más, lo de San el salvaje fue... bueno, en lo que me convertí. Hace veinticuatro años, poco después del inicio de la guerra, la gente empezó a cambiar, poco a poco, solo algunos al principio, luego prácticamente todos. Ya conoces la historia. El caso es que... perdí a una persona, una persona muy importante, y el mundo se fue a la mierda; mi mundo al menos. Bueno, en realidad el mundo entero se fue a la mierda, como bien sabemos ahora— San sonrió de una manera extraña —A partir de ahí, la rabia, esa rabia que había sentido en mi interior, la que aparecía de vez en cuando fugazmente en contadas ocasiones, se convirtió en... odio, un odio desmedido que me dominaba, un odio hacia todo el mundo, hacia nadie en realidad, hacia cualquiera que se cruzara en mi camino. Verás, todo... pasó muy rápido, sobrevivir, alimentar el odio, matar o morir, poco más que eso recuerdo. Matar, yo... los maté—

—¿A quién? — preguntó en tono asustadizo.

—A gente, personas que... quizá no lo merecían, o sí, después de todo muchos querían matarme; otros tal vez no, no lo sé, todo era como... en un sueño, pero tan real a la vez. El odio, la rabia yo... era eso y nada más. En realidad ni siquiera sé lo que era, pero sí sé lo que hice, cosas que no deberían existir, cosas que no consigo olvidar— hizo un parón para reflexionar— El salvaje... sí, y con razón, sin duda me gané ese nombre a pulso, y me gustaría... decir que era el odio quien lo hizo, quien me dominaba, pero... era yo, Marie era yo quien hice esas cosas horribles a aquellas personas. ¿Cómo podía ser yo? —

—San tú..., ya no eres así, te conozco—

—No, simplemente crees que me conoces, pero en el fondo... —paró la frase en seco— Lo he vuelto a sentir, el odio, el mismo, incontrolable en mi interior, exactamente de la misma forma que en aquel entonces. Hacia tanto que no lo sentía; al menos de esta manera, tan presente, como si fuera a poseerme, a dominarme completamente, otra vez. Yo... ¿por qué?, creí que había dejado eso atrás pero... parece que no— dijo en tono pesimista.

—Y lo has dejado. San tú..., ahora eres distinto. Tú no eres esa horrible emoción, puede que en aquella ocasión te controlase, pero ya no. Es decir, ¿hace cuanto que habías dejado eso atrás?, ¿mucho verdad? — él asintió —Lo ves, es solo una emoción, una que no supiste controlar, pero ahora sí, ahora lo has hecho, no has perdido el control, lo has conseguido,

San— dijo con una sonrisa medio fingida.

—No, Marie, no era solo una emoción, ese... era yo. Yo creía que eso había quedado atrás, que ya no volvería, pero ha vuelto, y lo siento tan... familiar, tan parte de mí—

—No, no eres tú, San, eso es solo tu pasado, y aunque ahora sientas lo mismo, ¿qué más da? No dejarás que te controle, es más ya lo has hecho, lo has conseguido—

—¿Conseguido? Tal vez hasta ahora sí pero... que pasará si lo vuelvo a perder, si el mundo se va a la mierda otra vez. Qué pasará si os pierdo, a ti, a... Linda joder, la he perdido, ¡¿Cómo he podido ser tan imbécil?! —

—Aparecerá, es Linda, ella... aparecerá—

—Me gustaría creerte pero... no lo sé— expresó en tono derrotista —Y el resto del grupo, ¿dónde están? Los hemos perdido también, los... he perdido, ¡los he perdido maldita sea!—

—También aparecerán, aún es muy pronto, tienes que ser paciente—

—Tal vez—

—Y tú no tienes la culpa, San, de nada. Es posible que... por eso te sientas así, porque no dejas de culparte. ¡Para ya, San! ¡Deja de hacerlo!, porque no la tienes, no has hecho nada malo, no me has abandonado. Ni a mí, ni a Linda, ni a nadie jolín. Así que deja de hacer el tonto de una vez—

San se quedó atónito ante el comentario de Marie. Acto seguido sonrió.

—Que deje de hacer el tonto, ¿eh? — dijo casi riendo.

—Sí, San, para ya, así no consigues nada— ella le devolvió la sonrisa. Inmediatamente después ambos rieron; no mucho, pero sí lo suficiente.

—Yo... lo siento, me he dejado llevar, por... la negatividad, por mi estupidez—

—Pues sí. Y me da igual lo que hicieras en el pasado, ahora eres un buen hombre, el mejor que conozco, y nada de lo que digas va a cambiar eso, tonto— volvieron a reír.

—¿Y... cómo estás? —preguntó San cambiando de tema tras un momento

de silencio.

—Bien, muy bien en realidad. No me duelen, no mucho al menos. La de delante un poquito, pero teniendo en cuenta que fue la femoral...—

—Sí, es difícil de creer, imposible más bien—

—Otro enrevesado misterio para los famosos investigadores del nuevo mundo, ¿eh?— dijo en tono bromista refiriéndose a ellos.

—Sí— San sonrió ensimismado —Respecto a lo que decías, lo de que me sienta así por... echarme la culpa, de todo. El caso es que sí, tal vez pero... hay algo más, Marie. Creo, que estoy infectado— dijo mientras mostraba su antebrazo vendado.

—¿Infectado? No entiendo, ¿de qué? —

—Probablemente de nada, no lo sé, una simple infección bacteriana imagino—

—No tan simple, San, podrías morir por eso. Déjame ver la herida—

—Está bien, no está infectada, es más, prácticamente ya está curada. Sin embargo, cuando el perro me mordió...—

—¿Un perro? Eso no me lo has contado—

—Lo sé, eso pasó anoche exactamente, mientras tratábamos de salir del bosque rojo, tras el claro, el cual es... otro tema interesante. Bueno, el caso es que nos atacaron. ¿Recuerdas aquel extraño ser de color granate, aquel hombre que nos observaba totalmente inmóvil a la entrada del bosque? —

—Pues claro, nos atacaron, anoche cuando... lo de la pierna, os fuisteis y al poco rato aparecieron. No solo el hombre, perros, y un lobo también, todos con esa peculiar costra rojiza en sus cuerpos—

—¿Un lobo? —

—Sí, y un... oso-gorila, creo que así lo llamáis, ¿verdad?, nunca lo había visto antes— San reaccionó con asombro ante la información —Por lo que decías... deduzco que os pasaría algo parecido —

—Para no alargar la cosa, sí—

—¿Para no alargar la cosa? Vaya, eso sí que no es propio de ti— dijo con

una sutil sonrisa.

—Bueno, no me siento muy bien, Marie, nada bien, y es ahí a donde quería llegar. Uno de esos malditos perros con costra me mordió— enseñó de nuevo el antebrazo —, lo curioso es que... desde entonces, algo está ocurriendo en mi interior. Quizá no sea nada, una simple infección bacteriana como decía, aunque lo dudo—

—¿Qué te ocurre? —

—Yo, me siento fatigado, mareado, hastiado... rabioso; demasiado Marie, como si algo... algo extraño, por llamarlo de alguna manera, estuviera dentro de mí. Sí, se que suena a una vaga y estúpida explicación salida de la desesperación y el desconcierto, pero así lo siento—

—San... ¿tienes fiebre? —

—Piensas que estoy delirando, ¿no es así? —

—Es posible— dijo ella en tono amable.

—Sí, la tengo, y seguramente tengas razón, yo... necesito descansar. Pero olvida eso, fue una estupidez, no hay nada dentro de mí, eso lo sé, simplemente no sabía cómo expresarlo. Lo que quiero decir es que... podría ser un virus, o una enfermedad, no lo sé—

—¿Enfermedad? ¿Qué quieres decir? —

—Me refiero al hecho de que hayas sobrevivido, de que tus heridas se hayan curado... milagrosamente, por decirlo de alguna manera. Veras, a Junior le pasó algo parecido, más increíble aun, ¡por dios es totalmente ilógico!— expresó alterado —Un cuchillo atravesó su costado, la herida era profunda, y su estado no era bueno, nada bueno. Me expresó que... se sentía morir. Sin embargo, e inexplicablemente, al cabo un rato estaba perfectamente, su herida a medio cicatrizar y Junior como si nada de eso hubiera pasado. En aquel momento no le di demasiada importancia, pero pensándolo ahora, racionalmente es...—

—Imposible—

—Sí, imposible— a continuación San comenzó a desenrollar la venda de su antebrazo —Mira, está... casi cicatrizada —hasta el mismo se sorprendió del increíble buen aspecto que ahora tenía la herida —Y con Ren más de lo mismo, vi su pierna justo después de que le hirieran, la hemorragia cesaba inexplicablemente rápido—

—¿Ren también? Vaya, entonces quieres decir que... ¿hay algún tipo de... mmm relación entre los seres de costra y los odiosos bichejos del agujón?

¿Qué de alguna manera... las heridas infringidas por ellos cicatrizan increíblemente rápido? —

—Bueno... es posible—

—Vaya, que interesante. Tal vez transmitan algún tipo de sustancia regeneradora, o como tú has dicho... transmitan algún tipo de virus o enfermedad que acelera la cicatrización, aunque me costaría creerlo. San esto es, muy interesante—

—Sí, sin embargo, cabe la posibilidad de que no fueran los animales, sino el mismo bosque el que transmita... la enfermedad—

—Explícate— expresó intrigada.

—Bueno, tal vez había algo en el aire, algo en toda la zona. No tengo ninguna hipótesis convincente sobre ello la verdad— se quedó reflexionando.

—Pero... eso significaría que... que todos estamos infectados, San— expresó incrédula.

—Bueno, sí, algo así sería—

—No, no te entiendo, San. ¿Por qué? ¿Por qué piensas que es una enfermedad? —

—Un virus tal vez—

—Lo que sea, no... no es lógico. San, yo creo que... a ver como dije antes, es lógico pensar que al atacarnos, depositaron esa sustancia en nuestros cuerpos, en las heridas, ¿verdad? No tiene porque ser una enfermedad, un virus ni nada parecido, después de todo, no hay ningún síntoma común a todos nosotros que lo indique; exceptuando la acelerada cicatrización. Al menos así lo veo yo. Aunque... sin embargo, eso significaría que tanto los seres de costra como los bichejos de la maleza contienen la misma sustancia en sus organismos, tal vez sea demasiada casualidad. ¿Qué piensas tú?—

—Pienso que sí, es lógico lo que dices, es más, debo decir que estoy gratamente sorprendido, incluso... me ha costado seguir tu razonamiento—

—No bromes, San, esto va muy en serio— dijo mientras sonreía.

—No bromeo— por un momento posó la cabeza sobre la palma de su mano, respiró profundamente y suspiro con fuerza. El cansancio se podía apreciar claramente en su cara a pesar de su capacidad para silenciarlo

—No bromeo, Marie. Yo... ¿por dónde iba? —

—Hablabas de lo orgulloso que estas de mí y lo realmente fantástica que soy— expresó bromista.

—Ah sí, eso. Bueno, es lógico lo que dices, la sustancia responsable del efecto regenerativo se posó en las relativas heridas durante los ataques, sin embargo... Junior—

—¿Cómo?! —

—Junior, no has hablado con él desde que despertaste—

—No. ¿Pero eso a que viene? —

—Ha cambiado completamente, su personalidad, ahora es... diferente—

—San, creo que no te entiendo—

—Algo pasó tras el ataque, tras su increíble recuperación. De repente cambió, parecía... parece una persona diferente. Y no solo un poco, ha cambiado completamente, Marie. Y sí, se que suena imposible—

—Pues sí, otra cosa imposible más, ya me voy acostumbrando. Sigue por favor—

—El cambió, y yo... he cambiado también. Bueno, no como él, en realidad sigo siendo el mismo, pero siento algo diferente en mi interior, algo diferente aunque... conocido a la vez—

—Como si... ¿volvieras a ser el de antes? La historia que me has contado...—

—Sí, y no, es difícil de explicar. Como te dije es solo esa emoción, o quizás algo más, no... no importa. Lo que quería decir es que tanto yo como Junior fuimos heridos directamente por esos seres, solo nosotros, y solo nosotros hemos experimentado cambios... extremos, por decirlo de alguna manera.

—¿Extremo? ¿Tan mal te sientes, San? —

—Bueno, en mi caso no tan extremo, pero si cambios bastante significativos—

—Vale pero... tampoco sabes si a mí, o a cualquier otro le ha pasado lo mismo. Es decir, tú has conseguido ocultarlo increíblemente bien, yo podía

estar haciendo lo mismo—

—¿Te sientes así?! — dijo algo alterado.

—No. Perdona, San, era una tontería—

—No importa— cerró los ojos y respiró profundamente —Por lo tanto, tenemos dos variables. La primera, los extraños y significativos cambios que tanto yo como Junior, hemos experimentado justo tras los ataques de los seres de costra. Y la segunda, la inexplicable regeneración que, según creo yo, ha experimentado cualquiera de nosotros que haya sufrido una herida mientras estábamos en el bosque—

—¿Incluidos Costa y... Linda? —

—Bueno, para ser sincero... eso no lo sé—

—Costa tenía una herida en el pecho. Antes no la tenía, así que imagino que se la hizo en el bosque. Deberíamos descubrir si ha cicatrizado— dijo rápidamente y algo emocionada.

—Correcto, Marie, impresionantemente correcto—

—Gracias. Entonces, has dicho que... los seres de costra, os transmitieron algo extraño tanto a ti como a Junior, y por otro lado que, en el bosque, había algo que nos afectó a todos, algo que de alguna manera acelera la regeneración, ¿verdad? —

—Bueno... sí— dijo poco convencido —, es solo una teoría, bastante inconclusa como se puede comprobar—

—Sí, un poco chapucera— expresó con una sonrisa —Pero tiene lógica, me gusta. Por otro lado, esto... ¿ambas variables son enfermedades? ¿O virus, como tu dijiste? —

—Respecto a eso, debo decir que... no tengo ni idea— ambos rieron tras el comentario —Es lo único que se me ocurre. Sin embargo, llegados a este punto ya me creo que sea cualquier cosa— soltó un bufido al terminar de hablar.

—Ya esta, San, has hecho suficiente, ahora relájate—

—Sí, yo... lo necesito— se acomodó en la silla.

—Y...— dijo como intentando retomar la anterior conversación.

—Qué—

—Nada, perdona. Descansa—

—Sí—

—Deberías ir a una habitación, a dormir—

—Sí... ahora— demasiado tarde, su cuerpo se había pegado como un chicle a la silla, sus parpados se cerraban poco y poco y las ideas e imágenes de su mente se iban desvaneciendo rápidamente. De repente todo le daba igual, aquellas intrincadas suposiciones que le traían de cabeza habían dejado de tener importancia; en realidad, ahora se daba cuenta de lo poco que le importaba todo aquello ¿Para qué? ¿Por qué tanta preocupación?

—¡San! — una nueva voz apareció.

—¡Qué! Sí. ¡¿Qué pasa?! ¡¿Qué hora es?! — preguntó molesto y con los ojos semicerrados.

—¿Ya te has dormido, San? — expresó Marie mientras reía.

—Yo... no, que diga... sí— apenas habían pasado un par de minutos desde que sus parpados cayeron, sin embargo, a él le parecía que habían pasado horas.

—Es Ren, está en la puerta—

—San, Costa ha vuelto. Ha cazado algo grande, dice que vayamos— informó intentando no mirar a Marie.

—¡Vaya, que bien!— expresó emocionada.

—¡¿Que qué?! — San todavía intentaba regresar al mundo de los vivos.

—Que tenemos comida— aclaró ella —Que bien, ¿verdad? —

—No— dijo intentando volverse a dormir.

—Venga San, no seas tonto, levanta—

—Nos vemos abajo— Ren desapareció de la habitación.

—Vamos San— dijo ella mientras le agarraba del brazo para intentar

levantarlo.

—Marie ¿qué haces?, te has levantado, deberías estar en la cama— dijo con dificultad.

—¿Pero qué dices? Estoy mucho mejor que tú. Vamos levanta, ahora eres tú el que va directo a la cama— San accedió. Poco después cayó como un tronco sobre el viejo colchón.

—Marie, ¿qué pasó con Costa? En el bosque, cuando os quedasteis los tres solos— preguntó algo atontado.

—¿Cómo? ¿A qué viene eso ahora? —

—¿Hizo algo sospechoso? —

—Ehh no. Él... me trató muy bien, ya sabes, se quedó conmigo, no sé por qué, pero lo hizo— *me salvó la vida* —¿Por qué lo preguntas? —

—Yo... está bien— sus ojos se cerraron.

—Adiós San, que descanses—

Capítulo 13

Bajó las escaleras con lentitud; a pesar de encontrarse mucho mejor todavía sentía débil su cuerpo. Se paró en el último escalón. Observaba el enorme pasillo, las estilizadas formas y adornos que lo componían, preguntándose quién podía haber vivido allí, las historias acontecidas bajo ese viejo techo, ¿qué tipo de personas serían? ¿Estarían muertos? Probablemente. Otra historia perdida, una más para ella, todo lo que tenían para los que la perdieron. Al fin y al cabo, todas las historias acaban perdiéndose tarde o temprano, o no. Reflexionaba sobre ello.

Continuó avanzando por el pasillo, examinando las sucesivas habitaciones que iban apareciendo a cada uno de sus lados. Una cocina mugrienta a la derecha, un cuarto de aseo a la izquierda, más adelante una sala de estar llena de libros, un salón... Nunca había estado en ese lugar, en principio era solo otra estructura abandonada, otra vivienda más construida por los antiguos. Aun así sabía que era su nuevo hogar; o al menos que en eso se convertiría.

Marie recordaba el antiguo refugio, su habitación, la pequeña consulta médica que había heredado y había arreglado a su gusto, sus cosas y sus queridos libros. Pero sobre todo la gente, aquel ambiente familiar, la rutina, la seguridad, todo lo que acababa de perder, lo que ya no volvería. Notaba como si algo en su interior, algo importante se hubiera roto o desaparecido sin apenas darse cuenta.

Todo aquello que había perdido la apenaba. Pero sobre todo era la incertidumbre lo que la perturbaba. *¿Estaremos seguros aquí? ¿Cómo serán las cosas ahora? ¿Volverán a ser como antes?* No lo sabía, no sabía nada. Había pasado casi toda su vida en el antiguo refugio, a salvo, segura, con la certeza que todo seguiría como hasta entonces. Sin embargo ahora todo era distinto, todo era incertidumbre; la sensación de no saber qué sería de ella, que podía pasar mañana o que debía hacer la corroía por dentro, la sobrepasaba.

Finalmente llegó al otro extremo del pasillo. Abrió lentamente la puerta de la entrada, e instantáneamente el olor a leña quemada la inundó completamente. Ese familiar aroma siempre solía transmitirle una cálida sensación de seguridad.

Ahora observaba fascinada el jardín de la entrada; la fuente, las estatuas, pero sobre todo las extrañas y coloridas plantas que abarrotaban el lugar. La mayoría de ellas no las había visto en la vida, ni siquiera había

imaginado que existieran.

Aquello le encantaba, siempre le había gustado estudiar la fauna, los distintos tipos y sus características, y por supuesto admirar su belleza. Puesto que la fauna típica local no era muy variada ni colorida, era de esperar que todo aquello le maravillase. De repente toda la nostalgia por lo perdido y la inquietud por el mañana parecían desaparecer; al menos durante ese momento.

Un leve murmullo atravesaba tenuemente su embelesada conciencia, llevaba allí un rato, resonando en algún lugar ajeno al foco de su atención. Por un momento apartó la vista, e instintivamente miró a su izquierda, hacia el lugar del cual provenían aquellos sonidos. Ahora se daba cuenta que eran palabras, una conversación entre dos voces conocidas.

Costa estaba de rodillas, con su cuchillo, cercenando con fuerza un enorme trozo de carne ensangrentada. Ren lo miraba con atención, y también escuchaba con atención. Poco después el cuchillo pasó a sus manos; ahora era él quien intentaba con esfuerzo desgarrar un fragmento de aquella masa sangrienta. Al contrario que su maestro no parecía ser muy hábil como carnicero, sus movimientos eran torpes e imprecisos. Costa le dio un par de nuevos consejos. Practicó y mejoró ligeramente. Se esforzaba afanosamente en lograr su cometido; tal vez con demasiado ímpetu, demasiada ansiedad.

Marie seguía caminando, acercándose sin prisa hacia la desagradable escena.

—La bella durmiente por fin ha despertado—

—Sí— dijo ella sin demasiado entusiasmo.

Aún no sabía cómo interpretar a Costa. Después de todo lo que había pasado, de sus repentinos y sorprendentes cambios de comportamiento, no tenía claro cómo tratarlo.

—¿Cómo te encuentras? — preguntó él.

—Bien. ¿Es... era un perro? —

—Sí. El idiota quería atacar a Costa, él solo— dijo Ren mientras reía—Fue lo último que hizo—

—Es una carne repugnante, pero servirá. Tuve suerte al encontrarlo, más aun de que quisiera matarme—

—Le diste su merecido a ese comemierda. Al fin podremos comer algo, eres el mejor— inmediatamente volvió a su cometido con renovado

entusiasmo.

Vaya, que diferente actúa Ren cuando esta con Costa. Al menos parece menos nervioso. Es un buen chico, un poco inseguro. Imagino que Costa es... un referente para él, se esfuerza para que le acepte, para hacerlo bien. Eso es... razonable. Interesante.

Marie se sentó grácilmente en el suelo, observando la escena con expresión ensimismada.

Maestro y aprendiz continuaron descuartizando... preparando la cena. Mientras tanto Marie los acechaba con atención. Observaba a Costa, su nueva faceta de profesor era como mínimo inesperada, le sorprendía comprobar como explicaba con soltura, con paciencia incluso. Tal vez lo había malinterpretado ¿Dónde había quedado esa faceta suya de capullo? Costa le desconcertaba, ahora lo contemplaba intrigada, recopilando información de manera analítica. O al menos eso intentaba, ya que le era imposible evitar sentir una creciente y desconcertante atracción hacia él.

Por otro lado estaba Ren, cuyo comportamiento también le resultaba interesante; aunque no de la misma manera. Había notado como de vez en cuando la miraba rápidamente con gesto nervioso, sobre todo cuando hacia algo mal o no entendía bien las instrucciones. Sin saber por qué, notaba un extraño afecto hacia él, como si lo conociera de hace tiempo. Tal vez porque le recordaba a ella misma en algunas cosas, o simplemente a una persona conocida; no lo tenía muy claro.

Finalmente Costa dispuso la carne para hacerla en la hoguera. Era un proceso largo y complicado, pero más que nada necesario, pues la caza era la principal fuente de alimento para el grupo.

Tal vez debiera aprender yo también, después de todo... las cosas van a cambiar, ya lo han hecho, pensó ella.

El olor a carne a la brasa ya inundaba el ambiente. Costa felicitó a Ren por haber hecho un buen trabajo, él se sintió reconfortado y orgulloso, no sin antes señalar que podía haberlo hecho mejor, que aún le quedaba mucho que aprender para ser como él. Costa no lo negó. Acto seguido se sentaron alrededor de la hoguera. Los tres la rodeaban, tal vez para que la anhelada cena no se escapara.

—No soy muy experta en estos temas pero... dudo que sea buena idea hacer esto aquí fuera, es decir, el olor atraerá a los animales—

Inmediatamente Ren miró a Costa intranquilo, esperando una respuesta a

la tan acertada objeción según su criterio.

—Puedes estar tranquila, no hay ninguno en varios kilómetros a la redonda—

—¿Ninguno? —

—Los perros suelen ir en manadas. Encontré a este completamente solo, muerto de hambre. Un golpe de suerte—

—¿Qué... qué quieres decir con eso? —

—Los perros son una plaga, hay manadas de ellos por todas partes. Aquí no, ni ellos, ni nada— respondió Costa en un tono poco optimista.

—Vaya, eso es... ¿bueno? — a Marie le desconcertó su forma de decirlo, a su parecer era una buena noticia, un peligro menos del que preocuparse.

—No. Significa que no hay comida, que no hay animales para cazar. Han desaparecido—

Marie se sintió un poco estúpida, ahora lo veía tan obvio.

—Vaya, ¿des... aparecido? —

—Eso es—

—Y no hay... ¿ninguno? — siguió preguntando a pesar de la sensación de estupidez.

—Pocos, es solo cuestión de buscar bien. Tranquila, saldremos adelante— de repente su forma de hablar recobró el optimismo.

—Sí, tranquila Marie, si hay algo ahí afuera lo cazaremos, sea lo que sea— añadió Ren intentando sonar heroico.

Inmediatamente después Costa soltó una carcajada.

—¿Qué?! ¿He dicho algo estúpido? —preguntó preocupado.

—Estas hecho todo un Don Juan— dijo él en tono bromista.

—¿Un Don Juan? ¡¿Qué mierdas es eso?! —replico algo molesto y avergonzado a la vez. Marie no pudo evitar reír.

—Es algo bueno, Ren, no tienes porque ponerte nervioso— expresó ella.

—No estoy nervioso—

—Significa que eres un ligón, chaval—

—¿Un ligón? ¿Yo? — preguntó desconcertado.

Marie y Costa rieron juntos ante la situación.

—Os estáis burlando de mi, ¿no? —

—Perdona, Ren, no era con mala intención— excusó ella sin poder dejar de sonreír.

—No le veo la gracia, la verdad—

En ese momento Marie se sentía muy cómoda junto a ellos. Hasta hace muy poco, Costa y Ren habían sido dos personas a evitar. En un grupo grande eso era posible, sin embargo, tal como estaban las cosas aquello iba a ser difícil.

Eso habría pensado ella en el pasado, sin embargo, llegado el momento era todo lo contrario. *Las cosas no siempre son lo que parecen, ¿eh San?*, recordó.

Ahora observaba a Costa pensativa, recordando los momentos, las distintas acciones que le había visto desempeñar, intentando desentrañar el misterio que suponía para ella.

Él la miró fijamente, haciéndole sentir un ligero escalofrío en el estómago. Inmediatamente bajó la mirada avergonzada, intentando disimular y, acto seguido, intentando cambiar el hilo de sus pensamientos; ya empezaba a cansarse de tenerlo tanto tiempo en la cabeza. Al cabo de un rato consiguió olvidarlo.

—Han ido hacia el bosque— expresó Costa de repente.

—¿Perdona? — dijo Marie a la vez que salía de su ensimismamiento.

—Reflexionabas sobre los animales, sobre la razón de que hayan desaparecido—

—Si, ehh... eso era. ¡¿Cómo lo has...?!—

—Toda la zona circundante al bosque está desierta. No había nada antes

de entrar en él, ni nada después de salir, ni siquiera aquí lo hay—

—Sí... así es— dijo pensativa —¿Pero cómo... por qué estas tan seguro de que están todos en el bosque? — preguntó intentando conseguir una explicación más exhaustiva.

—¿Están? Solo dije que han ido hacia él. El bosque los atrae—

—Puede ser. Es lógico, los animales vegetarianos se acercarían atraídos por la inmensa cantidad de plantas, y los carnívoros seguirían a estos—

—Sí, eso también—

—¿Eso también? ¿Qué quieres decir? ¿Hay algo más? —

—Nada, tus argumentos eran correctos—

Marie se quedó extrañada, las palabras de Costa eran sencillas, sin embargo, a un nivel más profundo le parecían difíciles de leer.

—Aun así... es demasiado, ¿verdad? Es decir, todos... o casi todos los animales de alrededor han desaparecido. Es razonable pensar que habría una mayor concentración en el bosque, pero... ¿hasta el punto de vaciar los alrededores? — reflexionó ella.

—Todavía quedan puñeteros, y algunas hormigas peludas—

—Puñeteros, menudo nombre. Seguro que fue San quien se lo puso— se entrometió Ren. Se hizo un silencio tras el comentario; al parecer no había gustado demasiado —Esto... quiero decir, San es un gran tipo, pero tiene algunas cosas que... yo... lo siento—

—Hormigas, ¿eh? Eso es una buena noticia, podríamos... cazarlas— terminó insegura. A pesar de saber que era necesario, la parte de la caza nunca le había gustado demasiado; normalmente intentaba obviarlo.

—Hay pocas en esta zona, además los puñeteros las protegen—

—Vaya... ¿te habías dado cuenta de eso? — dijo sorprendida.

—Pues claro— respondió tajante.

—¿Y... desde cuándo? —

Costa no respondió, empezaba a estar harto de tanta pregunta. En vez de eso se levantó a echar un vistazo a la carne.

—Perdona, soy una pesada—

—Un poco, pero no te preocupes, no es ningún crimen— dijo en tono amable tras comprobar el estado de cocción. Marie sonrió ante el comentario, imaginaba que lo había dicho en referencia a una frase típica de los antiguos; la cual suponía que ella también conocería. Eso le pareció interesante, aunque no estaba segura de que esa fuera realmente la intención de él.

—Desde hace poco— respondió Ren, aparentemente a ninguna pregunta.

—¿Perdona? —

—Lo de que los... puñeteros— dijo a regañadientes — protegen a las hormigas, lo descubrimos hace poco—

—Ahh sí, gracias. Aunque... me refería a que desde cuando pasa eso, desde cuando las protegen— dijo ella.

—¿Cómo? Desde siempre... ¿no? — miró a Costa —Al menos que yo sepa—

—Vaya... que curioso—

—¿Curioso? ¿El qué? — pregunto Ren.

—Pues que nadie se hubiera dado cuenta antes. Es decir, hemos estado cazándolas durante meses, desde que aparecieron por todos lados. Sin embargo, nadie dijo nada de que los puñeteros las protegieran. Es... extraño, ¿verdad? —

—Sí... sí que lo es. Tienes razón, tal vez... antes no las protegían—

—Sí, ¿verdad? Es algo que he estado pensando y...—

—Lo han hecho desde siempre— la interrumpió Costa — La razón por la que no nos dimos cuenta es porque no se encontraban en el mismo lugar— expuso con firmeza.

—¿Puedes... explicar eso por favor?— preguntó Marie tímidamente.

—Las hormigas, antes estaban por todos lados. Sin embargo, en las últimas semanas casi habían desaparecido. Eso hizo que tuviéramos que buscarlas en sus nidos, donde también se encuentran las manadas de puñeteros. Así de simple—

Marie se quedó reflexionando sobre el asunto. Eso significaba que los nidos de hormigas y las manadas de puñeteros se encontraban en el

mismo lugar. Estaba impresionada, ahora se preguntaba si había algo que Costa no supiera.

—¿Y... normalmente os fijáis en este tipo de temas? —

—¿El qué? ¿Lo de que protegen a las hormigas? — preguntó Ren.

—Sí, y también... lo del bosque, lo de los animales desaparecidos, parece que habéis reflexionado sobre ello—

—¿Reflexionado? — miró a Costa algo extrañado —No sé, simplemente son cosas que ocurren, habría que ser idiota para no darse cuenta—

—Se refiere a si tenemos algún tipo de interés científico sobre ello— aclaró Costa.

Vaya, no se le escapa una, pensó ella.

—¿Interés científico? — esa palabra no eran muy familiar para Ren.

—Sí, eso es— afirmó Marie.

—No, es solo interés por sobrevivir— evidenció Costa.

—Ah vale, entiendo— expresó Ren algo inquieto —Sí, es importante conocer el ambiente para sobrevivir en él, anticiparse a las situaciones— acto seguido miró a Costa, él asintió a modo de aprobación.

—Vaya, es... una buena lección— dijo ella intuyendo lo que había pasado.

Tras el comentario Costa volvió a comprobar el estado de la cena.

—Sí, lo es— respondió finalmente.

—Pues no esta tan mal— expresó Marie tras el primer bocado de muslo de perro.

—No, la verdad que no está nada mal— reiteró Ren con la boca llena.

—Supongo que tener más hambre que el perro de un ciego hace que todo sepa bien— dijo ella dirigiéndose a Costa; esperaba seguir con el ambiguo juego sobre frases de los antiguos que según ella habían empezado. Él ni

siquiera la miró.

—¿El perro de un ciego? ¿Qué quieres decir Marie? — preguntó Ren extrañado.

—Era solo una frase que... nada— dijo arrepintiéndose de haberla dicho.

—No lo entiendo ¿Acaso lo ciegos no dan de comer a sus perros? —

—Pues... no lo sé la verdad— dijo medio riendo —Imagino que sí lo hacen, no creo que el hecho de estar ciegos les impida hacerlo—

—Eso pensaba— dijo mientras mordisqueaba su trozo de carne.

En los momentos consecutivos solo pudo escucharse el sonido del fuego, del viento, y de las feroces dentelladas de tres humanos hambrientas devorando un escuchimizado perro descuartizado y asado a fuego lento.

—Me pregunto cuándo llegaran— dijo Ren rompiendo el silencio. Nadie respondió —Al resto del grupo, me refiero— de nuevo nada.

—No van a venir, idiota— Junior apareció desde su espalda —Si estuvieran vivos ya estarían aquí—

—¿Y tú que sabrás, imbécil?!— replicó Ren tras girarse rápidamente.

—Ni Linda tampoco. Esta muerta, todos muertos—

—Junior... ¿pero qué dices? — preguntó desconcertada.

—Hola, Marie— dijo él sin apenas mirarla mientras se acercaba con la pistola en la mano.

—¿Junior, por qué dices eso? No es cierto—

—Comida, ya era hora joder—agarró un trozo bruscamente.

—¿Junior me escuchas o qué?! — expresó molesta.

—Sí, Marie te escucho, relájate un poco, nena— mordió su trozo de carne —¿Perro? ¿Qué puta mierda es esto? — a pesar de sus palabras no lo dijo nada alterado.

—¿Putra mierda?! ¡Da gracias que te dejemos comer gilipollas!— Ren miró a Costa esperando su apoyo. Este ni lo miraba, seguía comiendo tranquilo como si nada estuviera ocurriendo.

—¿Has cocinado tu esta mierda? — dijo refiriéndose a Costa. Él seguía sin inmutarse —¡Te estoy diciendo a ti, capullo! — le lanzó el trozo de carne a la cara, sin embargo solo consiguió darle en el brazo.

—¿Pero qué haces, Junior?! — Marie se levantó nerviosa.

Mientras tanto Ren se alzaba de igual manera, agarró su cuchillo y se encaró hacia él. Inmediatamente Junior lo enfiló con la pistola.

—¿Quieres morir, Ren?— manifestó apuntando a su cabeza.

Tras el comentario su cara cambió completamente, un miedo terrible a morir inundó repentinamente su cuerpo, haciendo que el cuchillo cayera al suelo desde su mano temblorosa.

—¡¡Para!! ¡Parad los dos por favor! — Marie agarró fuertemente a Junior desde el lado, haciéndole bajar el brazo con el que sostenía la pistola —¡Junior por favor, para!— su voz sonaba desesperada.

—Tranquilízate, no es a este pringado al que quiero matar— ahora miraba fijamente a Costa.

—No lo hagas por favor, no mates a nadie, tú no eres así— dijo abrazándolo más fuerte.

—Merece morir, y lo sabes. Lo hago por ti, no volverá a tratarnos como a una mierda—

—Si lo haces por mí entonces no lo mates, no quiero que lo mates, Junior. Nos ha tratado mal, pero matarlo es demasiado. Tú no eres así, no lo hagas —Marie lo trataba como al Junior de siempre, sin embargo sentía que estaba hablando con un loco, uno al que debía convencer de cualquier manera.

—Está bien, no lo mataré. Por ahora— dijo a la vez que cerraba los ojos y se dejaba llevar por el abrazo.

Mientras tanto Costa se había levantado y ahora se acercaba a Ren sutilmente. Este seguía de pie, sin moverse, todavía inmovilizado física y mentalmente por el intenso momento.

—Coge tu cuchillo del suelo. Vámonos—

Como un robot Ren obedeció. Sin embargo su mirada seguía perdida, orientada hacia Junior siendo abrazado, pero perdida.

—Sí, fuera de aquí maricas— dijo mientras volvía a apuntarles.

Marie bajo de nuevo su brazo suavemente. Entretanto Ren y Costa seguían alejándose; uno le preguntaba al otro porque no había hecho nada, el otro le mandaba callar.

—Te he echado de menos—

—Si... yo... también—

—Tenía ganas de abrazarte. Y por lo que veo tú también— manifestó victorioso.

En ese momento Marie se apartó de él, ya no podía seguir fingiendo

—¿Por qué me sueltas? —

—Está empezando a anochecer— dijo ella mirando al suelo. Se esforzaba para ocultar su malestar.

—Abrázame, Marie— expresó con tono emotivo.

—Ahora no, Junior... por favor— seguía mirando hacia abajo, tenía ganas de llorar.

—¡Abrázame joder! —

—Junior, para ¿Qué te pasa jolín? — dijo con voz llorosa.

Él miró hacia arriba, se rascó la frente con la pistola y volvió a fijar la vista en ella.

—Nada, solo que... te he echado de menos. Mira ¿Te gusta? — preguntó orgulloso moviendo el arma por delante de ella.

—Por favor, ¿podrías... guardar esa pistola? No me gusta—

De repente Junior miró a su alrededor con gesto inquieto.

—Debemos estar atentos, esa cosa de piel oscura nos vigila—

—¿Cómo?—

—Y ese Costa... no es bueno. Le pateó la cara hasta destrozársela. Hay que matarlo—

—¿Qué...? No—

—Lo he visto Marie, y tú estabas allí—

—¿Yo? No te entiendo— *solo dices locuras.*

—Está cerca, lo puedo sentir. Me ha dicho que nos vigila ¿Pero por qué? —

—No... no lo sé— respondió perpleja —Deberíamos ir a dentro, con los demás— *o no, después de todo quiere matarlos.*

—Marie, tú eres especial para mí— dijo mirándola fijamente —No te preocupes, yo te protegeré—

—Gra... gracias. Voy a dentro, ¿vale? — le expresó suavemente mientras intentaba escapar de manera sutil.

—Espera, voy contigo— la alcanzó rápidamente y la cogió de la mano. Ella sonrió fingidamente sin negársela. Ahora reflexionaba sobre que estaba pasando, sobre qué debería hacer —Te he echado de menos— otra falsa sonrisa.

Junior atravesó la puerta sin soltarla de la mano. Al fondo del pasillo, junto a las escaleras se encontraba Ren. Al verlos levantó la mano derecha a modo de saludo; uno bastante extraño.

—¿Qué estás haciendo idio...?— Junior fue interrumpido.

Algo agarró su muñeca derecha como un rayo, emitió un fuerte crujido y la pistola cayó al suelo. Un segundo después estaba tumbado boca abajo, gritando con la cabeza aplastada contra el suelo.

—Ya no eres tan chulo sin tu pistolita, ¿eh enano? — dijo Costa mientras clavaba con fuerza la rodilla en su sien.

—¡No lo mates, por favor!— expresó Marie alarmada mientras Junior gritaba encolerizado.

—Tranquila, no va a hacerle daño— Ren se acercaba corriendo.

—¡¿Ah no?! — dijo en tono irónico.

—No más del necesario— aclaró mientras frenaba.

—¡Vamos Ren, átaló de una vez joder! —

Junior intentó resistirse pero Costa era mucho más fuerte que él.

—Ahora las piernas—

—¡Soltadme hijos de puta! — vociferó mientras pataleaba. Sin embargo Costa seguía siendo demasiado fuerte, incluso para sus piernas.

Continuó gritando y maldiciendo hasta que Ren le metió un trapo sucio en la boca. Junior intentó escupirlo pero él lo sostenía con fuerza. Acto seguido Costa lo pegó a su cara con un trozo de cinta adhesiva.

—Por fin se calla joder—

—Sí. El cabrón gritaba como un cerdo— añadió Ren.

—¿Eso último... era necesario? — preguntó Marie todavía perpleja por la ruda escena.

—No se habría callado en toda la noche—

—Supongo— dijo ella no muy convencida.

—Míralo, parece un pescado fuera del agua— ambos rieron ante el comentario, sobre todo Ren.

—¡¿Ahora qué, comemierda?! ¿Vas a dispararme ahora, maricón? — expresó mientras acercaba su cara a la suya haciendo ademán de golpearle.

—Ren no, para por favor— Marie agarró su brazo sutilmente.

—Este cabrón quería dispararme—

—Ya no es peligroso, no le hagas daño por favor—

Él obedeció con esfuerzo e intentó calmarse.

—¿Y... ahora qué? — preguntó Ren tras un breve silencio.

Costa no respondió, simplemente observaba como Junior se revolvía en el suelo con mirada severa.

—Tal vez... tal vez podríamos desatarlo, sin su pistola ya no es peligroso— manifestó Marie tímidamente.

Costa bufó con sonoridad ante el comentario. Posteriormente se agachó y agarró el brazo de Junior.

—Ven—

—¿Me dices a mí? —

—Sí, Marie, te digo a ti— dijo seriamente —Mira—

—Es... ¿una costra? —

—Premio—

A continuación levantó la camiseta de Junior con brusquedad.

—¡Joder, que pedazo de costra!— exclamó Ren desde atrás.

—Vaya... esto es...—

—Está infectado, como los que había en el bosque, pronto se convertirá en uno de ellos— aclaró Costa con firmeza.

—¿En... uno de ellos? — preguntó asustada.

—Sí. Como comprenderás no podemos soltarle— dijo en tono sarcástico.

—Vaya...—

—Sí, vaya asco— añadió Ren.

—¿Por eso... actuaba así? —

Costa afirmó.

—Y digo, ¿ahora qué? ¿Lo dejamos así?— insistió Ren.

—No veo por qué no— Costa tardó un rato en responder.

—¿Enserio? El caso es que... ¿Cómo lo sabes? Tal vez no se convierta en uno de ellos—

—¡Pero tú has visto esa pedazo de Costra, Marie?! Es... completamente igual que la de aquellos engendros— dijo Ren.

—Sí, lo sé, yo solo digo que tal vez no se convierta del todo, que tal vez... no llegue a tanto—

—Tal vez. Eso no importa, en cualquier caso se va a quedar atado—
concluyó Costa.

Segundos después se marchaba hacia la puerta de la entrada.

—¿Dónde vas? — preguntó ella.

—Afuera—

—Vaya... que esclarecedor— dijo Marie para sí.

—Sí, eso de responder a las preguntas no es lo suyo—

—Eso parece— afirmó pensativa. Acto seguido salió disparada hacia la salida ella también.

—Ehh pues vale, hasta luego— dijo Ren irónicamente mientras Marie atravesaba la puerta.

—¿Cómo sabías que estaba infectado? —

—La costra de su brazo— respondió Costa distraído mientras recogía los restos de la cena.

—Vaya, que... observador, yo ni siquiera me había fijado— dijo por decir algo.

—Sí— tardó un rato responder sin siquiera mirarla.

—Mmm ha sido... impresionante, lo de Junior digo. No sé qué pensar, es... difícil de creer—

—Puede que tengas razón, tal vez no se convierta—

Marie se sintió aliviada de que por fin le mirara, comenzaba a sentirse algo estúpida.

—Sí, ¿verdad? Eso creo yo al menos, después de todo, eso sería realmente extraño, casi imposible. Puede que esté enfermo, que se haya infectado pero... ¿convertirse en una engendro de esos?, dudo que eso sea

posible— expresó intentando racionalizar lo que sentía.

Costa sonrió, inmediatamente volvió a su tarea.

—¿Y... que vamos a hacer? — preguntó insegura.

—Lo dejaremos ahí— tardó en responder —, y veremos lo que pasa—

—¿Atado? —

—No le va a pasar nada—

—Sí, supongo. Es solo que... es Junior, ¿sabes? Me cuesta un poco de creer—

—No se va a quedar así para siempre, solo hasta que estemos seguros. Es por su bien, por el bien del grupo—

—Pues... sí, tienes razón. Lo siento—

—No importa, es lógico que estés preocupada—

—Yo... sí, sí que lo estoy, gracias por entenderlo— se quedó pensando, sorprendida por la actitud de Costa —¿Te ayudo? —

—Ya casi he terminado—

—Mmm vale. Oye, ¿puedo... hacerte una pregunta? —

—Dispara— el comentario la hizo sonreír.

—¿Que es... lo que pasó con Linda? — dijo tímidamente.

Costa se giró hacia ella para mirarla fijamente.

—No lo sé. Creo que... la cagué—

—¿Qué? No— expresó Marie perpleja ante el comentario —Ella te dijo que te fueras de allí, ¿no? —

—Sí. Era peligroso dejarte allí sola e inconsciente para ayudarla, los engendros... salían de todas partes, ¿sabes?—

—Entonces hiciste lo correcto, no podías hacer nada más—

—Supongo— dijo Costa cabizbajo.

Vaya, Costa también tiene sus inseguridades. Que mono.

—Yo creo que hiciste lo correcto, después de todo... me sacaste de allí con vida—

—Sí, eso... es verdad— dijo un poco más animado.

Ambos se miraron fijamente y en silencio durante unos segundos.

—Oye... ¿crees que... estará bien? Linda digo — Costa no respondió, simplemente la seguía mirando con expresión pesimista —No, ¿verdad? Junior... tenía razón— dijo en tono lloroso —No va a volver, esta... muerta— rompió a llorar en la última palabra.

—Eso no lo sabemos, Marie, es Linda, si alguien puede sobrevivir a lo que sea es ella. No debemos perder la esperanza— dijo lentamente y en tono suave.

Nada más terminar se abalanzó sobre él y lo abrazó con fuerza, aplastando su cara llena de lágrimas contra su sólido y reconfortante hombro.

—Gracias—

—¿Por qué? —

—Por todo, por salvarme la vida, por quedarte conmigo— expresó entre lágrimas.

—Es lo mínimo que podía hacer por ti, Marie—

Costa la rodeó con los brazos firmemente a la vez que cerraba los ojos. Ella lo apretó con más fuerza aún.

Poco después se empalmó.

—Ohh... vaya— expresó ella mientras se despegaba aunque lentamente.

—Perdona—

—No... no importa—

—No era mi intención. Ya sabes, el cuerpo humano, a veces...—

—Sí, te entiendo— dijo ella mientras sonreía. Acto seguido se mordió el labio sutilmente —Bueno... ehh vaya, ya es casi de noche, deberíamos

volver a dentro... a dormir digo—

—Yo me quedaré aquí un poco más—

—Mmm sí, vale. Pues... yo me voy. Gracias por todo, Costa—

—Buenas noches, Marie— tras el comentario se dio la vuelta y siguió a lo suyo. Ella se quedó mirándole un par de segundos, hasta que finalmente se fue.

Abrió la puerta de la entrada lentamente, más centrada en sus pensamientos que en lo que hacía. De repente, esa completa oscuridad la devolvió al momento presente, aquel estilizado pasillo ahora no era más que una mancha negra ante sus ojos. Miró hacia atrás un momento, todavía quedaba algo de luz allá afuera.

—¿Hola? — unos gemido encolerizados respondieron —¿Junior? — los gemidos no cesaban. *¿Y quién iba a ser si no?*, pensó ella a pesar de no tenerlo claro del todo.

Poco después se decidió a penetrar en la oscuridad. Se paró a los primeros pasos, esperando a que su vista se acostumbrara, esperando ver algo al menos. Mientras tanto los gemidos seguían resonando entre la penumbra.

—¿Hola? —

—Marie—

—Sí, soy yo, aquí—

Segundos más tarde una luz la alumbraba directamente a la cara.

—A los ojos no, Ren—

—Perdona—

Por fin podía ver el suelo y sus piernas llenas de arañazos claramente, también el contorno de las paredes que la rodeaban, aunque fuera de manera exigua. Comenzó a caminar hacia el foco de luz con paso precavido. A los pocos metros la luz empezó a moverse hacia delante; acto seguido podía ver a Junior revolviéndose en medio del pasillo.

—Cuidado con él—

Marie se tranquilizó un poco al verlo, esos gemidos la estaban poniendo nerviosa. A pesar de suponer que provenían de Junior no había logrado quitarse de encima la alarmante sensación de que no fuera así; sobre todo en medio de aquella oscuridad que le impedía saber que había a su alrededor.

Finalmente ambos se juntaron al lado de él.

—Me da un poco de pena—

Junior la miraba con los ojos a punto de salirse de sus orbitas.

—¿Pena? Marie se le ha ido la olla, nos habría matado si le hubiésemos dejado—

—Mmm no se, tal vez... no— Ren prefirió no responder —¿Y se va a quedar ahí? ¿En el suelo? —

—Supongo—

—Tal vez coja frío—

—¿Enserio? — expresó incrédulo —Pareces su niñera— lo de las madres ya no era tan habitual.

—Podríamos ponerlo en el sofá—

—¿Tu y yo? No sé, se mueve demasiado—

—Podríamos intentarlo al menos— insistió ella.

Ren se quedó pensando un buen rato. Los constantes gemidos no le ayudaban a concentrarse.

—Tranquila, cuando venga Costa lo haremos nosotros—

—Está... bien— dijo poco convencida.

Un breve silencio se hizo tras el comentario. Mientras tanto los gemidos de Junior seguían resonando en la oscura habitación.

—Entonces... ¿te vas a dormir? —

—Me da pena dejarlo aquí solo— ahora lo veía como el Junior de siempre.

—No le va a pasar nada—

—Tal vez— suspiró largamente —Oye, ¿de verdad... crees que se va a convertir?, en una de esos seres de costra, digo—

—Eso parece, ¿no? —

—No se... yo creo que no. Es decir, es obvio que algo le pasa, esas costras lo dejan claro pero... ¿de ahí a que se convierta en uno de esos horribles seres? Dudo que eso sea posible — Marie se dio cuenta que había usado el mismo argumento para convencer a Costa, el mismo que se había repetido a sí misma una y otra vez.

—Ehh, esto... sí, suena difícil—

—Sí, ¿verdad? Además es... Junior— manifestó mientras lo miraba con esperanza —Veras yo creo que el proceso remitirá, que su organismo acabará eliminando la enfermedad tal y como haría con otra cualquiera, es... lo más lógico, creo yo—

—Ehh supongo, ¿no?—

—Pues claro— afirmó convencida.

Marie parecía contenta al fin. A continuación se agachó lentamente hasta acercarse a Junior, se quedó un par de segundos mirándolo con cariño y acercó su mano tímidamente hacia su cara. Por un momento él detuvo su desesperado baile y dejó de gemir; ahora la miraba fijamente con lágrimas en los ojos, aparentemente tranquilo y sin moverse. Ella acarició suavemente su cara con la palma de la mano, subiendo por la frente hasta el pelo, donde dejó delicadamente sus dedos.

—Tranquilo Ju...—

De repente Junior comenzó a gemir y a agitarse bruscamente de nuevo. Marie recogió la mano como un rayo a la vez que pegaba un fuerte respingo por el susto y se levantaba.

—Tranquila, no te va a morder—

—No tiene gracia, Ren— dijo entre fuertes respiraciones —Simplemente me cogió desprevenida, no... me lo esperaba— miraba a Junior pensativa y con cara de preocupación.

—Perdona, supongo que... a nadie le gusta que lo aten y lo amordacen— dijo intentando sonar comprensivo. Ella afirmó ensimismada.

—¿Y si... le quitamos la mordaza? — él no respondió —¿me escuchas, Ren?

—

—Costa dijo que no lo hiciera—

—¿Y vas a hacer todo lo que él te diga? —

—Yo...— se quedó pensando con expresión turbada —hazlo tú si quieres— dijo finalmente con tono airado.

—Lo siento no... debí haber dicho eso— expresó arrepentida — Mmm bueno... tal vez no pase nada por dejársela puesta, ¿verdad? — preguntó insegura.

—No, no pasará nada— *si fuera por mí no se la quitaría nunca.*

—Está... bien— expresó reticente —Entonces, me prometes que lo dejaréis en el sofá—

—Que sí— *pesada.*

—Vale—respondió bostezando a la vez que hablaba.

—Pareces cansada—

—Lo estoy, demasiado para todo lo que he dormido. Creo que ayer perdí demasiada sangre—

—Deberías irte a dormir—

—Tal vez— observaba a Junior indecisa, al menos lo poco que se veía de él con la escasa luz de la linterna —Mmm sí, está bien. Oye, ¿me acompañas? —

—¿Cómo? — manifestó algo exaltado.

—A arriba, no tengo linterna ni... nada—

—Ah sí, cla... claro— de repente recordó su timidez.

—Te sigo—

Ren se acercó a las escaleras con paso inseguro. Marie echó un último vistazo a Junior; aunque la ausencia de luz sólo le permitió oír sus gemidos. Eso la hizo rezagarse, por lo que tuvo que acelerar el paso para alcanzar a Ren.

—Aquí... dormiremos yo y Costa— dijo alumbrando a la primera habitación del segundo piso. Esta tenía dos pequeñas camas separadas y no lucía demasiado limpia. En la pared un ancho ventanal enrejado que daba a la parte izquierda del jardín —si te parece bien, claro—

—Me parece—

—Y esta... dudo que te guste mucho, ¿no? —

—No, nada— la habitación era pequeña, con un colchón sucio y llena de trastos viejos desordenados. Una minúscula y solitaria ventana enrejada —todas las de la casa lo estaban— en lo alto le daba un siniestro toque carcelario.

—Entonces ya solo queda la de... ¿San? Es en la que estabas tú, la de esta mañana— dijo un poco inseguro.

—Esa está bien. La cama es grande, además San es... como un padre para mí—

—Sí, es un buen tipo. Esto yo... perdona por lo que dije antes de él—

—No te preocupes. Yo también pienso que es un poco rarito — dijo riendo y medio en broma.

—Sí... y un buen tipo— repitió pensativo.

Momentos después la acompañaba hasta la habitación, donde San roncaba sonoramente.

—Buenas noches, Ren— dijo al cegador rayo de luz mientras se metía en la cama.

—Buenas noches. Que descanses—

—Gracias. Eso haré— respondió sonriendo en la oscuridad.

Inmediatamente sus pensamientos se dirigieron hacia Junior. No se sentía bien habiéndolo dejado allí abajo, solo, a oscuras, y encima en el suelo. Por un momento decidió volver para ver como se encontraba; se incorporó rápidamente y bajo los pies hasta tocar el suelo. Estaba frío. Miró a su alrededor, no veía absolutamente nada. Reflexionó durante unos instantes y se volvió a tumbar, después de todo tampoco iba a conseguir nada volviendo a su lado; o sí. Su cabeza no dejaba de darle vueltas al tema, y no dejó de hacerlo hasta que sin darse cuenta, se durmió.

Capítulo 14

Marie despertó sola en la cama, otra vez en aquel lugar, en aquella habitación; esta vez casi a oscuras. Había tenido un sueño extraño, un sueño inquietante, tal vez una pesadilla; sin embargo sentía ganas de que continuara, de volverse a dormir para poder seguir dentro de él. ¿El sonido de unas cadenas? Sí, eso era, aunque poco más podía recordar. Tenía la sensación de que algo importante se le escapaba, algo que se le había revelado durante el sueño. Nada, no lograba acordarse, tan solo del sonido de esas cadenas.

Palpó la cama hacia su derecha esperando encontrar a San, sin embargo no estaba allí. ¿Se habría despertado en mitad de la noche? Volvió a rastrear para asegurarse de que, en efecto, estaba sola. Por un momento pensó en levantarse de la cama, averiguar dónde estaba y si se encontraba mejor; lo de ayer aún la tenía un poco preocupada. No lo hizo, todavía era de noche y estaba algo cansada. Cerró los ojos e intentó dormirse de nuevo.

Aquel peculiar sonido de cadenas apareció de pronto ¿Ya estaba soñando? Rápidamente abrió los ojos. Al parecer no se había dormido, ¿o tal vez sí, y ni siquiera se había dado cuenta? Sus dudas se disiparon al escuchar el mismo ruido de cadenas otra vez. Esta vez estaba segura, estaba despierta, con los ojos abiertos. Ahora se preguntaba si había sido su imaginación, si ya estaba obsesionada con ese sonido y en este momento se repetía en su mente como un eco.

Miró a su alrededor detenidamente; un ligero borde de luz rodeando la ventana le llamó la atención. ¿Una cortina tal vez? Se levantó decidida aunque no muy enérgica. Acto seguido corrió la gruesa tela que cubría el ventanal de un manotazo. La intensa luz le cegó de golpe, el sol la enfilaba de frente flotando solitario por encima del horizonte, demasiado alto según sus expectativas. De nuevo había dormido demasiado, y de nuevo seguía cansada a pesar de ello, pensaba. De inmediato volvió a cerrar la cortina dejándola entreabierta y se sentó en la cama para descansar un poco. ¿Descansar recién levantada?; al menos así le parecía a ella.

A su lado, en una pequeña mesita de noche adyacente a la cama había una botella de agua, la agarró y echó un largo trago; desde que despertara ayer a mediodía no había dejado de sentir una intensa sed. El sabor del agua no era demasiado agradable, poseía un fuerte regusto a plástico descompuesto; algo que ya había notado antes, aunque no le dio demasiada importancia.

Finalmente se decidió. Se levantó de la cama, salió al pasillo y husmeó por las habitaciones de la segunda planta. La mayoría estaban llenas de

trastos viejos, artilugios y objetos de todo tipo. Marie supuso que alguien había pasado mucho tiempo allí antes que ellos, recogiendo todo lo que encontraba por los alrededores, por las casas y estructuras abandonadas tras el desastre, almacenando todo aquello con paciencia y esfuerzo. Echó un vistazo a los interesantes, y algunos no tan interesantes objetos, la mayoría no los había visto en la vida. Se preguntaba intrigada para que servirían, cuál era el propósito de su creación; tal vez podían ser útiles. Si alguien podía saberlo, ese era San. A continuación decidió que ya era hora de encontrarlo, quería ver como se encontraba.

Continuó por el pasillo intentando frenar sus ganas de seguir husmeando. Pasó por una habitación con dos camas individuales deshechas, al parecer donde Costa y Ren habían dormido. Eso le acarreó nuevas preguntas, la mayoría relacionadas con Junior, aunque también algunas relacionadas con Costa.

Bajó los escalones uno a uno, intentando no forzar demasiado sus piernas que todavía sentía débiles. Poco después levantó la vista y allí pudo verlo, en mitad del pasillo, de espaldas ocupado en una minuciosa tarea.

Marie se acercó sigilosamente, intentando no hacer ruido para cogerlo por sorpresa. El corazón comenzó a latirle con fuerza, esperaba llegar a su destino antes de que su víctima se diera la vuelta y la cogiera infraganti. No sabía muy bien por qué hacía eso, simplemente solía hacerlo, le gustaba y ya está.

Ya lo tenía a escasos metros. Su pecho retumbaba con más fuerza que nunca y una leve sonrisa empezaba dibujarse en su cara; San parecía no haberse dado cuenta de nada. De pronto aquel reticente sonido de cadenas volvió a sonar en su cabeza, esta vez de manera más fuerte y al parecer mucho más cerca. Instintivamente miró hacia su izquierda, hacia la sala de estar. Frenó la marcha en seco, y con ella todos los demás pensamientos. Allí estaba Junior, sentado en el suelo, con la cabeza mirando hacia abajo. Unas gruesas cadenas rodeaban sus muñecas y se enredaban entre los tubos y recovecos de un viejo radiador a su espalda. Acto seguido meneó su brazo espasmódicamente haciendo ademán de soltar sus muñecas, con lo que hizo rechinar las cadenas otra vez. Sin embargo fue un movimiento débil y sin intención, con el cual no consiguió ni conseguiría nada.

—Esta encadenado— expresó San a pesar de que fuera obvio.

De inmediato Marie giró la vista hacia él.

—Lo sé, también... infectado— dijo con dificultad mientras regresaba la vista a la habitación.

Junior levantó la cabeza lentamente para mirarla. Tenía mala cara, algo demacrada y cansada; aunque lo peor era la horrible costra que había aflorado en su rostro. Esta ocupaba todo su pómulo derecho y llegaba hasta la boca; al menos eso parecía, pues la cinta adhesiva que lo amordazaba impedía ver más allá. La del brazo empezaba desde el codo y terminaba en algún lugar que su camiseta de manga corta no permitía divisar, ocupando toda la zona intermedia por completo.

Junior la observó fijamente durante un momento, esbozó una extraña y desesperada emoción en su cara y comenzó a gemir como un loco.

—Deberíamos soltarle, San, está sufriendo— expresó de manera ansiosa.

—La enfermedad se encuentra en un estado muy avanzado. Ya no es él mismo de antes, Marie—

—¿El mismo?, pero...— dijo mientras se acercaba lentamente hacia él —no puede ser, San, eso es... imposible—

—Ha estado toda la noche luchando desesperadamente por liberarse— San señaló en dirección a las muñecas de Junior. Estaban totalmente ensangrentadas debido a la fuerte fricción con las cadenas.

—¿Eso es... costra?— alrededor de sus muñecas, embarullada entre la sangre se evidenciaba una oscura costra que parecía haberse adherido a las cadenas.

—Sí, al parecer la usan para cicatrizar. Imagino que es como la nuestra, pero más avanzada y abundante—

—¿La... usan? ¿Acaso ya es uno de ellos? — preguntó mientras lo miraba desconcertada. San no respondió —Quiero... ver lo que dice. Podríamos quitarle la mordaza—

—Ya lo hice, y solo decía locuras, algunas interesantes...— paró brevemente para reflexionar —El caso es que no era el mismo, y si aún queda algo de él ahí dentro, yo no lo vi—

—¿San pero que estás diciendo? No... no puede ser, él... es Junior— su tono empezaba a tornarse lloroso.

—Me pidió que le dejara volver, que tenía que volver— dijo recalcando la palabra tenía —Algo lo llamaba, lo llamaba constantemente y él... parecía desesperado por regresar—

—¿Pero a donde? — preguntó a pesar de intuir la respuesta.

—Al bosque. Es allí donde debe estar, en eso insistía él—

—Pero San... es Junior, no entiendo— dijo pensativa y algo afligida —Aun así quiero escucharlo, quiero ver lo que dice, después de todo... ¡es Junior!— repitió de nuevo, todavía se negaba a creer lo que estaba pasando.

San no respondió, simplemente hizo un gesto que parecía indicar que siguiera adelante, que le quitara ella misma la mordaza si lo creía necesario. Por su parte Marie esperaba que fuera él quien lo hubiera hecho; eso la desconcertó. Lo observó durante un par de segundos esperando una reacción, sin embargo no hizo absolutamente nada.

Acto seguido se acercó tímidamente a Junior hasta estar a su lado. Este seguía gimiendo sin parar, con más entusiasmo ahora al tenerla tan cerca. Marie lo observaba fijamente, asustada, preguntándose qué pasaría cuando le quitase la mordaza, ¿realmente se había convertido en uno de esos horribles seres? Solo de pensarlo le entraba pánico. Había pasado mucho tiempo junto a él, muchos momentos y experiencias compartidas, en cierto modo se sentía como su hermana mayor, incluso como su madre a veces.

Acercó la mano lentamente hacia la cinta de su boca, paró momentáneamente y miró a San de nuevo esperando que hiciera algo. Al ver que no era así siguió acercándose, esta vez con mayor dilación, imaginando que diría al quitársela; mientras tanto una lágrima brotaba de su ojo izquierdo.

Cuando su mano estaba a pocos centímetros paró de golpe. A continuación apartó la mirada y giró rápidamente hacia San.

—Bueno... tal vez sea mejor dejarlo para luego, ¿verdad? — esbozó una extraña sonrisa —Después de todo... seguro que está bien— dijo para sí misma.

San prefirió no responder. Mientras tanto Marie se alejaba de la situación, acercándose hacia él sin mirarlo a la cara. Al llegar a su lado pasó de largo, dirigiéndose con paso veloz hacia la puerta de la entrada. Al cabo de unos segundos San la siguió hasta el porche.

—Este sitio es precioso, ¿verdad? — expresó mientras limpiaba las lágrimas de su rostro.

—Sí, y más que eso interesante. Resulta difícil creer que tantas variadas y

diferentes especies puedan vivir juntas, en aparente armonía—

—Pues sí...— aún intentaba quitarse a Junior de la cabeza— ¿Pero por qué? ¿Por qué este lugar es distinto?—

—Esto era un enorme jardín, imagino que habría cientos de especies diferentes, plantas y flores exóticas, muchas de ellas no autóctonas—

—Pero aun así... ¿Cómo han logrado convivir en perfecta armonía? Es decir, normalmente hay una especie dominante, o varias, sin embargo aquí...—

—Lo sé, parece algo antinatural. Curiosamente en el pasado esto era mucho más corriente que ahora. Sin embargo...—

—Espera, ¿en el pasado era más frecuente? — preguntó desconcertada.

—Sí, ya lo hemos hablado, Marie, ahora las condiciones son más duras, las especies mutan rápidamente, a veces sin sentido aparente—

—Sí... perdona— dijo pensativa —, algunas de esas especies rompen el ciclo natural evolutivo y dominan la zona, lo recuerdo—

—Correcto—

—El caso es que... eso es lo que debería haber pasado aquí, es lo que... normalmente pasa, ¿verdad? — Marie comenzaba a sentirse confusa respecto al tema.

—Normalmente, no siempre. Aunque también es normal que aparezca otra especie que extermine a la anterior especie dominante, o simplemente que esta muera por falta de alimento o por extrañas circunstancias—

—Sí, lo sé, también lo recuerdo, menudo lio, ¿verdad? — dijo mientras sonreía de forma encantadora.

—Como en el bosque rojo, aquellos árboles dominaron rápidamente la zona, expandiéndose de forma increíble. Sin embargo, ahora los Come-corteza están acabando con él, lo devoran con presteza— explicó sin devolver la sonrisa a Marie.

—Oye, San, ¿estás... bien? —

—Por supuesto. ¿Por qué lo preguntas? —

—No lo sé, porque... no sonríes, ni... no importa— *ni bromeas, estas serio, apagado. Supongo que estás más afectado por lo de Junior de lo que*

aparentas, o... tal vez por lo de Linda.

—Volviendo a lo que decías, sí, es extraño que en este lugar convivan en armonía, aparente al menos, tantas especies diferentes. Supongo que se han dado las circunstancias apropiadas—

—Supongo— dijo en tono triste y ensimismada; aunque no por lo que San acababa de explicar.

—El caso es que se ha creado un hábitat espectacular, un ecosistema casi único con una cantidad innumerable de especies diferentes en un espacio realmente reducido; sobre todo si lo comparamos con el resto de la zona. Pero eso no es lo importante, Marie —de nuevo hablaba emocionado, algo habitual en sus explicaciones —Lo más increíble, lo más espectacular es la considerable cantidad de especies únicas que ocupan este hábitat. La mayoría ni las conocía, incluso han aparecido nuevas variedades desde la última vez que estuve aquí. Es como si las especies tuvieran vía libre para evolucionar, para originarse, ¿pero cómo?, ¿por qué aquí? Sin duda se debe al hecho de que no exista una especie dominante, es la única... explicación, lo cual genera la pregunta de por qué no existe dicha especie en este lugar. La verdad... no lo sé, pero es posible que este insólito equilibrio no dure mucho, o sí, después de todo ha sido así durante años— paró un momento para reflexionar —Pero he aquí la verdadera pregunta, la cuestión realmente importante. El hecho de que este fenómeno haya ocurrido aquí, ¿significa que también ocurriría en las demás zonas si no existiera una especie dominante, si no hubiera una verdadera lucha entre especies? ¿Entiendes lo que quiero decir, Marie?, ¿entiendes lo que eso significa?! — terminó realmente emocionado.

—Sí... mmm vale— apenas había prestado atención al discurso —Tienes razón, San. Y hay alguna... ¿interesante? Alguna planta, digo—preguntó sin mucho interés, solo intentaba escapar de sus obsesivos pensamientos.

—Muchas, pero antes que eso, peligrosas. Sígueme— San se acercó con brío a las plantas del jardín. Marie lo seguía a un paso mucho más lento, pensativa —Fíjate, ¿ves esta planta de flores moradas? Nunca la toques, con solo acariciarla desprende un veneno mortal, sus pequeñas agujas se clavan imperceptiblemente en la piel inyectando la sustancia. No suelen ser muy comunes, pero en este lugar parecen haber proliferado con éxito— continuó con la exposición —Aquí. Estos pequeños frutos parecen comestibles. No lo son. Al igual que...—

—¡San, para ya! Deja de fingir— explotó de repente —Linda... no va a volver, ¿verdad?, y Junior... ¡¿Qué está pasando, San?! Haces como si nada hubiera pasado pero... esto no puede ser, no lo entiendo— comenzó

a llorar mientras hablaba.

—No pasa nada, Marie, tranquilízate. La vida es así, las cosas cambian, la gente muere. Debemos adaptarnos a las circunstancias—

—¿La gente muere? Pero San es... Linda, nuestra Linda jolín. ¡¿Qué te pasa?! Creía que... eras diferente, que tenías sentimientos— expresó cabreada —Además puede que no esté muerta, tal vez aún vuelva, y tal vez... la enfermedad de Junior se revierta, ¿verdad San? —

—Es una posibilidad que no podemos descartar, aun así es improbable—

—Lo dices como si se tratara de una de tus teorías— dijo molesta y en tono lloroso —¿Acaso te da igual? —

—Yo... no, no me da igual— de repente la impasible expresión de San se borró, se quedó mirando al infinito y las lágrimas comenzaron a brotar de sus ojos —Eran importantes para mí..., mucho. Pero no podemos vivir en el pasado, tenemos que seguir adelante, adaptarnos y sobrevivir— a pesar de tener los ojos llenos de lágrimas su voz no evidenciaba ningún tono emocional.

—Pues lo siento, yo no puedo ser como tú, no puedo seguir adelante. ¿Para qué? Lo hemos perdido todo, ¡todo!, de repente, incluso...— *incluso a ti San, no pareces tú, no dejo de pensar que tal vez... también estés infectado, aunque no me atrevo a preguntártelo.*

—¿Incluso qué? ¿Qué piensas, Marie? —

—Incluso... nada—

—No lo hemos perdido todo, yo estoy contigo, yo... lo siento, tal vez tengas razón, debería estar más afectado— reflexionó un momento —Sin embargo, no lo estoy, ¿para qué?, ¿de qué sirve llorar, Marie? — ella no supo cómo responder —Ojalá todo esto no hubiera pasado, ojalá siguiéramos en el refugio, ojalá Linda estuviera con nosotros y Junior no estuviera infectado; pero no es así, y negarlo no va a ayudarnos a seguir adelante—

—Pero San es... demasiado pronto— comenzó a llorar con más fuerza —Yo... no sé qué decir, no..., todo esto... me supera— expresó entre sollozos.

San la observaba con atención, analizando sus reacciones mientras su propio rostro se transformaba. Finalmente se acercó a ella y la abrazó de forma paternal.

—Lo siento, Marie, he sido... un insensible— finalmente su voz denotaba algún tipo de tono emocional —Imagino que... lo estas pasando mal, que no estabas preparada para esto—

—¿Y quién lo está? — preguntó retóricamente entre lagrimas.

—Nadie—

—Gracias, San— expresó mientras apretaba con más fuerza. Él le devolvió el apretón. Segundos después deshacía el abrazo de forma sutil.

—Siguiendo con lo que decía, este tipo de fruto sí es comestible, lo cual...—

—Oye San... para por favor— replicó apesadumbrada —No tengo ganas ahora de eso, sé que es importante pero... ahora no, ¿vale? —

—Está bien, lo entiendo—

—Lo siento— se dio la vuelta y se fue con ojos llorosos.

Marie estuvo caminando durante un rato por el jardín, absorta en sus pensamientos, en sus emociones, intentando tranquilizarse, asimilar todo lo que estaba pasando.

Pasó justo al lado de una de esas plantas venenosas con flores moradas que San le había comentado. Ahora se preguntaba cuales más serían peligrosas, que extrañas amenazas podían esconderse en ese hermoso jardín. Se dio cuenta que no conocía nada acerca de ese nuevo lugar, de las criaturas, insectos o bacterias que podían deambular por allí. Tal vez no habría sido tan mala idea escucharle, después de todo solo pretendía enseñarle, enseñarle a sobrevivir, pensaba.

Las cosas habían cambiado, el antiguo refugio era seguro, allí nunca había tenido que preocuparse demasiado de los peligros, de su supervivencia; como mucho de no cagarla en una operación, de llevarse bien con los demás o de cualquier estupidez carente de importancia desde su actual punto de vista. Puede que San tuviera razón, tal vez ya no había tiempo para sentimentalismos, para perder el tiempo y las energías en cosas inútiles, pensaba.

Al cabo de un rato se acercó a la puerta de la entrada, agarró los barrotes metálicos y se quedó mirando al horizonte, a aquel desconocido e interminable paisaje que la rodeaba. Por un momento se sintió sola, insignificante ante lo que había ahí fuera, ante el mundo. ¿Qué podía hacer ella? ¿Acaso sabía cómo sobrevivir por sí misma? No, solo podía seguir dependiendo de los demás, tal y como había hecho siempre. Eso la hizo sentir mal, como si no valiese la pena, como si nada lo valiese.

Una forma moviéndose entre el horizonte se fundió con sus pensamientos, estaba lejos y apenas llamó su atención. Desapareció y quedó como un recuerdo borroso en su mente.

Poco después, esa misma forma se movía mucho más cerca; lo suficiente para sacarla de su estado de abstracción. Se quedó mirando fijamente, intentando distinguir de qué se trataba. ¿Un animal? Eso parecía desde la distancia, uno de tamaño medio. Continuó fijando la vista con esfuerzo hasta que aquello volvió a desaparecer entre las ondulaciones del terreno; momento que Marie aprovechó para volver a sus pensamientos.

De repente volvió a aparecer a unos trescientos metros. Era un perro, se acercaba corriendo, directa hacia su posición; eso la hizo asustarse por un momento. Observó los robustos barrotes que componían la puerta de metal, después el infranqueable muro que la rodeaba y se tranquilizó. Allí estaba segura.

El animal continuó acercándose, solo. Normalmente iban en manadas, eso era algo que todo el mundo sabía. Sin embargo Costa había cazado uno que vagaba a solas el día anterior; ahora se preguntaba si tendría algo que ver.

Había algo extraño en ese perro, y cuanto más se acercaba más se daba cuenta de ello. Al principio era su color, de un tono rojizo poco habitual, pero también su pelaje, que parecía poseer una textura extraña, tosca, como si estuviera cubierto a borbotones. Súbitamente lo comprendió, era costra, y era otro de esos perros, exactamente igual a los que les atacaron en el bosque. El corazón le dio un vuelco y se giró rápidamente buscando a San, a quien sea que pudiera protegerle. Escudriñó el lugar con la mirada pero no lo encontró. No había nadie, solo ella detrás de los barrotes; los cuales ahora ni siquiera le hacían sentir segura.

El animal siguió avanzando, imparable, más rápido que nunca; al menos eso parecía desde una mirada salpicada por el miedo.

Por un momento paró de golpe, olisqueó el terreno, miró en varias direcciones y prosiguió con la carrera. Marie comenzaba a alejarse lentamente de la puerta, dando pequeños y cautelosos pasos hacia detrás

sin dejar de mirarlo.

Finalmente, a escasos metros de la puerta el animal frenó su carrera y comenzó a caminar con paso tranquilo, menando la cola de manera alegre hasta desaparecer tras el muro que rodeaba el recinto.

Momentáneamente Marie recobró el aliento. Sin embargo sabía que seguía ahí, detrás del enorme muro, esperando, preparándose. Había llegado desde el bosque con carrera apresurada precisamente hasta allí; demasiada casualidad, pensó ella.

Miró hacia atrás nuevamente esperando encontrar a San. No lo encontró.

Ahora observaba la puerta con detenimiento, aguardando mientras en su interior se formaba un extraño coctel de miedo, incertidumbre y curiosidad. La última de ellas acabó aventajando al resto, impulsándola a aproximarse de nuevo a la gran puerta de metal. Se acercó lentamente con pequeños pasos, analizando cada nuevo detalle que conseguía ver a través de los barrotes. Finalmente la forma de una pezuña canina teñida de granate se divisó tras el lateral del muro. Frenó la exploración un momento, pero siguió a los pocos segundos. Se ladeó hasta poder ver una pierna entera, y más tarde hasta la cadera. El animal estaba quieto, de espaldas a ella, al parecer ocupado en otra cosa.

Continuó aproximándose hasta poder ver su deformada cabeza, la cual miraba algo fijamente; por suerte algo distante a ella. Marie se sintió un poco más segura al observar la despreocupada actitud del repugnante perro, e impulsada por la curiosidad siguió avanzando, muy poco a poco, hasta toparse con dos ojos humanos que la acechaban. Al principio apenas pudo asimilarlo, simplemente se quedó paralizada ante la chocante escena, ante la amenazadora presencia que la observaba. Poco después despertó y examinó su cuerpo con expresión inquieta. Estaba a varios metros de ella, muy cerca de la puerta, totalmente inmóvil, vigilándola, rodeado por la repulsiva y ya familiar costra granate que lo caracterizaba.

Instintivamente gritó el nombre de San, para acto seguido taparse la boca con rapidez. Dio un paso hacia atrás, se dio la vuelta un instante y giró de nuevo hacia el ser cubierto de costra. Parecía desconcertada. Tras unos segundos de agobiante confusión el perro se giró hacia ella y comenzó a ladrar con agresividad. La indecisión finalizó de golpe, Marie salió corriendo hacia la casa mientras llamaba a San con gritos desesperados.

En algún momento de su angustiosa carrera los ladridos cesaron de golpe. Miró hacia atrás un momento. Continuaban allí, en el mismo lugar, esas dos espeluznantes siluetas no se habían movido de detrás de las rejas. Giró rápidamente y continuó corriendo, vociferando el nombre de San

mientras escudriñaba entre la abundante maleza.

Finalmente advirtió el color de su camiseta. Lo llamó nuevamente, esta vez de forma menos histérica, sin embargo este no reaccionó. Se encontraba de espaldas, al parecer observando la espesura del jardín, totalmente inmóvil. Marie comenzó a caminar hacia él, acercándose con brío mientras lo llamaba con insistencia. Cuando ya lo tenía a escasos metros se dio la vuelta sorprendido.

—¡San jolín! ¡¿Qué te pasa, no me oías o qué?! — expresó cabreada.

—Yo... ¿no lo has escuchado? — preguntó desconcertado.

—¿Escuchado? ¡¿El qué?! —

—Esa voz, decía mi nombre—

—¡Pues claro tonto, era yo!— evidenció algo molesta —¿San, que te pasa? Te he llamado muchas veces y tú no...—

—¿Están... aquí? — preguntó con la mirada perdida.

—¡¿Cómo?!¿Te refieres a... los seres de costra? Sí, están aquí, en la puerta— dijo sin esperar a la respuesta.

—¿Los seres de costra? ¿En la puerta? ¡¿Por qué no me lo dijiste antes?! — de repente pareció despertar. Tras la última pregunta comenzó a correr.

—¡Pero... !—

—Vamos Marie— dijo mientras la sobrepasaba.

—San, espera ¡¿A dónde vas?! — salió corriendo tras de él.

—A por ellos, están aquí—

—Pero San no... ¡¿Qué haces?! No llevas tu escopeta—

—¿Cuántos son? — preguntó sin detener la marcha.

—Mmm dos, pero...—

—Sí, ya los veo, un humano y un perro—

San frenó de golpe, acababan de llegar al camino principal, el que iba desde la casa a la enorme puerta que sellaba el recinto; y allí seguían

ambos seres, inmóviles, tras las rejas.

—¿Y... qué hacemos? —

—Espera aquí, vuelvo en un momento— salió disparado hacia la casa.

—Espera, voy contigo— dijo ella tras un breve momento de desconcierto.

Marie cruzó la puerta y se adentró en el pasillo intentando seguir a San. Sin embargo él ya no estaba allí. Se paró a descansar un momento, apoyando las manos en las rodillas mientras jadeaba con fuerza. Cerró los ojos un momento y de repente algo apareció como un huracán.

—¡Cuidado! — San la esquivó con habilidad tras emerger desde una puerta cercana —Vamos, Marie—

—Sí... ya voy— dijo entre fuertes respiraciones. *¿Pero porque tiene que correr tanto?!*

Ella lo siguió hasta la calle a un ritmo mucho más lento, quedándose rápidamente rezagada.

—Quieta. Quédate ahí, Marie— dijo San dominante —Entra en la casa—

—¿Qué?! ¿Por qué? —

Echó un vistazo hacia delante y enseguida lo entendió. El humano de costra estaba dentro, en el recinto, a unos veinte metros de la puerta de metal, inmóvil, observando. Al parecer había saltado la verja, cruzado o dios sabe qué.

Marie retrocedió un par de pasos hacia detrás, sin dejar de mirar la escena y sin entrar en la casa. Mientras tanto San se acercaba lentamente hacia la criatura, apuntando con el arma y mirando cuidadosamente a los alrededores; pues no podía descartar la idea de que hubiera más escondidos por allí.

Continuó aproximándose, cuarenta metros, treinta, veinticinco, veinte; y sin embargo el inquietante ser no se había movido ni un solo centímetro. Echó un último vistazo a Marie, le hizo un gesto para que se adentrara en la casa pero esta no obedeció; en vez de eso se acercaba para poder ver la escena más de cerca.

Quince metros, diez, cinco. Finalmente San lo tenía delante, a una persona de distancia. Le apuntaba directamente a la cabeza con el dedo en el gatillo, esperando, preparado pero sin decidirse.

Aquel ser lucía algo diferente a los demás. Unos horribles y enmarañados jirones de pelo largo emergían de su cabeza y se mezclaban entre la costra de su cara. Además en la parte de su pecho sobresalían dos familiares bultos. ¿Una mujer? Después de lo de Junior era lógico pensar que alguna vez habían sido humanos; San ya lo había tenido en cuenta, y el hecho de que este fuera una mujer no hacía más que corroborarlo. Además no había hecho ni un solo movimiento, nada que delatara el menor signo de agresividad. ¿Acaso no eran peligrosos? Tal vez, algo dentro de él le decía que así era.

Se aproximó un poco más hasta tenerlo... tenerla cara a cara. Desde tan cerca su mirada parecía más humana, como si hubiera alguien allí dentro tras toda esa repugnante y antinatural costra. Por un momento San sintió una especie de empatía hacia ella, una especie de compasión ¿Hasta qué punto era humano ese ser?

Finalmente comenzó a bajar el arma sin dejar de mirarla; ambos se miraban. Mientras tanto Marie observaba atónita la escena, se preguntaba por qué no le había volado ya la cabeza, qué demonios hacía allí delante de esa cosa, sin siquiera apuntarle, como un pasmarote. ¿Acaso no se daba cuenta del peligro?

De repente, el perro que todavía seguía detrás de la puerta comenzó a ladrar de manera enfurecida, a la vez que la mujer de costra reaccionaba con un espasmódico movimiento. Un instante después San levantaba su escopeta de forma refleja y destrozaba aquella cara cubierta de costra y pelo. Los pequeños trocitos salieron desperdigados por el aire mientras aquel ser caía de espaldas al suelo.

San se acercaba lentamente, observando su cuerpo inerte, pensativo. Mientras tanto el metal de la puerta retumbaba una y otra vez entre enfurecidos ladridos. El perro no cesaba en su empeño, abalanzaba su cuerpo violentamente contra las rejas. La costra de su cuerpo se resquebrajaba contra la dura estructura.

Sin embargo San apenas llegaba a oírlo, simplemente seguía allí plantado, ensimismado. Se aproximó más aun al cadáver, observando la costra derramada por el suelo, su cuerpo de forma humana y su cara medio destrozada.

Cuando estaba a escasos centímetros se arrodilló a su lado, con la mirada fija en su cuerpo pero a la vez perdida. Se quedó allí durante un rato, observándola como si alguna vez la hubiera conocido.

De repente unos pasos acelerados aparecieron desde su flanco. Instintivamente apuntó a aquello que se acercaba.

—¡San, soy yo! — manifestó asustada.

—Ma... rie— dijo con dificultad y sin bajar el arma —¿Por qué? —

—¡¿Pero San, que haces?! — se apartó de la línea de tiro.

—La he matado— expresó apesadumbrado.

—Pues claro—

—No debí haberlo hecho—

—¡¿Qué?! Pero San... claro que sí— dijo acercándose con precaución.

Mientras tanto los violentos ladridos y embistes del perro seguían como canción de fondo.

—No había hecho nada. No... no sé que me pasó—

—¡Pero San, esos engendros nos atacaron en el bosque, querían matarnos! Y ahora están aquí ¡¿Por qué están aquí?! — preguntó sin esperar una respuesta —Vienen a por nosotros, tenemos que matarlos, tenemos que... matarlos— expresó rápidamente y sin vocalizar demasiado.

—¿A matarnos? — se preguntó ensimismado —No lo creo aunque... es posible. Sin embargo no había hecho nada—

—San, quería matarnos, como en el bosque, ¿para qué iban a venir si no?
—

—Yo... no lo sé, ella decía que no—

—¿Ella? — preguntó totalmente desconcertada.

—Además su mirada... tenía conciencia, tenía miedo—

—¿Miedo?— lo miró extrañada —¡¿Y qué más da?! Quería matarnos y ya está—

—Tal vez... o tal vez no, yo creo que no—

—San, estás muy raro, ¿Qué... te pasa? — preguntó con cierta dificultad, como si no quisiera hacer esa pregunta.

—Matar por matar— expresó ensimismado.

—¿Qué? No, matar por sobrevivir, bueno... eso es lo que hacemos, lo que vosotros hacéis, ¿verdad? —

—¿Qué yo estoy raro? Eres tú la que esta extraña, Marie. Era una vida inocente, no hizo nada y la he matado. No lo entiendo, eres tú la que nunca quiere matar a ningún ser vivo, la que no quiere ni verlo, ni siquiera un pequeño animal para poder comer, ¿y ahora te da igual? —

—Pero San, que... — por un momento se quedó desconcertada — ¡Era un engendro asesino! —

—¿Asesino? No había matado a nadie, ninguno de ellos, si te das cuenta nunca nos atacaron de manera mortal. Además en el bosque, no sé porqué pero él... no me remató, podía haberlo hecho y no lo hizo ¿Por qué? —preguntó al aire — No son asesinos— concluyó.

—¿Qué no son asesinos?! San, fueron ellos los que... Linda, ya sabes, Costa dijo que... fueron ellos, nos atacaron y ella no ha vuelto, ¿acaso no lo recuerdas?—

Al oír sus palabras la expresión de San cambió completamente. Miró fijamente al cadáver, se levantó y comenzó a patear violentamente su cabeza mientras gritaba como un poseso. Marie se quedó estupefacta ante su repentino cambio de actitud.

—Sí, lo recuerdo. Ahora sí— dijo mientras paraba tras patearlo una última vez —Aun así es extraño, ¿por qué? No lo entiendo, algo no cuadra, y pienso averiguarlo—

Ella ni siquiera pudo responder, simplemente miraba horrorizada aquel extraño cadáver con la cabeza completamente machacada. Ni siquiera pudo adivinar que se trataba de una mujer, o que alguna vez lo había sido.

—Me voy—

—¿Qué?! ¿A dónde? —

—Necesito pensar, necesito... aclararme, aclarar mis ideas. Ahora mismo no lo entiendo, no entiendo nada—

—Yo sí que no entiendo nada, San— expresó afligida.

—Cuando pueda te lo explicaré. No te preocupes, Marie, todo saldrá bien. Ahora quédate dentro de la casa y no salgas, allí estarás a salvo—

¿Todo saldrá bien? Lo dudo, nada de esto está bien, pensó ella.

Acto seguido San se agachó al lado del cadáver, lo agarró con ambos brazos y lo levantó de golpe. Aquel intentó de cabeza chorreaba una inmensa cantidad de sangre.

Se giró hacia la puerta de fuera y comenzó a andar. En ese momento el perro dejó de ladrar y abalanzarse; de pronto parecía tranquilo. Mientras tanto Marie observaba la escena atónita, no llegaba a comprender qué estaba pasando delante de sus narices, por qué demonios San actuaba de esa manera tan extraña. Ni siquiera conseguía pensar, simplemente miraba y nada más.

Finalmente se atrevió a preguntar.

—¡San!— dijo medio gritando. Él paró la marcha, sin embargo no se giró hacia ella —¿Dónde está Costa? — *¡y por qué demonios llevas ese engendro encima?!*

—Han salido a cazar. Volverán pronto, supongo— giró sutilmente para mirarla durante un instante —Ten cuidado—

Para cuando San salió por la enorme puerta de metal el perro ya había desaparecido. Marie continuaba allí de pie, viéndolo marchar a través de las rejas, completamente paralizada. Poco a poco la silueta de San con el cadáver a cuestas desaparecía en el horizonte.

Una vez a solas se dio la vuelta, ensimismada, con la violenta imagen de ese engendro medio destrozado repitiéndose una y otra vez en su mente. Se adentró en la casa, se acercó a Junior y se sentó enfrente de él, en el suelo, con las rodillas levantadas y los brazos formando un círculo a su alrededor; mirando hacia abajo, hacia ninguna parte.

Junior emitió un gemido y meneó las cadenas con un espasmódico movimiento. A continuación levantó la cabeza y se quedó mirándola. Prorrumpió otro leve quejido y agachó la cabeza de nuevo.

Marie comenzó a pensar en él, en la extraña infección, en San, en su extraño e incoherente comportamiento. Intentaba cuadrar las piezas de ese perverso rompecabezas, entender lo que no llegaba a entender, aceptar lo que no quería aceptar.

Tras unos segundos comenzó a llorar, primero sutilmente, luego con abundantes lágrimas y sollozos. Junior levantaba la cabeza de vez en

cuando para mirarla, aunque no parecía prestarle mucha atención.

—No lo entiendo, no... no puede ser— comenzó a decir. Él ni siquiera reaccionó— Supongo que te preguntaras porque lloro. Veras yo... me siento sola, aunque estés aquí conmigo, me siento sola, sola y confusa— suspiro largamente y por un momento dejó de llorar— ¿Qué está pasando? ¡¿Qué demonios ha pasado, Junior?! Tú tampoco tienes ni idea, ¿verdad? —

Marie se calló un momento, acto seguido se levantó y se sentó al lado de él.

—San estaba muy raro, le pasa algo, algo malo. Creo que... creo que está infectado, como tú. Bueno, no como tú, él... esta diferente, tranquilo, como siempre, en cierto modo sigue siendo el mismo, aunque a la vez no. Yo no... no sé cómo explicarlo, pero algo le pasa, dice cosas extrañas, todavía más extrañas de lo normal, y le destrozó... la cabeza, de repente— se quedo pensando un momento —Además se llevó el cadáver ¿Por qué? No... ¿tú lo entiendes? Porque yo no, o tal vez sí, ya no sé qué pensar Junior, todo esto me supera— Marie se quedó mirando hacia abajo de nuevo, reflexionando —Me preguntó dónde estará Costa. Y me pregunto... donde estará Linda— se hizo un breve silencio —Oye Junior... ¿crees que estará bien? ¿Qué estará... viva?— él levantó la cabeza, aunque evidentemente no respondió, simplemente se quedó mirándola de reojo— Yo... creo que sí, ¿verdad?, espero que sí. Ella puede con todo— las lágrimas comenzaron a brotar de nuevo en sus ojos —Ella es fuerte, no como yo, no... como yo—

Nada más terminar el comentario su llanto se acrecentó. Intentó abrazar a Junior, se aproximó más a él y acercó su mano a su espalda, pero finalmente no se atrevió.

Poco después se tumbó en el suelo de lado, agarró sus rodillas y se hizo una bola, quedándose así indefinidamente, llorando, compadeciéndose.

Capítulo 15

Costa se detuvo un momento, miró a su alrededor y luego a las dos ratas muertas que llevaba atadas a la cintura. Justo después abrió la enorme puerta de metal.

Ren entró primero en el recinto, aunque Costa no le siguió; ahora observaba los oxidados barrotes con detenimiento.

—¿Qué ocurre?

Costa no respondió. Inmediatamente atravesó la puerta y comenzó a trotar hacia delante.

—Tío, ¿qué pasa? —preguntó mientras lo seguía. Acto seguido Ren vio algo desperdigado por el suelo—. Eso... ¿es costra?

—Y sangre.

—¿Junior?

—No sé cuál de las dos sería peor —Costa salió corriendo hacia la casa.

—Marie —manifestó Ren tras un momento de reflexión.

—¡Vamos!

Costa llegó a la puerta, agarró su enorme cuchillo con una mano y giró la llave con la otra. Hizo un gesto que Ren pareció entender rápidamente y entró sigiloso, atento al más mínimo sonido. Poco después encontró lo que buscaba.

—Junior.

—Entonces, ¿han venido hasta aquí? —preguntó Ren.

Costa le echó una mirada esclarecedora y entró en la habitación.

—Marie, Marie despierta.

—¿Costa? —preguntó medio en sueños.

—¿Qué ha pasado?

—Eres tú, yo... tenía ganas de verte —dijo aún algo atontada.

—Marie, los seres de costra, ¿los has visto?

—¿Cómo? Sí, es verdad, San se lo llevó —su mente comenzaba a despertar.

—¿Cómo que se lo llevó?! —preguntó Ren de repente.

—Le disparó y luego le... su cabeza, estaba destrozada.

—¿El viejo está bien? —preguntó Costa.

—¿El viejo? ¿Te refieres a San? Sí, él está... bien.

—Entonces todo está bien —se levantó y salió a la calle.

—¿A dónde vas?!

—A vigilar, supongo —respondió Ren de su parte.

—Ahh, pues vale —expresó algo decepcionada.

—¿Por qué estaban aquí? —preguntó tras un corto silencio.

—No lo sé, Ren, simplemente aparecieron —respondió algo molesta.

—¿Y cuántos eran?

—Un hombre y un perro.

—¿Los mató a los dos?

—Solo al hombre.

—¿Y está bien? ¿Tú... estas bien?

—Bueno... sí, gracias.

Posteriormente Ren se quedó mirando a Junior, el cual seguía igual, sentado y con la cabeza hacia abajo.

—Esa jodida costra no deja de crecer.

—Tiene otra en... su cara.

—Lo sé —Ren se agachó para poder verla mejor—. Se ha hecho mucho

más grande. Esto no pinta bien.

Marie prefirió no responder. Acto seguido Ren se levantó y salió afuera sin decir nada.

Vaya, parece que está aprendiendo de su maestro, pensó ella.

Costa cerró la puerta del recinto; debido a la situación la había dejado abierta al entrar. Ojeó los alrededores con atención, escuchando, tal como llevaba haciendo desde hace un rato. Nada fuera de lo normal. Entretanto Ren se acercaba hacía él.

—Han venido hasta aquí —expresó preocupado—. Y volverán, ¿no? —se hizo un breve silencio—. Marie me ha dicho que...

—Mejor, nos los cargaremos. Será un buen entrenamiento —interrumpió Costa.

—Sí, tienes razón —dijo sonriendo y aparentemente convencido.

—Vamos, esas ratas no se van a despellejar solas.

Momentos después, Ren descuartizaba y pelaba una enorme rata bajo la supervisión de su maestro.

—¿Puedo ayudar? —Marie apareció de pronto.

—¿Ayudar? —miró a Costa esperando una respuesta—. Ehh no hace falta, tranquila, ya lo hacemos nosotros —dijo intentando quedar bien.

—Mmm vale —expresó decepcionada.

—Puedes acercarte, Marie, si es que quieres intentarlo.

—Sí quiero. Gracias Costa —dijo con entusiasmo.

Ren se quedó desconcertado por la situación. Ahora se preguntaba qué había hecho mal. De inmediato cambió de postura y comenzó a explicarle rápidamente el proceso a Marie.

—Perdona, puedes repetir mmm... —*todo*— no me quedó demasiado claro —dijo ella tras la torpe explicación de Ren.

—Vayamos paso a paso —Costa tomó el mando. Cogió su cuchillo y agarró la rata que aún no había sido procesada—. Primero debes hacer un corte a lo largo de la barriga, por aquí —hizo una leve incisión para marcar el

lugar—. No demasiado profundo, por ahora solo debemos quitarle la piel. Toma, ahora termina el corte que yo he comenzado —le ofreció su cuchillo y acercó el animal hasta ella.

Marie agarró la afilada arma sin demasiado entusiasmo, mirando a Costa y luego a la rata, indecisa.

—¿Por aquí? —preguntó señalando con la punta de la cuchilla el pequeño corte de la barriga.

—Sí, por ahí.

Se quedó inmóvil por un momento, con la navaja preparada, observando al inerte animal. Miró de nuevo a Costa inquieta, y luego a la rata otra vez. ¿De verdad iba a cortar su pequeña barriga? ¿De verdad iba a quitarle la piel a un pobre ser vivo inocente? Aquello no estaba bien, era demasiado macabro, algo inhumano, pensaba ella.

—Vamos Marie, ya está muerta. Es algo que debemos hacer si queremos sobrevivir —le dijo en un tono confiado y tranquilizador.

Ella lo miró y afirmó con decisión de forma refleja. Acto seguido apretó el mango con fuerza, demasiada, y comenzó a cortar con mano temblorosa. Empezó relativamente bien, aunque a los pocos centímetros ya se había torcido. Se dio cuenta de ello y miró a Costa avergonzada, a la vez que clavaba el cuchillo con mucha más fuerza de la que habría querido. Justo después retornó la atención al animal, este había empezado a sangrar de manera profusa. Se asustó un poco y apartó ligeramente el cuchillo. Un trozo de tripa apareció entre la piel, salpicando un poco de sangre con la enérgica salida. Marie soltó un corto pero agudo chillido y dejó caer el cuchillo.

—Perdón, lo siento.

—No pasa nada —dijo Costa con seriedad mientras recogía el arma y continuaba con el trabajo.

—No te preocupes, Marie, al principio cuesta, pero luego te acostumbras —Ren intentaba sonar comprensivo.

Ella siguió observando mientras ellos finalizaban el trabajo, reprochándose el no haberlo conseguido, obligándose a mirar a pesar del horrible sentimiento que le transmitía.

Pasado un rato, un leve y peculiar sonido apareció en la lejanía. Marie continuaba absorta con la escena por lo que apenas le prestó atención.

De nuevo el mismo sonido, esta vez algo mas fuerte; levantó la cabeza y buscó su lugar de procedencia. Con la tercera vez Marie pudo intuir que provenía de la puerta de fuera, al parecer algo estaba golpeando los barrotes de metal; o eso suponía ella, pues desde su posición no podía ver nada.

Para entonces Costa ya se había levantado, dirigiéndose ahora con rapidez hacia el camino central que salía de la casa. Ren lo siguió a los pocos segundos. Marie observaba expectante.

—¡Seguidme, rápido! —dijo justo antes de llegar al camino y salir corriendo hacia la enorme puerta de fuera.

Para cuando Marie pudo llegar a verlo, Costa ya las tenía justo enfrente, tras los robustos barrotes de metal. Desde la distancia pudo distinguir a dos chicas, una de ellas mucho mayor que la otra, con el cuerpo y la ropa moteados de algo color rojo granate. La otra era una niña pequeña, de unos cinco años, pelo rubio y cuerpo delgado.

Costa abrió la puerta, se acercó a ellas y agarró a la mayor de las dos; a continuación la levantó, sosteniéndola boca arriba con ambos brazos mientras un espeso liquido salía goteando de su cuerpo.

Ren llegó inmediatamente después, intercambió unas palabras con Costa y se acercó hacia la niña. Primero intentó coger su pequeña mano, a lo que ella no se mostró demasiado colaboradora. Tras unos segundos de confusión la asió por la cadera y la levantó en brazos, posándola torpemente encima de su hombro como si fuera un saco de patatas.

Entretanto Costa ya se dirigía con paso rápido hacia la entrada de la casa, directo hacia Marie; y cuanto más cerca lo tenía, más se cercioraba de lo que estaba ocurriendo. Esa pobre chica estaba cubierta de sangre, de terribles y abundantes heridas que casi envolvían su cuerpo. ¿Sería otro de esos horribles seres de Costra? No lucía igual que ellos, aunque sí tenía cierto parecido. Tal vez estaba en mitad del proceso, igual que Junior.

—¿Qué está pasando?!

—Es Laia.

—Qué... ¿cómo?! —Marie se acercó para verla más de cerca. Entre tanta sangre seca y heridas le costó reconocerla—. Es... ella, es... ¿está infectada? —preguntó confusa.

—No, solo malherida. ¿Qué hacemos, Marie?

—¿Cómo? Yo, no... no sé —*¿y me lo preguntas a mí?*

—Pues piensa rápido, doctora, está a punto de palmarla.

¿Doctora? Es verdad, yo...

—La... la llevaremos adentro, a... arriba. Allí la trataré —dijo mientras recuperaba una parte de sí misma que creía haber olvidado.

Ambos entraron en la casa rápidamente. Ren les seguía de cerca, y para cuando atravesó la puerta ella ya estaba en mitad del pasillo.

—iMarie! Espera.

—Dime, rápido —dijo mientras se daba la vuelta.

—¿Qué hago con ella?

Ren bajó la niña al suelo tras la pregunta. Esta tenía la cara y los brazos llenos de cicatrices; la mayoría de ellas parecían tener algún tiempo, otras indicaban ser mucho más recientes.

Marie se acercó un poco para verla mejor. La pequeña niña la miraba con ojos inexpresivos, con su rostro consumido y lleno de suciedad, y sobre todo con esas terribles cicatrices que se fundían con sus facciones. Por un momento imaginó qué pudo haberle pasado, qué... o quién le habría hecho semejante carnicería. Era solo una niña inocente, ¿por qué? Marie sintió de repente una pena enorme hacia la pequeña, alguien como ella no merecía haber pasado por eso.

—iMarie! i¿Qué haces?! iCorre! —Costa ya empezaba a subir por las escaleras.

—Cuida de ella, Ren —salió corriendo hacia el piso de arriba.

Subió las escaleras y encontró a Costa esperando con la chica herida, Laia, en brazos.

—¿Dónde la dejo?

—Mmm aquí —dijo tras revisar momentáneamente un par de habitaciones—, en la cama, aunque... está un poco sucia.

—Con heridas por todo el cuerpo seguro se infectará.

—Yo... sí, no sé... lo siento, no sé qué hacer.

—Marie, tranquilízate, tú eres la doctora, ya has hecho esto antes.

—Sí, tienes razón, es solo que... eso fue... era diferente, aquí... yo no... perdona —se sentía completamente insegura, incapaz de hacer frente a cualquier situación.

—Iré a por algo limpio para poner encima.

—Sí, eso es, una sabana o una toalla. Debe de estar desinfectada.

—¿Desinfectada? —preguntó con expresión de incredulidad, casi sonriendo—. Haré lo que pueda.

—También necesitaré agua, alcohol, muchas gasas... —se quedó pensando un momento— ¡Un botiquín!, debe de haber uno en la casa, recuerdo que...

—¡No lo tienes tú?! —la interrumpió.

—No... no, yo no... —respondió nerviosa—. San me dijo que había uno, quería pedírselo pero...

—¿Sabes dónde está?

—No... lo siento —expresó avergonzada.

De inmediato y sin responder, Costa dejó a la chica sentada en la cama.

—Ven. Cógela. Volveré en un momento. Haz lo que puedas mientras tanto.

—Está bien —*¿lo que pueda? Yo... no puedo hacer nada.*

Costa salió como un rayo. Marie lo observó salir ensimismada, desviando la mirada cuando desapareció hacia las paredes de la habitación, hacia los innumerables trastos que casi la abarrotaban. Enseguida fijó su atención en la chica inconsciente que sostenía, Laia. No la conocía demasiado bien, aunque sí había hablado con ella en muchas ocasiones; de la vida en el refugio, de las tareas, de los demás compañeros o simplemente de pequeñas cosas del día a día. Aquellas cosas que componían gran parte de su vida, que le parecían importantes, y que ahora veía tan lejanas e insignificantes como un grano de arena.

Examinó las heridas de su cara. Curiosamente eran todas muy parecidas, extensos cortes superficiales realizados con algún objeto cortante. No obstante era el cuello el que se llevaba la palma, aquellas finas y largas incisiones lo cubrían casi por completo, haciendo de aquello una visión realmente terrible. Algunas de las heridas esbozaban formas peculiares

con cierto sentido, como si alguien hubiera usado su joven cuerpo a modo de lienzo; si ese era el caso, el autor no sería muy buen artista.

Comenzó a pensar en que podía haberle pasado. Ese tipo de heridas no parecían haber sido causadas por un animal, ¿acaso alguien las había provocado premeditadamente?, ¿por qué? Prefirió no pensarlo, recordar que el mundo estaba lleno de ese tipo de gente le hacía sentir una horrible y deprimente sensación. Después de todo, tal vez sí pudo haber sido un animal. San solía hablar de animales inteligentes, no como los humanos, pero sí mucho más que los animales corrientes, mucho más que ninguno de los que los científicos antiguos ilustraba en sus libros. Ella jamás los había visto, sin embargo San parloteaba sobre ellos constantemente, los observaba, los estudiaba; en especial una especie de pequeños primates que según él, se acercaba a la capacidad cognitiva de la especie humana. Tal vez había sido uno de ellos, uno de esos animales inteligentes, quién sabe; hubiera deseado tener a San allí para preguntárselo, para comentarlo con él. Lo echaba enormemente de menos, sus conversaciones, su comprensión, pero sobre todo la acogedora seguridad que le transmitía su presencia. ¿Dónde demonios estaría? No dejaba de preguntárselo.

Costa atravesó la puerta con el botiquín y dos botellas de agua en la mano.

—Aquí lo tengo.

—¡Que rápido! —Marie salió de su estado de abstracción

—He encontrado esto —mostró una especie de tela blanca doblada recubierta herméticamente por una bolsa de plástico transparente.

—Es... una funda esterilizada. Los antiguos las usaban en algunos hospitales —expresó emocionada y sorprendida a la vez—. No me lo creo, ¿cómo...?

—Teníamos de estas en el refugio, ¿no? El viejo lo tenía todo planeado.

—Sí..., tienes razón, no me sorprende tratándose de San —manifestó pensativa con una sonrisa.

Costa desgarró el plástico y extendió la tela sobre la cama. Acto seguido agarró a Laia y la tumbó sobre la improvisada camilla. Mientras tanto Marie examinaba el botiquín recién llegado del cielo. Cogió lo que necesitaba y se quedó mirándola, mirando toda esa cantidad de sobrecogedoras heridas; no sabía ni por dónde empezar.

Decidió comenzar por un enorme y peculiar corte que tenía en el cuello; este ya había empezado a infectarse y no lucía bien. Lo limpió con agua y

luego cuidadosamente con un poco de alcohol. A pesar de ser algo sencillo y haberlo hecho cientos de veces se sentía nerviosa, insegura, y el hecho de que Costa la estuviera observando solo empeoraba la situación.

Continuó con el trabajo y poco a poco se fue acostumbrando, olvidando del miedo, recordando quién era. Con cada herida que cerraba adquiría una pizca de seguridad en sí misma. De pronto volvía a sentirse útil, a sentirse capaz. El mundo había dejado de ser una sucesión de acontecimientos inesperados que no podía controlar.

—¿Cómo esta? —preguntó Costa mientras Marie continuaba con el procedimiento.

—Mmm mal —quitó una pequeña piedra de entre la carne desgarrada.

—¿Se recuperará?

—No lo sé —paró por un momento y lo miró de manera pesimista—. Tiene el pulso muy débil, ha perdido mucha sangre y... aun suponiendo que sobreviviera a eso, con tantas heridas una infección...

—¿Qué podemos hacer? —a interrumpió.

—Bueno... no mucho, esto —dijo refiriéndose a lo que estaba realizando—, con el escaso material de que disponemos aquí poco más se puede. En principio necesitaría una transfusión, pero aun suponiendo que tuviéramos lo necesario... todavía faltaría un donante.

—Yo puedo hacerlo.

—No se puede, ¿a no ser que seas cero negativo?

—Te refieres al tipo de sangre, ¿no? —ella afirmó ante la pregunta—. No lo sé, nunca me lo han dicho.

—No es demasiado común saberlo. De todas formas no, no lo eres. En todo el refugio solo hay... había dos de ellos, eso es algo que el médico del grupo debe saber.

—¿Había?

—Sí —dijo intentando contener el malestar.

Se hizo un silencio tras la respuesta.

—¿Y tú? ¿Ya estás más tranquila? —Marie afirmó mientras continuaba con

su trabajo—. Lo has hecho muy bien.

—Sería difícil haberlo hecho peor, teniendo en cuenta lo fácil que era... Además todavía queda mucho por hacer.

—No seas tan dura. Es normal que te sientas confusa e insegura después de todo lo que ha pasado.

—Vaya, ¿tanto se nota? —dijo apartando por un momento la atención del ya rutinario trabajo.

—No es algo de lo que avergonzarse.

—Ya... tú no has perdido la calma en ningún momento —volvió a lo suyo.

—Estoy acostumbrado.

—Yo también querría... estar acostumbrada, ser fuerte, ¿entiendes? Como tú.

—Lo dices como si ser fuerte fuera algo bonito.

—¿A qué te refieres? —preguntó a pesar de haberlo entendido perfectamente.

—Digo que estás muy bien como estás.

—No en este mundo.

—Sobre todo en este mundo. Las cosas como tú, son lo único bonito que queda en él.

—¿Qué? No... yo no... —lo miró por un momento mientras se sonrojaba.

—Hay tipos duros de sobra para protegerte, no quieras ser como ellos Marie, son unos capullos... al igual que yo.

—No —dijo con voz chillona mientras se giraba hacia él—. Yo creo que... eres una buena persona, en el fondo.

—Me gustaría creerte, Marie, pero he hecho cosas que...

—Simplemente haces lo que debes hacer para sobrevivir, para protegernos.

Costa soltó una carcajada.

—¿Qué? ¿Qué he dicho? —preguntó ella con una sonrisa.

—Nada, solo que... tienes razón, tienes toda la razón —respondió en un tono extraño.

—Sí... supongo —dijo mientras volvía a las heridas—. Es curioso, ahora que lo dices sí, al principio pensaba que... eras un capullo, y de los grandes, pero ya ves, me equivoqué. Qué tonta, ¿verdad?

—Eres muy inteligente.

—No, no me refería a eso —dijo mientras reía.

—Sé a lo que te referías.

Ella sonrió ante el comentario.

—Oye... me alegro de que estés aquí, conmigo. Sobre todo ahora que San ha desaparecido; bueno y aunque estuviera tampoco... —prefirió no terminar la frase—. Está muy raro, no parece él mismo

—¿Dónde está?

—Se fue esta mañana. Disparó a ese ser cubierto de Costra en la cabeza y luego... no sé.

—¿Qué pasó?

Marie se quedó quieta un momento, giró lentamente hacia Costa y clavó la mirada en él.

—Él... —apartó la vista hacia el suelo— le pateó la cabeza, de repente, como si se hubiera vuelto loco y... la destrozó, fue horrible —el tono de su voz empezó a tornarse lloroso—. Y lo peor de todo es que... iera San! ¿Por qué? No... no lo entiendo, él no es así.

—Es una leyenda reventando cabezas —dijo Costa para sí mismo.

—¿Cómo?!

—Nada. Sabes que está infectado, ¿no?

—Qué... no, yo... no sé —respondió desconcertada y nerviosa—. ¿Por... por qué? ¿Cómo lo sabes?

—Dijiste que estaba raro, ¿no? Yo también lo noté esta mañana, actuaba

distinto, como Junior.

—Bueno, no... igual Junior —expresó insegura.

—Lo sé, me refiero a que actuaba diferente, diferente a como suele ser. Y es San, ¿alguna vez lo has visto actuar extraño? —se quedó pensando un segundo—. Vale, sí, me refiero más allá de su rareza habitual.

—Sí, te entiendo —normalmente le habría resultado gracioso el comentario, dadas las circunstancias no.

—¿Viste su brazo? Uno de esos perros de costra le mordió. Es evidente Marie, más que evidente.

—Yo... lo sé pero...

—Te niegas a creerlo.

Marie no supo cómo responder.

—Tenemos que hacer algo —prosiguió Costa—. No podemos esperar tranquilamente a que se convierta, a que se vuelva completamente loco, como Junior.

—San no es como Junior, él podrá... controlarlo —dijo sin estar convencida.

—¿Controlarlo? —*estúpida*—, es un virus, Marie, no se puede controlar, tú mejor que nadie deberías saberlo.

—Sí, lo sé pero... no sé tal vez... mmm puede que... puede que tengas razón.

—Sabes que la tengo.

—Yo... supongo. Lo curioso es que... cuando hablé con él esta mañana, parecía no darse cuenta de lo que le ocurre. Normalmente habría sido él mismo quien me lo habría dicho, es... lo más lógico, ¿verdad?, sobre todo tratándose de San. Sin embargo no dijo nada al respecto, era como si... tuviera una anosognosia.

—¿Anosognosia?

—Sí, lo leí en un libro de medicina. Es una especie de trastorno neurológico en el cual el paciente no se da cuenta de su enfermedad.

—Eso es imposible, ¿cómo no va a darse cuenta? Además estamos

hablando de San, él siempre se fija en todo.

—No lo sé, no soy una experta en el tema, simplemente sé, según los libros, que es posible, aunque... no sé explicar el cómo.

—Los antiguos estaban equivocados en muchas cosas.

—Sí, es verdad, simplemente digo que no parece darse cuenta de lo que le pasa, o tal vez que... no quería decírmelo.

—Anosognosia, ¿eh? —a Costa pareció cuadrarle algo de repente.

—Sí, eso es —respondió pensativa.

—En cualquier caso tenemos que hacer algo.

—¿Algo? ¿Pero el qué?

—Debes convencerlo. Lo dejaremos encadenado, igual que a Junior.

—¿Qué?! —expresó sobresaltada—. ¡No! No... podemos, eso...

—Es solo por precaución, no le pasará nada. Tienes que convencerlo.

—¿Convencerlo? ¿De qué? —preguntó a pesar de conocer la respuesta.

—De que no oponga resistencia.

—Eso es una locura, como voy a decirle yo...

—Será algo temporal. Lo dejaremos un tiempo a ver qué pasa, y si vemos que mejora lo soltaremos.

—Tal vez él no esté infectado, o sí pero... puede que no se vuelva loco, tal vez...

¿Otra vez con eso? Estúpida.

—No podemos arriesgarnos, Marie.

—No... no me convence, no me gusta —expresó indecisa.

—No perdemos nada por hacerlo, ¿qué puede pasar? ¿Qué se pase un par de días allí sentado junto a Junior? ¡¿Y qué?! Sin embargo si no hacemos nada corremos el riesgo de que se le vaya la olla, de que se convierta en una criatura de esas, de que nos mate a todos.

—¿Nos... mate?

—Las cosas podrían ponerse muy feas, Marie. Y el viejo no es como Junior, no podríamos reducirle llegado el momento.

—Sí, tienes razón... supongo —se quedó pensando un momento—. ¿Sabías que San era boxeador? Cuando el mundo estaba... bien, digo.

—No cambies de tema, Marie —replicó Costa. Ella no respondió, en vez de eso miraba al suelo—. Y sí, claro que lo sabía. Fue él quien me enseñó a pelear.

—Es curioso, ¿verdad? Siempre pensé que sería algo distinto, investigador, científico o... yo que sé.

Costa suspiró con fuerza.

—San es una persona complicada.

—¿Complicada? ¿A qué te refieres?

—Las cosas no siempre son lo que parecen —Marie lo miró confusa—. Eso era lo que él decía, ¿no? —expresó mientras sonreía.

—¿Lo que decía? Más bien lo que suele decir —dijo extrañada.

—Sí, me refiero a lo que me decía a mí.

—Vaya, él... ¿te decía eso?

—Muchas veces, demasiadas.

—Interesante. Entonces erais... ¿amigos?

—Algo así, él me enseñaba a sobrevivir. Pero sí, nos llevábamos bien.

—Vaya, no tenía ni idea, no parecíais muy allegados.

—Fue hace mucho tiempo.

—No entiendo por qué San no me había dicho nada.

—Hay cosas que es mejor olvidar.

—¿Cosas como qué? —preguntó ella.

—Eso no importa ahora.

—Cosas como que... le llamaran el salvaje, ¿verdad?

—¿Te ha contado sobre eso? —preguntó sorprendido.

—Un poco, ayer por la tarde.

—No me esperaba eso del viejo —expresó con una sonrisa.

—¿Y qué hizo?

—Nada.

—En serio, dímelo. Quiero saberlo, por favor.

— Prefiero no contarlo.

—Vamos Costa, jolín.

—Está bien, pero no creo que te guste. Verás él... comía bebes, vivos.

—¡¡¿Cómo?!! —expresó casi gritando.

—Era broma.

—Eso no ha tenido ninguna gracia —dijo bastante molesta.

—Hay puntos de vista respecto al tema —usó un tono bromista.

—Eres idiota.

—Pensé que nunca decías palabrotas.

—Solo cuando es necesario.

—¿Y ahora lo era?

—Sí —dijo solo por cabezonería. Costa rió ante el comentario y Marie dejó salir una leve sonrisita.

—De todas formas no voy a contarte lo que él hacía, eso es cosa de San. Ya te lo contara él si quiere cuando todo esto se arregle. Pero primero debemos ayudarlo, infectado y libre solo sería un peligro para él mismo y para nosotros. Y no queremos que acabe como uno de esos horribles seres de Costra sin cerebro, ¿verdad?

—Verdad —afirmó pensativa.

—¿Entonces lo harás?

—No sé cómo lo voy a hacer.

—Tú lo conoces bien, si alguien puede conseguirlo eres tú, Marie —dijo intentando animarla—. Yo confié en ti.

—¿En serio? Yo... gracias, Costa —expresó sonrojada.

—En cualquier caso, yo estaré cerca por si las cosas se tuercen, por si necesitas mi ayuda o por lo que sea.

—Vaya, bien entonces... lo intentaré, después de todo es San —dijo intentando convencerse—. Puede que sea lo mejor para todos, tal y como tú has dicho.

—Lo es —afirmó con seguridad—. Y ahora deberías volver a las heridas de esa pobre chica.

—Sí, es verdad, lo siento —dijo rápidamente mientras volvía al trabajo.

—No tiene importancia —Costa sonreía de oreja a oreja.